

EE-EE-2012.- PROYECTO HIPONA EJERCICIOS ESPIRITUALES-2012

(Se recomienda utilizar la siguiente oración al inicio de cada sesión, y será la oración que acompañe todos los pasos de este itinerario)

ORACIÓN POR LA REVITALIZACIÓN DE LOS AGUSTINOS EN AMERICA LATINA

**Padre Bueno, ayúdanos a convertirnos comunitariamente.
Haz de nosotros, los Agustinos de América Latina,
una sola familia al servicio de tu Pueblo.
Danos tu Espíritu de Comunión y participación
para convertirnos en hermanos entre nosotros,
y con todos los hombres y mujeres,
allí donde vivimos como discípulos
y trabajamos como misioneros.
Jesús, Hijo amado del Padre,
que viviste entre los pobres
amando y sirviendo a todos los hombres:
ayúdanos a convertirnos pastoralmente,
a renunciar a ejercer nuestro ministerio
como una instancia de Poder,
para ejercerlo con amor, como un servicio a los hermanos.
Jesús, Buen Pastor, Tú eres nuestro único modelo.
Que celebremos los sacramentos para promover la vida;
ayúdanos a consultar a todos los que trabajan
pastoralmente con nosotros,
y mediante la reflexión de tu Palabra,
a consultarte a Ti en nuestro interior, donde Tú eres el Maestro,
para que con la colaboración de todos, llegue tu Reino a la tierra,
para nuestra salvación y la del mundo entero.
Espíritu Santo, ayúdanos en nuestra conversión personal,
a ser dóciles a tus inspiraciones.
Recuérdanos siempre la Palabra de Jesús
y el Rostro amoroso del Padre;
arregla en nosotros lo que está mal;
realiza en nosotros lo que no podemos;
infunde en nosotros el celo apostólico que le diste a San Agustín;
danos la perseverancia inquebrantable que le regalaste a Mónica;
auxílianos en la tentación
y ayúdanos a liberarnos del mal en todo momento.
María, Señora de América Latina,
Madre de la Consolación y Madre del Buen Consejo,**

intercede por nosotros ante Jesús
para que todos tengamos Vida y Vida en abundancia;
para que llegue a nuestras parroquias,
misiones, colegios y lugares de trabajo apostólico,
la Vida Nueva, la Vida Feliz, la Vida Plena y Eterna
que nos viene por tu Hijo Jesucristo. Amén.

INTRODUCCIÓN:

Los ejercicios del 2012 han de ser, en algún modo el relanzamiento del dinamismo del Proyecto Hipona, por lo que podemos volver a tomar el objetivo general del Proyecto Hipona: **PROMOVER EN LA IGLESIA INMERSA EN LA SOCIEDAD, UN DINAMISMO DE CONVERSIÓN Y RENOVACIÓN PERMANENTES, POR EL TESTIMONIO DE SANTIDAD COMUNITARIA DE LA ORDEN EN AMÉRICA LATINA**, y tomar como punto de partida la necesidad de un “**dinamismo de conversión**”, que creo podríamos dividir en tres partes:

- Conversión personal
- Conversión comunitaria
- Conversión pastoral

En esta presentación hay que remarcar lo que se pretende ahora con este ***“Itinerario de comunión y servicio de los Agustinos en América Latina, para que tengan vida”***

En la introducción será oportuno desmenuzar el objetivo y la oración para esta nueva etapa del proyecto, de modo de profundizarlos y tener claro a dónde apunta, haciendo hincapié en que es un camino netamente espiritual.

Será conveniente presentar, de manera sintética, lo que fue el Proyecto Hipona, en sus diferentes etapas, los principales datos de la evaluación hecha en la Asamblea final de Buenos Aires, y así establecer la relación con este “itinerario”, como continuidad del dinamismo del Proyecto

PRIMERA PARTE: LA CONVERSIÓN PERSONAL

TEMA I.- NECESIDAD DE LA INTERIORIDAD PARA UN AUTOCONOCIMIENTO HUMILDE

1.- INTERIORIDAD Y EXTERIORIDADES

El concepto “interioridad” es muy frecuentemente malentendido. A muchos le suena a “intimismo” egocéntrico. Lo que pareciera confirmar la expresión de Jesucristo: ***“El que quiera venir tras de mí, renuncie a sí mismo y sígame”***, que algunas versiones traducen por: ***“olvídese de sí mismo y sígame”***.

En torno a este tema, el lenguaje se nos vuelve ambiguo, confuso y tramposo. El binomio **“Interioridad-Exterioridades”**, nos sugiere preguntas, cuya respuesta parece evidente:

- ¿Qué es mas sano, humano y cristiano: Interesarse en sí mismo o dedicarse a los demás?
- ¿Qué es más noble y digno: Centrar la atención y el interés en el propio mundo personal de deseos, apetencias, inclinaciones y tendencias, u olvidarse de sí mismo, para ocuparse de los demás?
- ¿Qué es mejor: Vivir ensimismado, o vivir entregado?

Estas preguntas hacen patente la contraposición **“Egocentrismo- Heterocentrismo”**. Cristo pareciera confirmarlo al declarar: **“El que quiera seguirme, renuncie a sí mismo...”** –En algunas versiones **“olvídense de sí mismo”** (Mt. 16, 24). Y nadie duda de que el hombre verdaderamente humano y autenticamente cristiano es el **“heterocéntrico”**, no el **“egocéntrico”**.

Sin embargo, nos encontramos, de pronto, con expresiones, muy frecuentes en la interrelación, en las que, espontáneamente, señalamos con el dedo la trampa. Así ocurre cuando denunciarnos:

- ¡Estás siempre listo para ver los defectos de los demás; pero pareces incapaz de ver los tuyos!
- “Ves la paja en el ojo ajeno, pero no ves la viga atravesada en el tuyo” (Mt.7,3-5).
- ¡Predicas muy bien, pero vives todo lo contrario!
- ¡Te ofendes porque el otro te odia y te rechaza; pero tú manifiestas el mismo odio y rechazo hacia él!

Y la trampa está en que pensamos, comúnmente, **que la exterioridad es el término opuesto a la interioridad**. Y no es propiamente así, porque la interioridad y la exterioridad se autoimplican mutuamente. Lo opuesto a la interioridad (diríamos mejor, **«interiorización»**), es la **«exteriorización»**. Y ésta ocurre cuando ubico las fuentes que colmarán mis aspiraciones más profundas; las que darán significado y valor a mi vida y harán posible mi gozo, mi paz y mi esperanza, en realidades externas a mí mismo: cosas, acontecimientos y personas. **Significaría que yo estoy vacío, en mí mismo, y son determinadas exterioridades las que han de llenarme de la felicidad que ansío.**

Quien se mueve en este esquema, acaba víctima de una ilusión. Porque jamás logrará que todas aquellas cosas, acontecimientos y personas que le afectan, respondan, por sistema, a sus deseos, expectativas e intereses. Y estará oscilando de continuo entre la paz y el enojo; la alegría y la tristeza; la esperanza y la desesperanza. Sólo el hombre interiorizado ha descubierto que es dentro de sí mismo donde están las fuentes de la vida: de la paz, el amor, la alegría y la esperanza que nadie le pueden quitar si él no quiere.

A la luz de Jesucristo, es incuestionable que **el ser humano se ennoblece en la entrega generosa a los demás, aun desde la propia negación y sacrificio**. Pero está en juego la motivación determinante que impulsa mi entrega a los demás: ¿Me vuelco en ellos –como motivación primordial- **para dar o para recibir?** ¿Voy a los demás para irradiar y compartir la luz, la paz y la alegría de vivir que llevo en mí mismo o, más bien, para buscar distracción, entretenimiento, aprecio y afecto que colmen el vacío que llevo por dentro?

Y ahora se invierten las definiciones de egocentrismo y heterocentrismo:

- **Es inevitablemente egocéntrico** aquel que, vacío en su interior, busca que las realidades externas, cosas y personas, se lo llenen. El centro de interés, entonces, es él mismo, no los demás.

- **Es heterocéntrico** aquel que, habiendo encontrado el secreto de su paz, seguridad, y alegría de vivir, dentro de sí mismo, busca compartirlas con los que le rodean. Anhela que también los demás sean felices.

Jesucristo hace patente el verdadero amor heterocéntrico cuando declara: ***“Ustedes son la luz del mundo”*** (Mt. 5,14); ***“ustedes son la sal de la tierra”*** (Mt. 5,13); ustedes serán ***“como el fermento que la mujer introduce en tres medidas de harina y hacer fermentar toda la masa”*** (Mt. 13,33). Es evidente que nadie puede ser luz para los demás, si tiene la propia candela apagada; nadie puede ser sal para dar sabor al mundo, si la propia sal se ha vuelto sosa (cf.Mt.5,13); nadie puede ser entre los demás fermento transformador, si carece de fuerza aun para transformarse a sí mismo. **¡Nadie da lo que no tiene!**

En consecuencia, la frase disyuntiva **“interioridad o exterioridad”** debe convertirse en conjuntiva: **“Interioridad y exterioridades”**. Más en concreto: **Vivir la exterioridad desde la propia interioridad**. Nuestra entrega a lo demás y a lo demás sólo tendrá sentido en la medida en que tengamos algo que entregar, sin esperar nada a cambio. So pena de derivar en el egocentrismo sutil del que declara: «te quiero porque te necesito»; «te amo si tú me amas, y en la medida de tu amor»; «te doy si tú me das».

Hay, sin embargo, una pequeña e importante salvedad: Podemos ir a los demás para **buscar juntos**, en búsqueda y diálogo fraternos, una comprensión más y más cabal de nosotros mismos, y **juntos aprender el arte del amor verdadero y de la sabiduría de vivir**. Es justo y necesario. Pero no me ahorrará nuncia mi propia búsqueda interior, porque todo cuanto oiga exteriormente, sólo será para mi significativo en la medida en que lo interiorice personalmente.

El término psicológico equivalente a **«interioridad»** es **«autoconsciencia»**. Las psicologías han puesto en evidencia que el origen y fuente de la problemática personal de tantos y tantos, y en algún grado de todos, es el **“Inconsciente”**: acumulación de experiencias, traumas y confusiones de un pasado, no iluminadas en su momento por la conciencia, y que siguen comprometiendo seriamente la armonía y salud interiores del sujeto.

He aquí la importancia del tema que nos ocupa: Necesitamos interiorizarnos, comenzando por **hacernos familiar y conocido el propio mundo interior**. Ya en la antigua Grecia, se plasmó en el templo de Defos, como punto de partida para la realización personal y la sana relación, el eslogan: **“Conócete a ti mismo”** (“Nosce teipsum”). **Nadie comprende a nadie, si no se comprende a sí mismo.**

Por otra parte, los seres humanos tendemos a **buscar fuera**, tanto la fuente de nuestro amor, de nuestras satisfacciones y alegrías, como la causa y razón de nuestros males, de nuestros problemas y desencantos. No somos felices, -decimos o sentimos- por las contrariedades que han golpeado mi vida; por la mala suerte; por los comportamientos problemáticos e injustos de los demás; por las trampas y mentiras de las que tantas veces soy víctima; peor aún, en el sentir de muchos creyentes, porque Dios es el Autor de todos los males y sufrimientos de este mundo; lo que ha dado pie a muchos ateos para rechazar a Dios, como inhumano.

Un autor moderno, Augusto Jorge Cury, psiquiatra brasileño, por mucho tiempo ateo, hasta que cayó en la curiosidad de hacer un análisis psiquiátrico de Jesús de Nazareth, apunta sabiamente hacia la interioridad cuando afirma: ***“Somos señores del mundo en que estamos, pero no somos señores del mundo que somos”***. Un mundo complicado de instintos, sensaciones,

emociones y tendencias que no atinamos a comprender y controlar. Y ahí empiezan todos los problemas. .

2.- SAN AGUSTÍN CARISMÁTICO DE LA INTERIORIDAD

San Agustín ha sido uno de esos sabios que han sabido aprender, tanto de sus aciertos como de sus errores. Durante largos años centró sus afanes en ser un excelente profesor de Retórica; en alcanzar altos puestos, incluso en la Corte del Emperador; en conseguir poder y fama; en el disfrute del placer, sin restricciones; también en la convivencia y solidaridad con sus amigos. En todos estos rumbos, confiesa que terminó en repetidas frustraciones. Incluso en la Fe Cristiana, que al fin abraza en sincera confesión, reconoce muy pronto que, con ella, no está aún todo logrado: *“Todavía voy en pos de la meta, aún avanzo, aún camino, todavía estoy en ruta, todavía estoy en tensión, aún no he llegado”* (Serm. 169,18).

Al fin Agustín da un viraje decisivo en su vida: de la superficie al fondo; de las exterioridades a la interioridad, con el interrogante: *“¿Qué soy yo, Dios mío? ¿Cuál es mi naturaleza?”* (Conf. X, 17,26). *“E incitado a regresar a mí mismo, entré en mi interior, guiado por Ti. Y pude hacerlo porque Tú te hiciste mi ayuda”* (Conf. VII, 10,16). *“Hice de mi mismo la gran cuestión, e interrogaba a mi alma”* (Conf. IV, 4,9).

A partir de aquí Agustín emprende un rumbo que transformará radicalmente su existencia, y del discurrir a ras de tierra, emprenderá el vuelo del águila. Toma tan en serio esta mirada a sí mismo que, unos diez años después de su conversión, decide hacer reposadamente una especie de Ejercicios Espirituales personales, en diálogo abierto con Dios, radiografiar todo su pasado, escribiendo puntualmente sus experiencias, en las que llamará sus Confesiones.

Ya en una de sus primeras obras escritas (=Sobre la Verdadera Religión, 39,72), se había descrito el método, en cuatro pasos fundamentales:

- **1°.- “No te desparrames fuera”.**- Todos llevamos dentro una aspiración indeclinable de amor, páz, felicidad, alegría de vivir. Pero, inconscientemente, ponemos la fuente de ese amor paz y felicidad en las personas o realidades que nos rodean. Tan pronto alguien, o algo, no responde a tus expectativas, tu amor se convierte en odio; tu paz en rabia; mi felicidad en amargura. Eres, entonces, esclavo de lo demás y los demás.
⇒ Todo lo externo a ti mismo -personas, cosas y eventos- no tienen por qué ser determinantes de tu paz, integridad y salud interior, ni tú debes hacer de tu vida un simple “eco” de lo que encuentras fuera.

- **2°.- “Entra dentro de ti mismo porque en el HOMBRE INTERIOR reside la verdad.”**- La verdad de lo que eres realmente, y la verdad de lo que estás capacitado para ser y anhelas ser. En concreto **“tu verdad”**: lo que realmente eres, en tus luces y en tus sombras; en tus coherencias y contradicciones; ¡Diagnostica esas contradicciones!

- **3°.- “Y donde encuentres lo que, en ti, es mudable, trasciéndete a ti mismo”.**- Tu verdad es falsedad cuando construyes tu vida sobre lo voluble, inconstante, incoherente y veleidoso. En concreto, tus instintos, sensaciones y emociones, que cambian de color continuamente. Da el salto de la superficie al fondo de tu vida. Eleva tu mirada a lo que estás llamado a ser y puedes ser, sin estancarte en lo que estás ahora siendo.

- **4°.- “Encamina tus pasos allí donde la Luz de la Razón se enciende”.**- *“Confiesa que tu no eres la Verdad, pues ella no se busca a sí misma, mientras tu le diste alcance por la Investigación, no recorriendo espacios, sino con el AFECTO ESPIRITUAL, a fin de que EL HOMBRE INTERIOR concuerde con su huésped, no con la fruición carnal, sino con subidísimo deleite espiritual”.*

Este texto de Agustín ha sido citado frecuentemente sólo en su primera parte, perdiendo así la clave de su significado. Se trata, no de entrar dentro de sí mismo, para quedarse en sí mismo, sino para “trascenderse”, en doble dimensión:

- 1) **Dimensión vertical.**- Trascendencia hacia Dios, verdadera Fuente de todo nuestro vivir. Eleva tu mirada y aspiración allí donde brilla la unidad, la coherencia, la Verdad y la Vida consistente y plena, que sólo encontrarás en Dios. Fuente de todo Bien y de toda Verdad.
- 2) **Dimensión horizontal:** Trascendencia hacia los demás, no ya para exigir de ellos lo que yo no soy o tengo, sino para irradiar en ellos lo que yo mismo he encontrado en mi propia auto-trascendencia. Es el salto de un amor posesivo a un amor oblato.

3.- LO QUE AGUSTÍN DESCUBRE EN SU INTERIORIDAD

Muy pronto se sorprenderá a sí mismo con lo que empieza a descubrir en su interior. En primer plano, por supuesto, sus miserias y contradicciones; pero también bellezas:

a) En la propia interioridad encuentra a Dios.

Es en su interior, donde Agustín vive, al fin, su primera «**experiencia de Dios**», al descubrir en su intimidad la transparencia de su Imagen Trinitaria; *“Quisiera yo que conociesen los hombres, en sí mismos, estas tres cosas: **SER-CONOCER-AMAR**”. Porque yo **SOY**, y **CONOZCO**, y **AMO**”* .(Conf.XIII,XI,12). A la luz de la Revelación conoce ahora que Dios es «**Padre, Hijo, Espíritu**»: «**Creatividad, Inteligencia y Amor**». Y esas tres cosas son las que definen el propio misterio interior. Y exclama: *“Tú, Señor, estabas dentro, más interior a mí mismo que yo mismo”* (Conf. III, 6,11).

Semejanza y desemejanza. **Semejanza** porque **somos interiormente “trinitarios”**, como Dios es Trinitario, y llevamos dentro la marca de su Ser. **Desemejanza**, entre otras cosas, porque en Dios el Ser (y en él el poder), y el conocer (inteligencia), están siempre al servicio del Amor, que hace de Dios Comunión Trinitaria. En los humanos, en cambio, el ser, el conocer y el amor, discurren, con frecuencia, por rumbos divergentes.

b) Radiografiando su interioridad, Agustín empieza a conocerse a sí mismo.

- **Descubre en sí mismo lo que él es**, en su pequeñez y en su grandeza, porque *“Dentro del corazón soy lo que soy”* (Conf. 10,3,4). Ve torpezas, esclavitudes, contradicciones; pero, al mismo tiempo **aspiraciones nobles, dones y capacidades s ilimitados, siembra y acción secreta de Dios mismo**: *“Entré y vi con el ojo de mi alma, como quiera que él fuese, sobre el mismo ojo de mi alma, sobre mi mente, una luz inconmutable...”* ((Conf. VII, 10,16),. Y en sí mismo descubre:

- **Un “hombre exterior” y un “hombre interior”; un siervo y un hijo.**- El primero cuyas funciones nos son comunes con los animales. El segundo, maracado por la imagen del Dios Trinitario. El primero un necesario “socio”, que necesita ser conducido; el segundo capacitado para conducir sabiamente la propia vida.

- **Unos “ojos exteriores”, y un “ojo interior”;** porque *“no son los ojos (de la cara) los que ven, sino “alguien” ve por los ojos”* (Serm. 126, 3-4). Los exteriores “tienen la función de siervos”; “los ojos interiores son jueces de los exteriores” (Carta 147,17,4).

- **Una “razón inferior”,** que entiende de las cosas prácticas y hace ciencia; y una **“Razón Superior”,** que discierne lo bueno y lo malo, lo justo y lo injusto, lo falso y lo verdadero, y conduce a la sabiduría (Cf. De Trin. XIV, 7ss).

- **Lo que soy y lo que tengo.** Lo que tengo lo he adquirido de fuera. Pero sólo *“dentro de mi corazón soy lo que soy”* (Conf. 10,3,4).

c) En la interioridad encuentra la clave del Amor que verdaderamente engrandece y colma al ser humano, y la paz y alegría de vivir invulnerables.

Un amor, una paz y una alegría que no dependen ya de cómo lo demás y los demás me afecten, porque brotan de la propia fuente interior; de Dios mismo.

→ Enraizado en el Dios Interior, puedo ser sano aun rodeado de enfermos; amar al que es incapaz de amarme y apreciarme; acercarme sin problema a los problemas o a las personas problemáticas; dar sin esperar nada a cambio. Y sean cuales sean las dificultades, contratiempos o injusticias, puedo mantener mi paz y mi esperanza, porque, a fin de cuentas, **“todo queda entre Dios y yo”**.

d) En la interioridad descubre la clave de su verdadera libertad

Esa libertad interior que ninguna dominación externa le puede arrebatarse, porque soy lo que soy ante Dios, no lo que los demás piensen de mí, o pretendan hacer de mí: ***“Mi espíritu se sentía libre ya de angustias inquietantes, y comencé a hablar contigo libremente, oh Señor”*** (Conf. IX, 1,1). Y ***“no ya simplemente con palabras, sino con el silencio del corazón”*** (Conf. X, 2, 2).. En su interioridad descubre que la propia paz, amor, salud interior y alegría de vivir, no dependen ya de lo que la vida le reporte y los demás sean con él; que no hay razón para tornarse problemático ante los problemas de la vida, ni enfermo, violento, resentido o loco por estar rodeado de enfermos, violentos, ofensivos y locos. Cuando mi vida está anclada en Dios, **“Todo queda entre Dios y yo”**, Y con Él aprendo a amar incluso a los que me detestan.

e) En la propia interioridad, Agustín ha aprendido a valorar y comprender mejor a los demás.

A verlos por dentro y no sólo por su exterioridad; en el fondo, y no solo en su superficie; a apreciar lo que son y lo que pueden ser; a comprender sus debilidades y creer en sus fortalezas. Porque antes de mirar al hombre que hay en cada uno de los demás, sabe mucho del hombre que vibra dentro de sí mismo.

f) En la interioridad y diálogo íntimo empieza a entender mejor lo que Dios espera de él, y lo que él ha de esperar de Dios:

“¿Qué soy yo, para Ti, Señor, para que me mandes que te ame?” (Conf. I, 5,5). ***“Tú, Señor, no tenías necesidad de mí, no era yo un bien con el que Tú pudieras ser ayudado; o con el que te pudiera servir, como si te hubieras fatigado; o fuera menor tu poder si carecieras de mi obsequio. No necesitas que te dé culto, como se cultiva la tierra, para no quedar inculto, si no te cultivara; antes bien, he de servirte y cultivarte para que me venga la dicha de Ti, de quien me viene la capacidad de ser dichoso”*** (Conf. XIII, 1,1; II, 2).

g) En la interioridad y el diálogo cara a cara con Dios, encuentra estímulo y fortaleza:

En Tu contemplación ***“se levanta hacia Ti nuestra alma de su laxitud, y pasa a Ti, su Hacedor admirable, donde encuentra su hartura y verdadera fortaleza”*** (Conf. V, 1,1).

h) En la interioridad, en fin, es donde encuentra la clave para convertir en vida propia cuando de bueno y verdadero recibe, escucha, u observa fuera de sí mismo.

Lo que descubres por ti mismo y comprendes, pasa a ser como un hijo; empieza a formar parte de tu vida: ***“Descubrir y comprender por sí mismo -dice Agustín- es como «engendrar»; es como si tú mismo hubieras dado a luz lo que has encontrado; y lo encontrado pasa a formar parte de su propia vida, como su propia criatura; como un hijo”***. (*“Mens cum seipsam cognoscit, sola parens est notitiae suae; et cognitum et cognitor ipsa est”*) ((Trin. IX, 12,18).:⇒ Luminoso principio educativo.

En adelante, será una constante, en Agustín, **el apremio y llamada a la interioridad, que ha pasado a ser para la posteridad uno de los aspectos más relevantes de su talante espiritual.**

4.- SAN AGUSTÍN MAESTRO DE LA INTERIORIDAD

Agustín ha legado a la historia un luminoso mensaje de sabiduría para vivir con sentido y plenitud nuestra existencia. Una sabiduría que él nos trasmite, no simplemente desde su

escritorio, sino desde su propia experiencia. Sus frases al respecto, cargadas de contenido, son dignas de meditar detenidamente. He aquí algunas de ellas:

- "¿Cómo conocer a los demás, si uno se desconoce a sí mismo, siendo que no hay nada tan presente a sí mismo como uno mismo? Si sucede como con los ojos del cuerpo, que conocen mejor los ojos ajenos que a sí propio, entonces mejor no afanarse en buscar, pues jamás se encontrará" (De Trin.X,3,5).
 - "No podrás juzgar a los demás, si no eres capaz de juzgarte a ti mismo (Serm.13,6,7).
 - "De ordinario sospechamos de los demás lo que nosotros mismos sentimos"(In ps.118, 12,24). "Lo que menos tolera un ladrón es ser robado por otro ladrón"
 - El hombre tiende a sospechar de otro, lo que él siente de sí mismo" - Enarr 118,12,4.
 - Si tú estás lejos de ti mismo, ¿por dónde podrás acercarte a Dios?" - Com. Ev S J ,23,10.
 - Si uno no se conoce a sí mismo, tampoco puede conocer a los demás. Nadie se conoce a sí mismo tan perfectamente que esté seguro de su opinión al día siguiente" - Carta 130,4.
 - "De ordinario sospechamos de los demás lo que nosotros mismos sentimos".-In ps.118,12,24.
 - Todo el que no quiere ver sus pecados, los echa a la espalda; pero examina sutilmente los ajenos, no por celo, sino por envidia (En. in ps. 100,3).
 - "Vuelve a tu corazón, y desde él asciende a Dios. Si vuelves a tu corazón, vuelves a Dios desde un lugar cercano. Si todas estas cosas te molestan, es que has salido de tí; eres un desterrado de tu corazón. Te alientas movido por las cosas que están fuera de tí y te pierdes. Tú estás dentro, ellas se encuentran fuera. Fuera son bienes, pero están fuera. El oro, la plata, todo dinero, el vestido, la clientela, la familia, los animales, los honores, están fuera." Sermón 311, 1332
-

Tema II.- LA «LLAMADA» A UNA CONSTANTE Y MANTENIDA CONVERSIÓN

(=RECONOCER QUE LA CONVERSIÓN ES UN TRABAJO CONSTANTE Y PERMANENTE)

La llamada a la conversión, es sin duda uno de los apremios más reiterativos de la Palabra Revelada: tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento:

- ◆ "Conviértanse de todo corazón" (Joel, 2,12).
- ◆ "Rectificad vuestros caminos y vuestras obras" (Jer. 7,3; 26,13).
- ◆ "Yo pongo ante ti la vida y la muerte; la felicidad y la desgracia. Si escucháis mi voz..."(Dt. 30,15).
- ◆ "Apareció Juan el Bautista en el desierto predicando un bautismo de conversión" (Mc. 1,4).
- ◆ "Si alguien escucha mi voz y me abre la puerta, Yo entraré..." (Apoc.3,20).

La historia cristiana cuenta con notables modelos de conversión, como San Pablo, San Agustín, San Francisco de Asís, San Ignacio de Loyola, y tantos más, quienes después de una vida alejada de la fe, o de una vida degenerada, libertina o banal, un día dieron una viraje

drástico hacia Dios y remontaron las alturas. Hablamos así de los grandes convertidos, de los que mucho se ha escrito.

Sin embargo, ante la insistencia y apremio repetitivos a la conversión, en la Palabra Bíblica, particularmente en la liturgia de Adviento y Cuaresma, los aquí presentes y muchos millones más, estamos tentados a exclamar: Yo no necesito convertirme, porque desde niño me he mantenido en la fe, y he cumplido básicamente mis deberes religiosos. Es cierto que soy pecador; pero quien diga que no lo es, “miente, y la verdad de Dios no está en él” (1Jn.1,8). Por lo demás, sabemos mucho de la confrontación entre los entusiastas y los alérgicos a toda clase de cambios.

San Agustín nos aclara –también por experiencia personal- que una cosa es la conversión como “evento”; y otra muy distinta y necesaria, la conversión como “proceso”.

1.-LA CONVERSIÓN COMO PUNTUALIDAD Y LA CONVERSIÓN COMO CAMINO.

Oscilamos, muy comúnmente, entre dos conceptos de la conversión, igualmente ciertos e igualmente necesarios.

● **1º.- El concepto estático: La conversión como un evento concreto, en un momento dado.** La genuina conversión parte siempre de una puntualidad: El momento en que se toma decididamente una «**opción de vida**», que implica marcarse una **meta**, enrumbar la propia vida hacia la misma, e iniciar el **camino**. Sin conversión inicial no habrá jamás conversión permanente.

La conversión puntual implica reubicar la propia vida en las correctas coordenadas de existencia: De dónde vengo-para qué estoy- hacia qué meta final me dirijo. Hay que identificar el Faro y ponerse rumbo a él, pero una vez logrado queda por hacer un largo camino hasta alcanzarlo. Y como ese Faro es Dios mismo, Misterio que nos desborda, nunca podemos decir que ya lo hemos alcanzado: en cada encuentro descubrimos la enorme distancia que aún nos separa de Él.

● **2º.-El concepto dinámico-procesual.-** Parte del principio de que «**la vida es Camino**». Un camino que parte de los dones y posibilidades que Dios ha sembrado en nosotros, y avanza hacia una encarnación más y más lograda de lo que Dios ES en nuestra propia vida. Convertirse, entonces, es «**caminar**». La «**no-conversión**» es «**estancamiento**», no importa en qué fase del camino te estanques. Y el camino nunca podemos darlo por ya finalizado en esta vida, porque «**Dios es siempre más**».

San Agustín, que vivió un evento de conversión decisivo para su vida, comenta muy pronto que la meta de sus aspiraciones está muy lejos de ser lograda. Y aclara:

También en este concepto de conversión tenemos subterfugios. Si la conversión es un proceso, cuya meta nunca podemos dar por ya alcanzada, ante cualquier apremio, interno o externo, a avanzar, nos es fácil defendernos: «**¡Bueno: Nadie es perfecto de la noche a la mañana ¿no? Es un proceso en el que hay que ir paso a paso!**». Con ello vamos aplazando para un mañana que, cuando llegue (¡si llega!) también tendrá otro mañana; y nos estancamos

lamentablemente. Agustín fue víctima de esta trampa durante mucho tiempo, después de convencerse de cuál era el camino: ***“Sentíame aun cautivo de ellas (mis perversidades) y lanzaba voces lastimeras ¿Hasta cuando, hasta cuando ;-mañana!;-mañana!, ¿por qué no HOY? ¿Por qué no poner fin a mis torpezas ahora mismo?”***(Conf VIII,1,28). Nos cuenta incluso, de su adolescencia, en que llegó a pedir a Dios que le librase de su libertinaje sexual, pero diciéndole: ***“Dame la castidad y la continencia, pero no ahora; pues temía que escucharas pronto y me sanaras en seguida de mi enfermedad”*** (Conf.VIII,7,17-1).

San Pablo utiliza el símil de los corredores en el estadio (cf. 1Cor.9,24). Podemos traicionar la avanzada, no sólo estancándonos, sino con un caminar perezoso, soñoliento y remolón.

2.- LAS GRANDES METAS DE LA CONVERSIÓN

Tradicionalmente se insistió en que un compromiso fundamental del sacerdote y religioso es la **«tendencia constante a la perfección»**; o, en expresión similar, la **«tendencia constante a la santidad»**. En la Palabra Bíblica encontramos, en efecto, la amonestación en ambos sentidos. Cristo recomienda: ***“Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto”*** (Mt. 5,48). Y el Levítico insiste reiteradamente: ***“Sed santos, porque Yo soy Santo”*** (Lev. 11,44-45). Y, en ambos casos, se trata no más que de **«tendencia»** hacia una meta que, de antemano, sabemos inalcanzable, porque ***“nadie es bueno, sino sólo Dios”*** (Mc. 10,18).

Para la Iglesia, San Agustín es un **«santo»**. Pero él mismo de jó bien claro en toda su vida, que estuvo muy lejos de ser **«perfecto»**. El concepto de «perfección» y el de «santidad» son, en realidad, diferentes: La perfección apunta al comportamiento; la santidad más bien al corazón:

- La perfección esta en la meta, que es utopía y faro orientador. La santidad está ya en el camino: en el hecho de mantenerse siempre en avanzada. Nadie es perfecto, sino sólo Dios. Sin embargo, es posible ser santos pese a no alcanzar la perfección.
- En el santoral de la Iglesia, veneramos numerosos santos niños y jovencitos, que sin duda no alcanzaron su plena madurez

La conversión a sólo, o sobre todo a, la perfección resulta agobiante y descorazonadora,, al encontrarse siempre con idénticas y eternas flaquezas. Cosa natural: porque cada cual vive el listado de valores o contravalores que le propicia el contexto en que se desenvuelve.(¡nadie de nosotros tiene que acusarse de haber sido infiel a su esposa!).

⇒ No olvido lo enojosa que se me hacía la confesión, cuando era semanal, en la que debía repetir cada ocho días al mismo confesor, el mismo pequeño catálogo de pecados: faltar al silencio, distraerme en la oración, pereza en el estudio, mirar para atrás en filas, llamar por apodo a compañeros, mirar por la ventana viendo mujeres, malos pensamientos y dejarme llevar de la gula, comiendo bellotas en la porqueriza o habas caballares en la huerta.

3.- LA CONVERSIÓN COMO UTOPIA FUTURA Y COMO COMPROMISO PRESENTE

La meta de una plena y total conversión es **«utopía»**. No en el sentido de quimera, fantasía o ficción, que con frecuencia se le a esta palabra; sino en el sentido de que sean cuales sean los logros alcanzados, siempre queda un más, aún por lograr. Pero sólo avanzaremos hacia la meta-utopía, en la medida en que vivamos plenamente la meta intermedia del **«aquí y ahora»**. Es la espiritualidad del **«momento presente»**. El futuro, ¡que no existe!, lo sembramos en

el presente, que sí existe. Vivir con plenitud nuestro presente, es el único secreto para alcanzar un futuro feliz.

- En mis tiempos de seminario menor, un muchacho bastante relajado, indisciplinado y anárquico, respondió a nuestras críticas con esta frase: “¡Va! Al final hago una confesión dolorosa, y todo arreglado!”. ¿Cuándo? En un mañana impreciso. Y Agustín responde: “*Y ¿qué, si tu fin llega antes de mañana?*”(Serm. 87, 11).

Es la trampa de quien centra sus pensamientos y anhelos en el futuro, y descuida el momento presente. Reconozco que yo caí en esa trampa en una experiencia poco trascendente. Durante mi estadía en la Misión, viajaba con frecuencia a Panamá. Salía tempranito en mi auto, soñando a qué hora podría yo llegar a la capital. Y así, miraba al reloj, y calculaba el tiempo que tardaría en cubrir cada etapa del camino, alegrándome cuando lo hacía en menos de lo previsto. Y al fin, llegué a la capital ¡antes de lo previsto: a las 10:00 de la mañana! Como a esa hora todos estaban en sus tareas, me aburrí esperando el mediodía. De ese modo, ni disfruté del viaje, porque estuve siempre por delante, ni disfruté de la llegada, que encontré «vacía».

El presente es siembra; el futuro será cosecha: “*El que siembra mezquinamente, cosechará mezquindades; el que siembra generosamente, tendrá una cosecha generosa*” (2Cor. 9, 6).

4.- LA CONVERSIÓN COMO DON DE DIOS Y COMO TAREA DEL HOMBRE

«**Todo es gracia**». Verdad incuestionable. Y gracia y don de Dios es la conversión. Pero queda siempre en pie una pregunta: ¿Por qué unos han llevado a cabo una conversión radical y transformadora en su vida, y otros no? ¿Será acaso porque a unos Dios se lo ha concedido y a otros se lo ha negado? ¿Será acaso Dios el problema, por discriminador?

En la convicción de que toda conversión es don gratuito de Dios, la Palabra Revelada nos amonesta a pedir humilde y mantenidamente a Dios, nos otorgue la conversión: “*Conviérteme, Señor, y seré convertido*” (Jer. 31,18). “*Crea en mí, Señor, un corazón limpio, y renuévame con espíritu firme*” (Salmo 50). “*Inclina mi corazón a tus preceptos*” (Salmo 119,36); “*no permitas que se incline mi corazón a la maldad*” (salmo 141,4).

Pero por otra parte, la misma Palabra Bíblica hace reiterada constancia de que es Dios el que nos pide a nosotros, y nos apremia a que nos convirtamos: “*Conviértanse, hijos de los hombres*” (Salmo 90,3); “*Conviértanse, y abandonen sus ídolos*” (Ez. 14,6); “*Conviértanse a Mí con todo el corazón*” (Joel, 2,12).

Podemos hacer de nuestra relación con Dios un diálogo de sordos: ¡Pedimos a Dios que nos convierta, y Él por su parte pasa su existencia suplicando y esperando que nos convirtamos nosotros!. Es el misterio de la gracia, por el cual sabemos que, si nos convertimos es gracias a Dios; pero si no nos convertimos es exclusivamente culpa nuestra. En definitiva, Dios ofrece y propone, pero no impone: Espera siempre nuestra espontánea y libre respuesta y compromiso.

. Un texto del Apocalipsis es especialmente luminosa a este respecto:

*“Mira que estoy a la puerta, y llamo.
Si alguien escucha mi voz y me abre la puerta,
Yo entraré, y cenaré con él, y él conmigo”* (Apoc. 3).

La simbología de Dios, llamando a nuestra puerta, deja patente su respeto sagrado nuestra libertad. Al hacernos libres, nos entregó las llaves de nuestra vida personal, y se limita a suplicar, esperando siglos si es necesario, a que cada ser humano se la abra. Podríamos hablar de cuatro llaves de las que disponemos para abrir a Dios nuestras puertas, porque cuatro son los cerrojos que nosotros mismos nos hemos construido:

Cerrojos	Llaves
1.- La apatía.- El desinterés; la indiferencia por los altos valores que Dios anhela dinamizar en nuestras vidas.	1.- El deseo.- Nada puede hacer Dios con aquel que ni siquiera desea lo que El ofrece. El deseo, la aspiración, es, -afirma S. Agustín- la puerta de entrada a la acción de Dios.
2.- La autojustificación.- La manía por justificar ante los demás, y aun ante sí mismo, los propios fallos, deficiencias y errores, buscado siempre un culpable fuera de nosotros mismos.	2.- La honesta confesión.- La honestidad de reconocer nuestros desvíos, sin paliativos. De ver en nosotros mismos lo blanco como blanco y lo negro como negro, sin disfraces.
3.- La autodisminución.- La falta de fe en las propias posibilidades.-La conclusión fácil de «eso no es para mí». Yo soy lo que soy, porque así me han hecho, y no puedo cambiar».	3.- La fe en que puedo.- La convicción firme de que podemos superarnos día a día, porque Dios ha sembrado en nuestro corazón posibilidades insospechadas, y porque El está siempre de nuestra parte.
4.- El estancamiento.- La acomodación a la rutina; el dejarse llevar por los vientos que más soplan; el conformarse con ser «normal»; es decir, como las mayorías.	4.- La voluntad de permanecer «en camino».- La decisión de mantenerme en tensión hacia las metas más altas, sin que importen los obstáculos, desviaciones y tropiezos del camino.

Tenemos en el Evangelio ejemplos transparentes de lo que pasa cuando alguien abre su puerta al Señor:

- **Los discípulos de Emaús.-** Después de conocer a ese «viajero» extraño que les acompañó en el camino, le dijeron: «Quédate con nosotros, Señor, que ya es tarde». Le abrieron la puerta, y celebraron el encuentro. Y este encuentro transformó sus vidas.
- **Zaqueo:** Aceptó abrirle la puerta de su casa, para pasar la noche. Y aquel encuentro transformó igualmente su vida, de un corrupto en un benefactor.
- **Lázaro, Marta y María.-** Le abrieron siempre su casa al Señor. Y sus vidas se llenaron de afecto por Él. Y Lázaro resucitó. Y María, previendo la catástrofe de la muerte de Jesús, gastó todos sus ahorros en un gran frasco de selecto perfume.
- **El ladrón crucificado con Jesús.-** Reconoció honestamente, ante Jesús, su condición de delincuente; y le suplicó se acordara de él cuando estuviera en su Reino, confesando así su inocencia y grandeza. Le abrió las puertas de su corazón, y de delincuente se convirtió en un bienaventurado.

Todo el secreto está en abrir nuestras puertas de par en par al Señor. Para simplificar la complicación de nuestros cerrojos, Jesús mismo nos dejó una «llave maestra»

⇒ **La «Llave Maestra».-** Pero Jesús nos ha indicado una «llave maestra», que abre todos los cerrojos de una vez. Se llama «Amor». San Agustín la encontró y proclamó: «**Ama y haz lo que quieras**». No todos, sin embargo, saben manejar bien esta llave

Un problema serio del Dios Amor y Padre: Nos ve dar vueltas y vueltas en torno a Él; dirigirle rezos, cantos y ritos formalistas; hablar de Él. Pero no logra **hacer contacto de corazón a corazón**. Y sigue advirtiéndonos: ***“Mira que estoy a la puerta y llamo...”***

Volviendo a San Agustín, podemos entender ahora la respuesta a la pregunta: **«¿Por qué se convirtió San Agustín, que vivió por tanto tiempo apartado de Dios, mientras tantos otros, en su misma situación, nunca se convierten realmente?»**.

La respuesta: **«Porque Dios le concedió esa gracia»**, es cierta, pero incompleta. Necesitamos saber por qué él respondió a esa gracia, mientras tantos otros no lo hacen. Hay tres palabras clave, que hemos heredado de Agustín: **«Insatisfacción»**, **«inquietud»**, **«búsqueda»**. Agustín fue un joven insatisfecho, inquieto y buscador. He ahí una característica que le es peculiar y que será decisiva.

Significa que nunca acabó de conformarse con la vida que llevaba. Se dejó llevar de la corriente, pero luego se sentía insatisfecho. En el fondo soñaba con algo más noble y mejor. Deseaba ser diferente. Lo expresó con una frase que lo dice todo, a propósito de la crisis mortal en que le sumió la muerte de un amigo íntimo: ***“Hice de mí mismo la gran cuestión e interrogaba a mi alma”*** (Conf. IV, 4,9).

Por supuesto, existe una insatisfacción sana y constructiva, y una insatisfacción enfermiza y neurótica. La insatisfacción neurótica es insensibilidad sistemática hacia todo, porque todo decepciona y deja vacío, dejando solo el aburrimiento. La insatisfacción sana, en cambio, brota de la sensibilidad y anhelo de un bien, que sueña, pero que no ha logrado aún alcanzar..Agustín la definirá más tarde de este modo: ***“Hemos de sentirnos insatisfechos con lo que somos, si queremos llegar a lo que aspiramos. Si nos complace lo que somos, dejaremos de avanzar. Si nos convencemos de que es suficiente, no volveremos a dar un paso más”*** (Sermón 169, 15,18).

Y en el camino de Dios, Agustín resumirá esta insatisfacción con una nueva palabra: **«Inquietud»**: ***“Nos hiciste, Señor, para Ti, y nuestro corazón seguirá Inquieto, hasta que descanse en Ti”*** (Conf. I,1,1). Y desarrollará ampliamente el tema de la **«búsqueda incesante de Dios»**. Satisfacción e insatisfacción son, pues, dos vivencias que necesitamos equilibrar sanamente.

No nos damos cuenta, de ordinario, hasta qué punto tendemos a anestesiarnos, de uno y otro modo, toda insatisfacción. Es decir, el anhelo de avanzar, de superarnos, de ser **«diferentes»**. Entre la aspiración de **«ser diferentes»**, y ser **«como todo el mundo»**, preferimos, las más de las veces, ser **«como todo el mundo»**; o más precisamente, como las mayorías. Hay una razón psicológica: En el fondo lo que buscamos es **«ser aceptados»**: por los circunstantes, por el grupo, por la sociedad en que vivimos. Y para ello, hemos de ajustarnos: ser como son todos; pensar como piensan todos; comportarnos como todos se comportan. Y esos nos da tranquilidad. Porque, de hecho todo aquel que empieza a ser diferente, termina apedreado. ¡Lo dice la historia!

5.- SAN AGUSTÍN: EL HOMBRE SIEMPRE EN CAMINO

Centramos la conversión de Agustín en el evento del Huerto. Sin embargo, su conversión real no fue un evento, sino un **largo proceso**, en el que tendrán un papel relevante muy diversas mediaciones. A grandes rasgos, quedan patentes, en ese proceso, dos tipos muy diversos de conversión:

- **La conversión de la mente («*conversio mentis*»).**- En su larga, inquieta y tibia búsqueda de la Verdad, le dio por fin alcance y se convenció firmemente dónde se encontraba. Y creyó sin titubeos en el Dios de Jesucristo. Pero le seguirá un verdadero drama en su interior al ser consciente de que esa conversión se le ancló en la cabeza, sin comprometer para nada su corazón. Las viejas costumbres, la rutina, mil apegos y dependencias, no cuenta él, le amarraban para dar el salto definitivo a la conversión integral. Agustín es un espejo, que nos refleja a todos: A todos nos es fácil mantener nuestras creencias y prácticas religiosas. No nos es tan fácil que comprometan plenamente nuestro corazón.

- **La conversión del corazón («*conversio cordis*»).**- Después de un prolongado *“¿Hasta cuándo, hasta cuándo «¡mañana, mañana!»?; ¿por qué no hoy”* (Conf. VIII, 1,28), se quebraron todas sus resistencias, y abrió sus puertas de par en par al Dios-Amor, entre las lágrimas y el gozo. Y Agustín se convierte en el enamorado de Dios.

Sin embargo, Agustín **no concluyó su conversión, en el Otoño del 387, y su bautismo el 24 de Abril**. Ese día encontró el rumbo, y visualizó la meta, como la embarcación perdida que, al fin divisa el Faro lejano, y se enrumba hacia él. Pero deberá continuar el camino, expuesto a perder de vista el faro, a veces, y cometer desviaciones, sin dejar de pensar en el Faro.

Agustín se mantendrá toda su vida en proceso de conversión: rectificando visión de cosas, ideas y comportamientos, cada vez que descubre su error. Caso típico es su error funesto de **proponer para obispo a un jovencito de 15 años**, que luego resultó fatal. Al final de su vida escribirá, por ello, sus **«Retractaciones»**, rectificando ideas, actitudes y comportamientos de toda su vida, que ahora ve falsos o deficientes. Y termina diciendo:

“No quiero que nadie siga mis sentencias más que cuando estoy y están ciertos de su verdad. De aquí que traiga ahora entre manos la obra de mis Retractaciones, para que vean que ni yo mismo me sigo siempre, pues, por la misericordia de Dios, creo haber hecho algunos progresos en la verdad, desde que empecé a escribir (...); y ni ahora mismo, a mi avanzada edad, dejaría de ser arrogante si dijera que ya escribo sin error posible” (El Don de la Persever., 21,55).

Se refiere aquí a sus ideas, pero podría decir lo mismo de sus actitudes y comportamientos. También hubo de cambiarlos muchas veces.

Lo decisivo de la conversión es, por ello, cuestión de **«tensión»**: **“Lo primero para lo que os reunís en comunidad, es para vivir unánimes, en tensión constante hacia Dios”** (Regla 1, 3). Al igual que en la salud corporal, en nuestro camino hacia Dios nuestra tensión puede mantenerse a nivel, o bien bajarse, caerse o irse al suelo. Y entonces también nuestra salud espiritual está en riesgo. La vida es camino; y el camino es tensión hacia la meta.

- A ningún papá le preocupa que su niño, al esforzarse por subir una loma para llegar hasta él, tropiece y caiga siete veces, levantándose inmediatamente otras siete. Lo que le importa y alegra, es su afán de llegar hasta él.

Por consiguiente –sigue afirmando Agustín– **“Levántate y camina. Camina con las costumbres, no con los pies. Muchos caminan muy bien con los pies, pero muy mal con las**

costumbres. (Serm. 141,4). Y no olvidar que ***“Adelanta más un cojo por el buen camino, que un corredor fuera de él”.*** (Serm. 169,18)

El camino es largo. Y cada meta alcanzada deja a la vista metas más elevadas aún pendientes de alcanzar. ***“No llegarás a ser perfecto en este mundo, si no sabes que en este mundo nunca serás perfecto. . . El que se crea perfecto, se coloca en un lugar muy elevado; y se coloca allí para caer”.*** (In ps. 38,14).

Tema III.- LA CONVERSIÓN: GRACIA DE DIOS Y COMPROMISO DEL HOMBRE).

(=CONFIANZA EN QUE LA CONVERSIÓN ES UN DON DE LA GRACIA DE DIOS (HUMILDAD Y ORACIÓN))

La convicción de que todo cuanto de bueno, constructivo y saludable hacemos los seres humanos es Don de Dios pasó a ser expresión generalizada y espontánea en el ámbito cristiano: ***“¿Qué hay; cómo te encuentras? ¡Muy bien, gracias a Dios!”; “¿Terminaste de contruir tu nueva casa? ¡Dentro de tres meses, si Dios lo permite!”; “¡Hasta mañana, si Dios quiere!”.*** Partimos del hecho de que toda nuestra vida está en manos de Dios: ¡Todo es Gracia!

En la praxis, sin embargo, el robo de la gloria de Dios es una de las tentaciones más comunes entre los seres humanos. En nuestras diversas actividades, aun en las bienhechoras, buscamos sutilmente el reconocimiento, la admiración y el aplauso. Nos atribuimos la plena autoría de nuestros éxitos, que ensanchan así nuestro “EGO”, convencidos de nuestra superioridad y excelencia. De hecho, tendemos a recurrir a Dios, en nuestra debilidad y fracasos; pero en nuestros éxitos, nos domina el sentimiento de no necesitar a Dios para nada. Esto explica que, socialmente, en la medida en que el hombre progresa y domina más y más la naturaleza, Dios haya ido siendo relegado más y más a la marginación, o a la inexistencia, sustituido por los “dioses humanos”.

1.- ¡TODO ES GRACIA!

En su amplia teología sobre la Gracia, San Agustín es enfático en el hecho de que todo cuanto el hombre ES y HACE de bueno y saludable es Don de Dios, y a Él se debe la gloria: ***“Ésta es la doctrina cristiana: nadie obra bien si no es con la gracia de Cristo. Lo que el hombre obra mal es propio de él; lo que obra bien, lo obra por la gracia de Dios”*** (In ps. 93,15). Y por ello, ***“Tanto vale el hombre cuanto vale su unión con Aquel que le hizo.”*** (In ps. 75,8).

El hombre mismo es el milagro número uno de la Creación de Dios: Dios es el Autor de todas sus bondades. Sería ridículo que la pluma o el ordenador se enorgullecieran por los admirables escritos que realizan, aplaudidos por multitudes, olvidando al que los diseñó y los maneja. Sin ellos, ni existirían, ni serían útiles.

Dios, por ello, se encuentra en un aprieto: Si Él retira su acción permanente en el hombre, éste se torna un fracaso y un caos. Si hace valer en él su gracia constructiva, el hombre lo margina, o lo olvida, atribuyéndose el mérito. En consecuencia deberá permitir que el hombre sufra, tropiece y se rompa las narices, para que vuelva a recordarlo: ***“¡Señor, ayúdame!***

Y San Agustín insiste: *“Cualquier cosa buena que creas que tienes por ti mismo, la apartas de la alabanza de Dios.* (Serm. 67,6).- *“Lo que nosotros llamamos méritos nuestros, son dones de Dios”.* (Trinit. XIII, 10,14)

2.- GRACIA Y GRATUIDAD

Por lo demás, la gracia que Dios nos otorga es “*gratuita*”: Sin esperar merecimientos, ni nada a cambio a favor de Dios mismo: *“La gracia se parece a la leche, pues la madre la da gratuitamente; y no solamente no busca recompensa por ella, sino que arde en deseos de darla. La madre la da gratuitamente, y se entristece cuanto falta quién la reciba”.* (In ps. 143,2).

San Agustín radiografía ampliamente el contraste entre la motivación que impulsa a Dios a darse a los seres humanos, y las motivaciones que impulsan a los seres humanos a servir a Dios, comúnmente el propio interés y utilidad. Veamos sus énfasis:

1.- La infinita gratuidad del Amor de Dios

A) Dios no necesita nada del hombre para sí mismo.

“Dios no necesita de los bienes de nadie, porque El es, por Sí mismo, el Sumo Bien” (De V. Rel. 14, 28). *“Dios, contigo no es más. Tú, sin El, eres menos. Súmate, pues, a El; no te restes. Si te acercas a El, te rehaces. Si te apartas de El, te deshaces”* (In Jo. Ev. 11, 5).

“Reconócete a ti mismo mudable y a El inmutable. Confiesa que sin El no eres nada, y que El sin ti es perfecto. Que necesitas de El y El no necesita de ti... No porque Dios te reciba en holocausto, por eso crece El, ni aumenta, ni se hace más rico, ni se equipara mejor. Todo lo que, desde ti, hace en favor tuyo, es un bien mejor para ti, pero no para El, que lo hace” (In ps.65,19).

“Tú, Señor, no tenías necesidad de mí, no era yo un bien con el que Tú pudieras ser ayudado; o con el que te pudiera servir, como si te hubieras fatigado; o fuera menor tu poder si carecieras de mi obsequio. No necesitas que te dé culto, como se cultiva la tierra, para no quedar inculto, si no te cultivara; antes bien, he de servirte y cultivarte para que me venga la dicha de Ti, de quien me viene la capacidad de ser dichoso” (Conf.XIII,1,1; II,2).

B) Dios no te ama porque seas bueno. Por el contrario, eres bueno porque Dios te ama, y su amor te potencia para amar.

♦ *“¿Nos ama Dios porque le amamos a El, o más bien nosotros podemos amarle, porque El nos ama? Responda el Evangelista en su Carta: “Nosotros le amamos porque El nos ha amado primero” (1Jn. 4, 10). Nosotros hemos llegado a amar, porque hemos sido amados”* (In Jo. Ev. 102, 5).

♦ *“Para que pudiéramos ver, fuimos antes mirados, es decir, iluminados. Para que seamos capaces de amar, antes somos amados”* (Serm.174, 4). *“Cuando Dios premia nuestros méritos, lo que está premiando son sus dones”* (Carta 194, 5, 19).

2) La infinita fidelidad del Amor de Dios.- Cuando la vida del hombre se torna vacía, infeliz y problemática, Dios no es el problema, porque El jamás abandona a nadie. El problema está en la falta de RESPUESTA del hombre al don de Dios.

A) Dios no abandona ni desampara nunca a nadie:

- ♦ ***“Dios no va ni viene. Es, y basta. Sólo, pues, se aleja de tí, cuando tú te alejas de El” (In ps. 99, 5).***
- ♦ ***“Si estás en tinieblas, no es porque la luz se haya apartado de tí, sino porque tú te has apartado de la luz. Así como la piedra no tiene calor por su propia virtud, sino que ha de recibirla del Sol o del fuego, y se enfría o se calienta según se acerque o se aparte de él, así tú, si te apartas de Dios, ten enfrías, y si te acercas a El, te calientas” (In ps. 91, 6).***
- ♦ ***“Cuando te apartas del fuego, el fuego permanece caliente, pero tú te enfrías. Si te alejas de la luz, la luz permanece resplandeciente, pero tú quedas en tinieblas”. Así ocurre con Dios (Serm. 170, 11).***
- ♦ ***Agustín lo reconoció en sí mismo, en el tiempo en que vivía lejos de Dios: -“Yo andaba fuera y fuera te buscaba; pero Tú estabas dentro...Tú estabas conmigo, pero yo no estaba contigo” (Conf. X, 27, 38). “Reconozco que me llegó tu compasión cuando aún no te confesaba...Pues Tú eras más interior a mí mismo que yo mismo, y más elevado que lo más noble mio” (Ibid. III, 6, 11).***

B) Si Dios no te ama porque seas bueno, tampoco deja de amarte cuando no lo eres.

- ♦ ***“Cuando perdemos a Dios, es por nuestro alejamiento, no por su ausencia” (In ps. 6, 5).***
- ♦ ***“El pecador huye y, en su ceguera, choca contigo, que no te desentiendes de ninguna de tus creaturas...Así pues, que el pecador cambie y te busque, porque Tú no desamparas a nadie, aun cuando ellos desertaron de Tí. Que se conviertan, porque ya estás en sus corazones” (Conf. V, 2, 2).***
- ♦ ***El hombre que peca sufre castigo, no por pecar contra Dios, pues a El ningún daño puede hacerle, sino por pecar contra sí mismo. (Ver Conf. III, 8, 16).***

Orientamos frecuentemente nuestra oración a interesar a Dios en la solución de nuestros problemas. En realidad, es El, quien de continuo nos “reza” a nosotros para apremiarnos a no echar en saco roto sus dones. Por eso, la orientación de la oración agustiniana se resume en estas palabras: “Comenzamos llamando a Dios, para terminar descubriendo que somos nosotros los llamados por El”.

3) La infinita servicialidad del amor de Dios.- Aunque enfatizamos la necesidad de servir a Dios que, en sí mismo, no necesita de nuestros servicios, en realidad es Dios quien se pone de continuo al servicio de los hombres, por apremio de su amor.

- ♦ ***“Dios no necesita de las cosas que le ofrecemos en los sacrificios..., ni siquiera de la misma justicia del hombre. Todo aquello de que nos servimos para darle culto, es para provecho nuestro, no de Dios” (C. De Dios, X, 5).***
- ♦ ***“Yo, Señor, no me levanté el primero para ir a Tí. Fuiste Tú quien viniste a mí para levantarme. (In ps. 58, 1, 9).***
- ♦ ***“Dios no necesita de nuestro servicio. Pero nosotros sí necesitamos estar bajo su protección para que nos trabaje y custodie. Sólo El es verdadero Señor, porque no le***

servimos para su utilidad, sino la nuestra. Pero El nos sirve, no con cosas, sino con la donación de sí mismo, que es la suma utilidad y salud" (De Gen. Ad litt. VIII, 11, 24).

3.-GRACIA DE DIOS Y COMPROMISO HUMANO

La insistencia unilateral en que todo bien es "gracia de Dios", plantea interrogantes de no fácil respuesta: Si la conversión, la santidad, la bondad, la paciencia, el amor y demás, son "**gracia de Dios**", y no mérito propio, y Dios no me concede esa gracia, ¿qué culpa tengo yo de no convertirme, ser vulgar, impaciente o egoísta?. Ocurre algo similar con el concepto de "**elección**", muy repetido en el mensaje bíblico: Si Dios no me ha "elegido" para ser de los suyos, ¿qué culpa tengo yo de ser un marginado de Dios? Dios nos elige, nos llama y capacita; pero espera nuestra libre respuesta.

Nuestro problema radica en la limitación de nuestros pensamientos y conceptos, que trabajan comúnmente con "fragmentos" de la realidad, olvidando las globalidades. También en nuestra comprensión de la gracia. Olvidamos que una de las gracias más preciadas que ha otorgado Dios al hombre es la de la **LIBERTAD**: "**Gran bien del hombre. La voluntad libre del hombre ha de ser considerada como uno de los bienes que el hombre ha recibido de Dios**" (LA II,181.). Con este don, Dios ha capacitado al hombre para ser sujeto y protagonista de su propia historia.. Dios no quiere robots manejados por él mismo. Quiere "hijos", no siervos, dominados por Él. Y es que "**nadie es bueno si lo que hace lo hace por la fuerza, aunque sea bueno lo que hace**" (Conf.I,12,19).

En consecuencia, Dios capacita y llama; propone y ofrece. Pero espera nuestra libre acogida y respuesta. "**La ley de la libertad es la ley del amor**"(Ep.167,19). Es verdaderamente libre quien ha sacudido toda ligadura que le impide amar. "**Ama y haz lo que quieras**" (). "**Ama y dí lo que quieras**" (). Porque, si amas, serás incapaz de dar paso a mal alguno.

La Palabra Bíblica hace constancia de que nuestro Dios es el "Dios de la Alianza" y de las Mediaciones. Quiere llevar la Creación a su plenitud aliado con el hombre. Significa que ni Dios quiere hacerlo todo por sí mismo sin la colaboración del hombre, ni el hombre va a lograr sus más altos objetivos sin Dios. San Ignacio de Loyola lo expresó atinadamente diciendo: "**Confía en Dios como si todo dependiera de Él; pero actúa como si todo dependiera de ti**".

En la misma plegaria litúrgica son frecuentes expresiones de este tenor: "Señor, haz que los pobres tengan que comer; haz que se acaben las violencias y las injusticias; haz que disfrutemos de paz en el mundo, etc. ¡Justo esto es lo que Dios nos está pidiendo a nosotros! Sería ingenuo pedir a Dios que nos haga llegar puntualmente cada día el desayuno, la comida y la cena.

De hecho, una de las protestas y pataleos de los creyentes ante Dios, incluso en la Palabra Bíblica es: "Señor, ¿por qué me has abandonado? ¿Por qué no aniquilas a mis enemigos? ¿Por qué no acabas con las injusticias, violencias, desgracias y sufrimientos?

"El apóstol Pablo no trabajó para recibir la gracia, sino que la recibió para trabajar; de esta manera, para poder recibir el premio debido, siendo digno, gratuitamente recibió la gracia, siendo indigno". (Actas c.Pelag. 14,36)

4.- GRACIA Y MÉRITO

Nuevamente, la ambigüedad y trampa de nuestro lenguaje y lógica: Si todo bien es gracia y don de Dios, el hombre no tiene “mérito” alguno en ser bueno. Esto pareciera indagar la expresión de San Agustín: ***“El que se salva es debido a la misericordia que no se merece; y el que se condena, al juicio que se merece”***. (Enchir. 94). Lo que consideramos “verdades”, con frecuencia no son sino “medias verdades”.

Cristo mismo, efecto, apremia repetidamente al “merecimiento”: ***“Cuando entren en una casa, digan: Paz a esta casa. Y si allí hay alguien que merece la paz, descienda la paz sobre ellos, porque el obrero merece su salario”*** (Lc. 10,5-6). Las vírgenes necias no merecieron ser admitidas a la boda; las prudentes merecieron entrar (cfr. Mt.25, 1ss.). En el Juicio Final, Jesús dejará en claro que unos se han merecido, por sus obras, la salvación y otros la condenación: ***“Venid, benditos de mi Padre...”***; ***“Apartados de Mí, malditos...”***. En definitiva, ***“El que siembra en la carne, de la carne cosechará corrupción; el que siempre en el Espíritu, del Espíritu cosechará vida eterna”*** (Gal. 6,8).

Ciertamente, no existe proporción entre nuestras buenas obras, y la gloria que Dios nos tiene reservada. ¡No tenemos posibilidad de “comprar” el premio de Dios!. Todo es gracia; pero el que la secunda, la desarrolla y la hace fecunda en su vida, amerita el premio por Dios reservado. Y el que la echa en saco roto y hace su vida un asco, él mismo se prepara la frustración.

= Si el señor y dueño de una empresa, prepara a su obrero para un trabajo específico; le da conocimientos, habilidades, comida, vestido y medios para ser exitoso, y a final de año, le da tres millones, una casa digna y bien equipada, y un puesto más elevado, no podemos decir que el obrero se ha ganado y merecido tan gran premio. Pero sí se ha merecido el desastre, el obrero perezoso, descuidado y problemático.

En el fondo, tras de todos nuestros méritos está actuando la gracia de Dios, pues somos hechura suya de pies a cabeza.

5.- EL PECADO: AUTORÍA Y PROPIEDAD EXCLUSIVA DEL HOMBRE

Sin embargo, San Agustín sigue dando prioridad al hecho de que Dios y su gracia están siempre por detrás de nuestras bondades, como las fuentes están siempre detrás de cuanto bien logran hacer las aguas de los ríos. Y, por ello, Dios es el Verdadero Autor de todo bien. El hombre sólo es autor y propietario de sus deficiencias. ***“Reconoce que de todas las cosas que tienes, lo bueno lo tienes de Dios. y lo malo de ti. Si te alabas a ti en tus bienes, lo condenas a El; si buscas excusas a tus males, le acusas a El”***. (Serm. 176,5). ***“Si encuentras algo bueno en ti, pertenece a Aquel que da, no al que recibe”***. (Jo.Ev.Tr. 14,6).

Está en juego aquí el concepto de pecado con que habitualmente trabajamos. Solemos distinguir entre pecados de omisión y de comisión. En realidad, todo pecado es una “omisión”; una deficiencia. Es la desidia en dinamizar el bien, la gracia, que Dios ha infundido en el hombre.

San Agustín desarrolla ampliamente un concepto que siglos más tarde comentará el científico Einstein: El mal, en realidad, no existe, como realidad sustantiva: Es una carencia de bien. Como las tinieblas no son sino la ausencia de luz; el frío no es sino la carencia de calor; la injusticia no es sino la falta de justicia; el odio no es sino el subdesarrollo del amor. Y Agustín escribe:

“El bien que carece de todo mal .es únicamente el Bien Absoluto. Por el contrario, aquel bien al que está adherido el mal, es un bien corrupto o corruptible. Y donde no existe el bien, no es posible .mal alguno...Toda naturaleza o substancia es un bien...Y, siendo el hombre una naturaleza, ¿qué otra cosa es el hombre malo, sino un bien malo (es decir, deficiente)?” (Ench.13,4). Por ello, ***“Mientras un ser se corrompe, hay en él un bien, del que puede ser .privado...Si no deja de corromperse, no está despojado de todo bien”***.-Ench.12,4.

Desde esta clave entendemos que Dios ha diseñado al hombre con capacidades de bien ilimitadas. La misma ciencia ha concluido que el hombre no ha desarrollado, actualmente, más de un 10% de sus capacidades reales. Pero el hombre es renuente a dinamizarlas. Y así: Odias porque no has desarrollado tu capacidad de amar; te carcome el pesimismo porque ignoras tus posibilidades. Entre los mismos creyentes, encontramos una fe firme y mantenida en Dios; pero, con frecuencia, una muy débil fe en el “Don de Dios”, que Dios mismo sembró en ellos.

Todos somos pecadores

Dios nos diseñó y capacitó para ser semejantes a Él (cfr. Gen. 1,26). Significa que la aspiración fundamental del hombre habrá de orientarse a la máxima identificación con Dios (=conversión-santidad). Pero el hombre siempre será una mezcolanza de bien y de deficiencia, porque siempre habrá una diferencia abismal entre lo que es el Creador y sus criaturas. ***“Hombre y pecador son como dos cosas distintas. Cuando oyes hombre, oyes lo que hizo Dios; cuando oyes pecador, oyes lo que el mismo hombre hizo. Borra lo que hiciste para que Dios salve lo que hizo”*** (In Joan. Ev.,12,13).

En consecuencia, todos somos pecadores, deficientes; La fidelidad del hombre no consiste en ser “perfectos”, sino en mantenerse en camino hacia la perfección: ***“Todos somos pecadores”***, declara Agustín. ***“También los sacerdotes. También los obispos pueden llegar a ser malos pastores”*** (cf. Sermones. 46, 2; 47, 2; 176 A). ***“También los santos; unos más y otros menos... Y quien peca lo mínimo, ese es el óptimo”*** (Carta 167, 3,13). Pero, aun siendo “pecadores”, podemos ser buenos seguidores del Camino, diseñado por Jesucristo. Es buen caminante el que, a veces tropieza; pero se levanta y sigue; otras veces desvía el camino, o retrocede; pero rectifica y continúa, sin renunciar a la meta: ***“Puede ser perfecto caminante quien aún no es perfecto por no haber alcanzado la meta. El perfecto caminante marcha bien, camina bien y se mantiene en el camino”*** (Serm. 360,B, 3).

Otras dos categorías de “pecadores”, añade Agustín, son los **IMPÍOS** y los **APÁTICOS**. Y concluye: Aspiremos a ser, no más que “pecadores”. Pero jamás “impíos”, ni “apáticos”. ***“Quien no avanza, queda estancado en el camino; quien abandona un propósito mejor para volver a lo que abandonó por ser peor, ha dado marcha atrás”*** (Serm. 306,B,1). ***“No eres bueno por no hacer el mal, sino por hacer el bien”*** (cf. In ps. 33,2,19).

En síntesis, Dios es Autor de todo bien, pero no de las deficiencias del mismo. Sin su gracia, nada bueno podemos hacer. ***“Cristo no dice, declara Agustín-, sin mi podéis hacer poco!. sino nada podéis hacer”*** (Jo.Ev.Tr. 81,3). Pero cuando no lo hacemos, es culpa nuestra, no suya.

6.- HUMILDAD Y ORACION: LA HONESTA CONFESIÓN

La consecuencia lógica de este gran tema de la Gracia, es la Humildad: El reconocimiento y confesión de la propia verdad, ante sí mismo, ante Dios, y ante los hombres. Y en esa verdad se entremezclan la grandeza de lo que Dios ha hecho en mí, y el pecado que ha empequecido

esa grandeza. ***"Señor, fíjate en tu obra, y no en la mía: pues si te fijas en la mía, la condenarás: pero si te fijas en la tuya, la coronarás. Porque, todo lo bueno que tengo. lo tengo por ti: es más tuyo que mío".*** (In ps. 137,18).

Agustín fue un modelo de honestidad y confesión. En primer lugar, cara a cara con Dios, en oración dialogante y confiada, como luego aconsejará a los demás: ***"Dí a los hombres lo que eres: díselo también a Dios. Porque si no dices a Dios lo que eres, Dios condenará lo que encuentre en ti . ¿ No quieres que El condene? Condéna tú. ¿Quiéres que El perdone? Reconócete pecador".*** (In Epist.Jo. 1,6).

Pero tampoco tuvo reparo escribir su amplio libro, las Confesiones, para exponer sus propias dispersiones y tropiezos ante la faz del mundo; en la convicción de que son muchos los que viven frustraciones semejantes a las tuyas, y necesitan orientación: ***"El comienzo de las buenas obras es la confesión de las malas".*** (Jo.Ev.Tr. 12,13). Sin que importe el deterioro de la propia imagen, en pro del amor a la verdad de la propia pequeñez, y a la verdad de la excelencia de Dios: ***"Confesar tu maldad es confesar la gracia de Dios; acúsate a ti y glorifícale a El; repréndete tú y alábele a El, para que cuando El venga te encuentre a ti como castigador y El pueda mostrarse a ti como tu servidor".*** (In ps. 66,6).

La honesta confesión, en efecto, es un grito de alabanza al Dios Amor, siempre dispuesto al perdón: ***"La humildad del hombre es la confesión del hombre y la grandeza de Dios la misericordia de Dios".*** ***"Cuando en pecado te acusas a ti, alabas al que te hizo sin pecado; pues si El te hubiese hecho con pecado, no te acusarías a ti, pecador, sino a El, Creador".*** (Serm. 126,3)

Ante la honesta confesión, Dios borra de su memoria todos tus pecados, y sólo cuenta, ante Él, tu presente. Ante la humildad y confesión del pródigo, el Padre hace fiesta. Incluso hemos conocido grandes pecadores que, al fin, escalaron las altas cumbres de la santidad, mientras tantos otros, siempre buenecitos, jamás superaron su mediocridad. ***"El que quiera llegar a la divinidad, tiene que confesar la debilidad".***(In ps. 146.11)

"Nadie desespere de ser perdonado, y nadie presuma de sí mismo. Hemos visto a hombres, que después de cambiar, viven mejor que aquellos que los reprendían. Desesperar es malo, y también el presumir de sí mismo. Tu no desesperes, y elige aquello de lo que debes presumir". (Jo.Ev.Tr. 49,3)

7.- GRANDEZA Y PEQUEÑEZ DEL HOMBRE

San Agustín concluye este tema de la gracia de Dios y el pecado del hombre con una expresión de humildad y exaltación: ***"¿Quién podrá entender y explicar aquello que relampaguea en mí y que hiere mi corazón sin lesionarlo? En verdad que me siento horrorizado y enardecido; horrorizado, por mi semejanza con Dios; enardecido, por mi semejanza con Él"*** (Conf. XI, 9,11).

Grandeza-Pequeñez. Los grandes contemplativos llegaron a similar conclusión. Ante la grandeza del Cosmos, visualizaron la grandeza de su Creador. Al mirar al hombre, vieron en él, por una parte, el milagro número uno de la Creación; y por otra, el sentido de las proporciones que hoy la misma ciencia nos ayuda a rescatar. El Cosmos y el Microcosmos. Y la Ciencia afirma: 1.- El Universo está compuesto por 100.000 millones de Galaxias; cada una de ellas con muchos millones de estrellas, o soles. Para atravesarlo necesitaríamos 30 millones de años, viajando a la velocidad de la luz (300.000 kms, por segundo).

2.- Una de esas cien mil millones de Galaxias se llama la “Vía Láctea”. Precisamente a la que nosotros pertenecemos. Tiene **200.000 billones de estrellas.** -De ellas, una de las más pequeñas, es nuestro Sol.

3.- Nuestro Sol forma lo que llamamos el “Sistema Solar”, con nueve Planetas y sus satélites, que giran armónicamente en torno al Sol. Entre ellos, nuestra Tierra.

= El Sol es una Bola inmensa de **1,400.000 kilómetros de diámetro.**

Mientras que la tierra - el quinto de los planetas, en tamaño- no tiene más que 12. 741 kilómetros de diámetro. = La tierra es. Saturno es casi diez veces mayor, y Júpiter más de 11 veces mayor.

= Metidos los nueve planetas dentro del Sol, ocuparían menos de la tercera parte de su volumen.

4.- El sistema Solar es inmenso, y nadie ha podido recorrerlo. El planeta más cercano al Sol es **Mercurio:** a 57.910.000 kms. de distancia. El más lejano es **Plutón;** a 5.913.520.000 kms. de distancia.

5.- En el Planeta Tierra VIVO YO.- Uno de los 6,221,894,000 de seres humanos que vivimos en ella.

Visto desde los ojos de Dios, y la grandeza de su creación, el ser humano es menor que el más pequeño insecto. Pero capaz de entender, admirar, transformar y amar. Formidable grandeza en su pequeñez.

SEGUNDA PARTE: CONVERSIÓN COMUNITARIA

En la SEGUNDA PARTE debemos pensar que la conversión mayor es arriesgarnos a vivir nuestro compromiso apostólico desde la comunidad, asumir COMO COMUNIDAD el apostolado. Por tanto, es preciso cambiar el concepto de conversión para ser “perfecto” al ideal de ser comunidad que aprende a contemplar la realidad y a buscar, juntamente con los hermanos y hermanas, los caminos nuevos de evangelización.

TEMA IV. DE LA AUTORIDAD AL SERVICIO

DE «JEFES» A PASTORES, SEGÚN EL CORAZÓN DE CRISTO

⇒ Miramos aquí a nuestra misión pastoral. ¿Pastores o jefes? ¿Autoridad o servicio? Desde nuestra identidad agustiniana: ¿Párrocos y vicarios -¿ipeones!-, o misión coparticipada? Los fieles nos llaman “Padres” o “Hermanos”. Pero nos sienten con frecuencia sobre todo «jefes», poco dispuestos a compartir responsabilidades con los laicos. Los Documentos de la Iglesia y de la Orden han abogado suficientemente por el paso de una Iglesia clericalizada a un Iglesia de comunión entre clérigos y laicos.

Como seguidores de Jesucristo, tanto personal como comunitariamente, nos debemos a la misión evangelizadora. En concreto, como Pastores del Pueblo de Dios. Implica también sincera conversión

La Iglesia, su anuncio de la fe en el Señor Resucitado, principio y fin de la historia, que sufre dolores de parto hasta la manifestación plena de Cristo (Rm 8,22) en su dinámica debe ser profundamente contextualizada en el mundo concreto desde donde nace y crece. Sentirse parte de la experiencia humana, la ubicación social, las culturas particulares, los cambios sociales de los pueblos, el espacio.

La *Evangelii Nuntiandi* de Pablo VI nos dice que “*lo que importa es evangelizar la cultura humana y las culturas... Tomando siempre a la persona como punto de partida y regresando siempre a la relación de las personas entre sí y con Dios*” (Pablo VI, *Evangelio Nuntiandi*, 20). La contextualización es un imperativo teológico que afecta a la construcción esencial del Pueblo de Dios. Una auténtica Iglesia católica abraza la dimensión humana porque la realidad de cada día es un sacramento de fe. La catolicidad activa las cosas humanas para que formen parte del núcleo del anuncio. El cristianismo posee una vitalidad tal que por propia naturaleza impulsa a la unidad a través de diversidad.

Pero la relación con el mundo real puede entenderse equivocadamente “desde arriba y desde fuera”...

Un mundo que cambia vertiginosamente

Norte-Sur, ricos-pobres, poderosos-débiles, amos-esclavos. La fuerza del mal ha tomado forma de poder, de competitividad sin alma, de afán de acumular más y lograr el poder político, objetivo final de toda conquista económica. La misión de la comunidad de los creyentes es transformar desde dentro estas estructuras de pecado y hacer que, como levadura en la masa, vayan transformando el mundo, hasta que alcance la madurez escatológica, generando la cultura del amor, por la vía de la solidaridad y la gratuidad (Mt 5, 1-12).

Para ello se necesita volver a raíz del Evangelio de Jesús. *Mas Jesús los llamó y dijo: Sabéis que los jefes de las naciones las gobiernan como señores absolutos, y los grandes los oprimen con su poder. Pero no ha de ser así entre vosotros, sino que el que quiera llegar a ser grande entre vosotros, será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros, será esclavo vuestro; de la misma manera que el Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos* (Mt 20, 26-28).

Como agustinos, deberíamos considerarnos siempre como nuestro Padre “servidores de la Iglesia” (*El trabajo de los monjes* 29,37), tener continuamente presente “el servicio que debo a mi pueblo” (*ib.*) y ser realmente “servidores dispuestos” a olvidar nuestros intereses para atender a la Iglesia en sus necesidades (*Cart.48,2*). (cfr. Capítulo 2007, *La renovación de la vida agustiniana*, 1.2)

Una larga y sombría historia

Sin embargo una mirada a la historia, nos hace ver que la Iglesia a lo largo de casi 2 000 años ha estado ciertamente asistida por el Espíritu, pero, como cualquier otra institución humana, no ha dejado de sufrir la tentación del poder. Es nuestra madre, ciertamente, pero defectuosa y empobrecida. Desde que Constantino el Grande promulgara la libertad de los cristianos en el Edicto de Milán, traspasándola el peso de un Imperio decadente aquella pequeña comunidad que acompañó a Jesús por los caminos de Galilea, había sido teñida con la sangre de los mártires y salía de la postración de las catacumbas ha estado en el centro mismo del ejercicio del poder, cuestionado por los profetas que volvían sus ojos a los valores del Evangelio.

González Faus, en su obra *La Autoridad de la Verdad* nos ofrece una treintena de textos en que la Iglesia, se alejó de su sentido sacramental y accedió a un sistema normativo que prevaleció por largos siglos. Son condenas y excomuniones que el devenir del tiempo ha ido diluyendo: “*Se apoyaba en el carisma por el que el Espíritu Santo aseguraba a los obispos su capacidad de custodiar e interpretar la verdad revelada en Jesucristo. Fundamentalmente dicho carisma no fue discutido hasta la reforma del siglo XVI. Pero en el siglo XIX, tomó cuerpo la noción moderna de “magisterio”, mientras las sociedades occidentales caminaban hacia lo que consideraban la edad adulta de la humanidad, donde*

ninguna autoridad imponía más verdades y normas intangibles ante el progreso de la razón y de la libertad” (pág.9).

Jefes más que pastores

Ha sido un rasgo que nos ha caracterizado a lo largo de los tiempos: los “curas” (y también con frecuencia los religiosos y religiosas) nos sentimos jefes, alcaldes, dueños de la comunidad a la que tenemos el deber de servir. Por lo menos así opera en el imaginario del pueblo creyente. Prueba de ello es el doble sentido de la palabra *cura*, que condensa todo un estilo común de pensar, en que nos perciben lejos del espíritu de Jesús (Lc 22, 24-28). Imponemos a los fieles nuestra verdad y llegamos a hablar de su incapacidad para entenderla. No valoramos sus virtudes humanas (y, por lo tanto, evangélicas). Les miramos con cierta magnanimidad de emperadores y les miramos con cierta ternura compasiva como pobres, ignorantes. No les miramos como diferentes. Todo ha de ser como nosotros lo digamos, hasta en las cuestiones más logísticas y marginales como la organización de las procesiones o la construcción de templos o de otros servicios diaconales. No hemos aprendido a estar atentos a lo que el Señor nos dicta a través del corazón de la vida y de la cultura en la que estamos. Imponemos en puro estilo dictatorial las bondades de nuestro proyecto de vida que es *“mejor que los demás”*, y los pobres para nosotros son aquellos a quienes consideramos inferiores, menesterosos. Por eso les hacemos dignos de nuestra compasión.

Dos razones estarían en la raíz de este comportamiento:

- A. La primera es que el sistema jerárquico de la Iglesia está constituido sobre una rígida base lineal, que viene de arriba abajo y se estructura sobre el principio mal entendido de una autoridad defensora y guardiana de la Verdad inspirada por el Espíritu. Termina convirtiendo a los demás en víctimas del mismo estilo dominante, colonizador, proselitista. Aunque la teología tradicional tenga un fundamento trinitario, nuestra práctica de fe, nuestra espiritualidad histórica ha estado centrada en la unidad de un solo Dios trasmisor de verdades monolíticas.
- B. La segunda es de carácter psicológico. El celo del Señor que nos consume oculta con frecuencia una profunda frustración emocional. Nos sentimos mejor cuando nos convertimos en artífices y protagonistas en el pequeño mundo donde somos líderes en el sentido más dictatorial de la palabra, olvidándonos del Evangelio (Jn 3, 30).
- C. A veces nos impulsa gozar del reconocimiento de nuestros superiores, de nuestras instituciones, y hacemos lo posible e imposible por sobresalir y sentirnos justificados ante los demás, lo que es un orgullo humanamente comprensible, pero que con frecuencia rebasa los límites del equilibrio interior.
- D. Carecemos de un sentido de lo comunitario, capacidad para trabajar pastoralmente en equipo. Vemos las diferencias ciertamente, pero no sabemos cómo manejarlas ni gerenciarlas ni cómo impulsar a la marcha de un grupo. Y todo termina cuando nosotros terminamos.

Sin embargo, el sentido de la asertividad personal, la autoestima, el sentido del éxito, tienden a crear en nosotros saludables estados de ánimo, que en ningún modo están en contradicción con la santidad personal y comunitaria y un equilibrado sentido de auténtica humildad.

El Cuerpo Místico, nosotros y los laicos

La Iglesia es el Pueblo de Dios, constituido por todos aquellos que en comunión anuncian el Reino. Jerarquía, ministros, religiosos y laicos viven el mismo misterio de la Iglesia como Cuerpo Místico de Cristo (AG 1-7). Los laicos tienen su específica vocación a participar en la construcción del Reino y en la transformación del mundo. *“Cuanto se ha dicho del Pueblo de Dios se dirige por igual a laicos, religiosos y clérigos; sin embargo a los laicos, hombres y mujeres, en razón de su condición y misión, les corresponden ciertas particularidades cuyos fundamentos, por las especiales circunstancias de nuestro tiempo, hay que considerar con mayor amplitud* (LG, 30). Nadie es más que nadie. Juan XXIII decía en sus audiencias una frase que viene a cuento: *Rezad para que el Papa sea un buen cristiano*. Todos por la acción del Espíritu cooperamos al bien común y somos responsables del anuncio de paz y de justicia en el memorial de la Muerte y la Resurrección de Jesús. *“Es necesario, por tanto, que todos, abrazados a la verdad, en todo crezcamos en caridad, llegándonos a Aquel que es nuestra cabeza, Cristo, de quien todo el cuerpo, trabado y unido por todos los ligamentos que lo unen y nutren para la operación propia de cada miembro, crece y se perfecciona en la caridad”* (Eph 4, 15-16).

Los laicos tienen a Jesús por hermano que vino a servir y no a ser servido, también tienen por hermanos a quienes de uno u otro modo apacientan la familia de Dios por la caridad. San Agustín decía: *“Si me aterra el hecho de que soy para vosotros, eso mismo me consuela, porque estoy con vosotros. Para vosotros soy el obispo, con vosotros soy el cristiano. Aquel es el nombre del cargo, éste es el de la gracia; aquél el del peligro; éste el de la salvación”* (Serm. 340, I).

No todos valemos para todo pero todos valemos para algo, reza el viejo refrán democrático. Tienen, pues, los laicos un valor esencial en la vida de la Iglesia (LG 39). Su misión específica es la consagración del mundo, el testimonio de vida en medio de las estructuras humanas desde las que debe contribuir a la realización del Reino entre los hombres (Mt 5, 13-16). A los ciudadanos de la ciudad temporal se les exige vivir a plenitud los deberes temporales guiados del el espíritu evangélico (GS 43).

¿Época de cambios o cambio de época?

La comunidad de los apóstoles de Jesús hubo de abrirse camino al paso de los años, asumir realidades distintas para ampliar su horizonte, para contextualizar su anuncio, para ser significativa ante los pueblos del universo entonces conocido. Poco a poco fue ampliando sus estructuras y su significación simbólica, que en el espacio y el tiempo iba transformándose y readecuándose.

¿Qué ha pasado para que todo aquel memorial del Resucitado se haya convertido en una cesión ante la tentación de poder? ¿Por qué llegamos a creer que Occidente era el único dueño de la verdad, y nosotros, los ministros de la fe, nos hayamos convertido en encomenderos, doctrineros, jefes que manejan la nave y no en amigos y servidores, compañeros de búsqueda? ¿Por qué hemos acumulado tanta sombra en nuestra evangelización en América Latina?

La realidad de la Creación hoy ha ido cobrando su lugar. La conciencia de los hombres desde hace siglos ha crecido como un alud y nos hemos visto atrapados en nuestro pequeño mundo de verdades, de espaldas a la Creación de Dios que va cambiando y transformándose ante los nuevos avances de las ciencias y la aparición de paradigmas que nunca hubiéramos imaginado..

Los laicos exigen con todo derecho participar en la vida de la Iglesia, su Iglesia, y vivir en la libertad de los hijos de Dios (Jn 8, 31-32). La mayor conciencia de la capacidad de los hombres para asumir el mundo y orientarlo con saber y fuerza, han hecho que en la posmodernidad la humanidad se haya sentido como un niño superprotegido y engañado.

Medio siglo ha sido suficiente para descubrir precipitadamente la distancia inconmensurable entre lo que se pensaba desde la fe sobre el mundo antes y lo que la realidad transformada y redescubierta de la evolución del mundo de la Vida, ha significa como novedad. Torres Queiruga abre la herida de lo que ha sido superado y tenemos que reconocer: *“Son muchas, dice, las verdades que afirmamos sin acabar de creérmolas. Son demasiadas las cosas que pronunciamos con la sospecha de que la “cosa” no puede ser así. ¿Qué madre puede creer de verdad que su pequeña criatura recién nacida, ante la que su corazón se deshace de ternura, “está en pecado” mientras no sea bautizada? ¿Quién es capaz de pensar que Dios “castigó” durante milenios a miles de millones de seres humanos por un “pecado” que cometieron sus “primeros padres”, cuando ninguna persona decente es capaz de maltratar a un niño, por muy grande que sea la faena que pudiera haberle hecho el padre de éste? ¿En qué cabeza cabe que Dios pudiera exigir la muerte violenta de su Hijo para perdonar los pecados de la humanidad? ¿Resulta concebible que un Dios que “es amor” se dedique a “castigar, con tormentos infinitos y por toda la eternidad, faltas cometidas en el tiempo por hombres o mujeres, en definitiva siempre bien pequeños (por no hablar, con Tertuliano y Tomás de Aquino, de que la “contemplación del castigo de éstos, “aumenta el gozo de los bienaventurados”(Torres Queiruga, *Recuperar la Creación*, Sal Terrae: 1997: 17). Más adelante añade que hay que apuntar a un hecho evidente: “El imaginario colectivo de los cristianos y aún el vocabulario está repleto de frases, imágenes y conceptos que a ellos mismos les resultan literalmente increíbles. Lo tremendo es que eso se sabe ya de alguna manera. Pero no se reacciona” (Ibid. 18).*

Una de las exigencias que tienen los laicos desde el tiempo de la modernidad y posmodernidad es precisamente eso, sentirse libres de ataduras, salir de la esfera cerrada en que les hemos tenido y respirar el aire de la historia que corre y corre hacia la construcción de un “cielo nuevo y una tierra nueva” (Apoc). Su participación consciente y activa es un derecho ineludible y han dejado de ser un brazo de la jerarquía sino son una parte necesaria del desarrollo de su responsabilidad en libertad. El mismo Concilio lo afirma. Hasta quienes “creen en Dios, sea cual fuere su religión, escucharon siempre la manifestación de la voz de Dios en el lenguaje de la creación” (GS 36). Y nuestras Constituciones (n. 45) insisten en la necesidad de la participación efectiva de los laicos en nuestra espiritualidad y misión.

Volver al Evangelio

Hay que buscar un alimento permanente en el espíritu de lo nuevo, sustentándose en la fuerza del Evangelio. (Jn 15, 14-17).

- a. La Iglesia se siente llamada a la conversión, *“Semper reformanda”*. El Concilio Vaticano II realizó un esfuerzo gigantesco para situarse al ritmo de los tiempos, interpretando los grandes signos que al principio de la década de los sesentas, habían comenzado apenas a despuntar. Nos preguntamos ahora desde dónde habremos de realizar nuestra conversión personal y contribuir a la conversión permanente de la Iglesia. Una buena respuesta sería que Dios nos habla desde la vida, desde las condiciones de un mundo empobrecido donde más de las dos terceras partes viven en condiciones infrahumanas, y trescientos millones de aborígenes sufren la marginación estructural de las sociedades y los estados. El Evangelio es la promesa de los menesterosos y de los débiles, como cantó María en el Magnificat (Lc 1, 46-55).
- b. Esta conversión nos lleva a la escucha del Dios latente en el corazón de los hombres, a aprender a estar sensibles y atentos a su voz, a no dejarnos arrebatar por ningún género de angustia que legitime nuestras neurosis y tratar

de que el universo mundo se muestre reconocido a nuestros esfuerzos (Mt 11, 29). Dios nos habla desde la contemplación de lo que ha hecho a lo largo de una historia milenaria mucho antes que llegáramos, y nos obliga a adoptar actitudes de humildad y reconocimiento de nuestras limitaciones y a aceptar que solamente el camino del diálogo respetuoso nos puede llevar a comprender a los demás(I Cor 3, 6-9).

- c. Un elemento adicional: los cambios en nuestro quehacer pastoral nos llevan a superar la rutina, la improvisación, pasar por pasar. La nueva evangelización nos lleva a escuchar y convertir nuestra acción evangelizadora como un encuentro con el universo que Dios ha creado y las gentes que significan su presencia en medio de los seres humanos.
- d. Además, la Iglesia de América Latina ha insistido siempre en la actitud de SERVICIO básica para toda auténtica evangelización. Así, el Documento de Aparecida presenta la misión de Jesús como un servicio a la vida (n.353) y a sus seguidores como discípulos y misioneros al servicio de una vida plena, lo que exige en nosotros santidad y compromiso (348-52). La necesaria conversión pastoral y renovación misionera de las comunidades (¡también de las comunidades religiosas!) es precisamente una consecuencia de esta actitud fundamental de servicio a la vida plena de todos en Cristo (365ss.)

Bibliografía:

Concilio Vaticano II

Constituciones OSA

Torres Queiruga. *Recuperar la Creación. Por una religión Humanizadora*. Santander: Sal Terrae, 1997.

González Faus, José Ignacio. *La autoridad de la verdad. Momentos oscuros del Magisterio Eclesiástico*. Barcelona. Herder: 1996.

Marina, José Antonio. *Aprender a vivir*. Barcelona. Ariel: 2005.

Para la reflexión personal o comunitaria:

1. Realicemos un scaneo por nuestro perfil personal en el ejercicio de nuestro servicio al pueblo.
2. Nuestra escucha contemplativa a la realidad contextual, ¿nos lleva a asumir en su totalidad las dimensiones de la vida humana como sacramento de Dios en nuestra pequeña historia?
3. Indicar algunos rasgos de la Iglesia local que soñamos.
4. Profundizar en los números citados del Documento de Aparecida.

TEMA V. DEL INDIVIDUALISMO A LA ESPIRITUALIDAD DE COMUNIÓN CONVERSIÓN, PERSONA Y COMUNIDAD

El “individualismo” exagerado es sin duda una de las características más notable de nuestra cultura. El individuo pretende imponer sus intereses e incluso sus gustos o caprichos sobre el bien común, quizás como reacción a los intentos de manipulación o a la negación de los derechos de la persona.

Valorar la identidad individual y el valor de la persona es positivo. Ser independiente y libre es bueno, pero ser egoísta y egocéntrico no lo es. Y menos aún en la vida religiosa, sobre todo en la familia agustiniana, que proclama la comunión de vida como valor prioritario de su carisma...Ser capaces de integrar lo personal y lo comunitario es, por eso, una de las exigencias de conversión que hoy debemos plantearnos.

LA REALIDAD

De hecho, el Documento del Capítulo General 2007 (2.1.1) denuncia el individualismo como uno de los principales obstáculos para la renovación de la vida de la Orden:

“Por diversas razones, se detecta hoy en nuestras comunidades un creciente <individualismo> (entendido como autonomía radical) que últimamente y a todos los niveles – de comunidad local, de circunscripción y de Orden- aparece, junto al activismo, en todas las evaluaciones que se han realizado en la Orden como uno de los aspectos de nuestra vida más contrarios a nuestra espiritualidad y con consecuencias prácticas más graves. Un individualismo que se traduce en actitudes egocéntricas y de falta de sentido de pertenencia y de compromiso definitivo, dificultad para asumir responsabilidades comunitarias, conflictos por la pertenencia a nuevos movimientos eclesiales. Todo ello dificulta grandemente la disponibilidad personal, la capacidad de compartir la fe, el discernimiento comunitario, el trabajo en equipo y la colaboración entre las circunscripciones”.

El diagnóstico es serio, la denuncia concreta, y el señalamiento de sus consecuencias muy realista y muy práctico. Vale la pena tenerlo en cuenta, analizarlo y preguntarnos cómo repercute en nuestra vida personal y comunitaria.

EL IDEAL

Todos sabemos, al menos en teoría, que el ideal de nuestro carisma agustiniano es y debería ser todo lo contrario. Así nos lo recuerda el Capítulo General Intermedio 2010, al reafirmar que la COMUNIÓN Y LA COMUNIDAD son el valor y la estructurar fundamentales de la vida de la Orden, y al analizar las razones de tal afirmación en las raíces mismas de nuestro carisma, subrayando además su valor actual como testimonio profético:

I.COMUNIÓN Y COMUNIDAD

“La comunidad de los creyentes tenía una solo corazón y una sola alma” Hech 4,32

4. Entre los diversos temas de primerísima importancia para nosotros que han surgido una y otra vez en los últimos años, y que sigue siendo de gran importancia para la Orden aún hoy, quisiéramos destacar lo que san Agustín llama *‘el principal propósito’ por el que os habéis congregado, para que habitéis unánimes en la casa y tengáis una sola alma y un solo corazón en camino hacia Dios.* (Regla, I, 3). Este es el tema que queremos proponer una vez más a todos nuestros hermanos en este momento de nuestra historia, de manera que, asentados firmemente en este principio esencial de la vida religiosa agustiniana, seamos siempre claros en lo que se refiere al motivo fundamental de *“construir nuestra casa”* y encarar con determinación, creatividad y esperanza los desafíos, oportunidades y obstáculos que están ante nosotros.

5. La Orden ha prestado una atención considerable al tema de la unidad en cuanto relacionado con la construcción y promoción de relaciones al interno de las comunidades locales. El Capítulo general Intermedio de 1974 trató este tema largamente, y lanzó una llamada profética a la Orden cuando proclamó, *“El Capítulo está convencido de que si nosotros Agustinos no conseguimos una renovación de la vida común, a luz del Nuevo Testamento y del espíritu de san Agustín, el resto de nuestros problemas (crisis de vocaciones, crisis de identidad, problemas apostólicos, etc.) no se resolverán ni surgirá una nueva vitalidad en la Orden”* (CGI 1974, Documento, III, 64). El entonces Prior General, Theodore Tack, en su mensaje de noviembre de 1974, menos de dos meses después de la clausura del Capítulo de Dublín, dio un nuevo nivel a este tema cuando dijo: *“...construir la comunidad agustiniana no es cosa de importancia secundaria. Por el contrario, es el apostolado que, antes de cualquier otro, tiene que interesarnos a los agustinos, sin excepción alguna. En otras palabras, la comunidad en sí misma es un apostolado de primer orden, nuestro primer apostolado”*. (“La comunidad agustiniana y el apostolado”, en *Libres bajo la gracia*, 1979, p. 152).

6. En los años siguientes, y hasta el presente, la Orden se ha dedicado seriamente a reflexionar y dialogar sobre las implicaciones de esta declaración, tanto en lo que se refiere a la vida de comunidad como en sus relaciones con nuestros diversos ministerios apostólicos.

7. Ahora deseamos abordar este mismo tema por lo que se refiere a la ancha plataforma de Circunscripciones, regiones y, de modo especial, a la misma Orden. Preocuparse por la aplicación del valor agustiniano de la unidad y de la comunión nos parece un desarrollo natural que brota de la conciencia que tenemos de nuestra profesión religiosa, que se hace, en última instancia al Prior General, acompañada de la afiliación a una Provincia o Vicariato. Esta reflexión nace de los resultados positivos que, lo sabemos, proceden de iniciativas de colaboración en una parte de las Circunscripciones de la Orden en los últimos años, así como de la necesidad de abordar de un modo decidido desafíos de colaboración en otras áreas. Deseamos promover a todos los niveles, y al interior de cada espacio de nuestra vida religiosa y nuestras estructuras, los dones de la unidad y la comunión para experimentar profundamente la riqueza de nuestra espiritualidad y ser instrumentos y heraldos más efectivos de estos bienes en la Iglesia y en la sociedad.

8. Precisamente porque la Orden ha producido ya una rica síntesis de ideas y propuestas sobre el tema de la unidad y la comunión de vida, deseamos nutrir nuestra reflexión personal y comunitaria de este tesoro, mientras progresamos, intentando construir lo que hemos empezado, y encontrar modos nuevos y más eficaces para llevar a cabo nuestro *‘principal propósito’*.

9. Hace 18 años, el entonces Prior General, Miguel Ángel Orcasitas, escribió a toda la Orden en vísperas del Capítulo General Intermedio 1992, a celebrarse en Brasil, expresando la clara dirección que la Orden, sobre la base de la extensa reflexión hecha sobre sí misma, había emprendido desde algún tiempo.

*La comunión como valor y la comunidad como estructura constituyen contemporáneamente nuestro ideal de vida y el punto de partida de nuestra misión en la Iglesia y en el mundo. Para nosotros, como agustinos, son puntos de referencia obligados a la hora de examinar la situación actual y el camino futuro de la Orden. La Iglesia es comunión en Cristo. La Orden es la comunión de hermanos en un solo corazón y una sola alma dirigidos hacia Dios. La sociedad anhela la solidaridad de la comunión humana. El recorrido de la Orden en los últimos veinte años y todos los documentos emanados en este tiempo señalan claramente **la comunión y la comunidad como el núcleo de identidad y el camino del porvenir que la Orden se ha marcado a sí misma** (el subrayado es nuestro) (Carta a todos los hermanos de la Orden, en preparación del Capítulo General Intermedio 1992, n. 6).*

10. Estas palabras, que afirmamos y reiteramos de todo corazón, ofrecen el punto de partida de nuestra reflexión en este Capítulo de 2010, conscientes de que, al mismo tiempo que intentamos seguir el camino señalado en los últimos años, estamos llamados a intensificar nuestros esfuerzos y a encontrar nuevos y más eficaces modos de vivir y expresar nuestra comunión como Orden.

11. Es preciso notar, también, que este proyecto o programa de comunión, que está obviamente enraizado en la espiritualidad agustiniana, coincide también con la teología de la Iglesia sobre la vida religiosa,

“Los religiosos son, pues, llamados a ser en la Iglesia comunidad eclesial y en el mundo ‘expertos en comunión’, testigos y artífices de aquel ‘proyecto de comunión’ que constituye la cima de la historia del hombre según Dios” (Religiosos y promoción humana, 24).

II. NUESTRAS RAÍCES

“Que todos sean uno” Jn. 17, 20

12. En el primer Capítulo de nuestras Constituciones, se nos recuerda que nuestra identidad como Orden procede de tres fuentes constitutivas: san Agustín, nuestras raíces eremíticas, y el Movimiento mendicante. Con respecto a este último elemento, las Constituciones dicen:

“Perteneiendo a las Órdenes Mendicantes, nuestra Orden tiene por ello unas características particulares: régimen bajo una sola cabeza, el Prior General, que es signo y vínculo de la unidad de la Orden, en cuyas manos emite cada uno la profesión religiosa; una disponibilidad de servicio, que no queda reducida por estrechas limitaciones, sino que está pronta a acudir a dondequiera que las necesidades de la Iglesia o de la Orden lo pidan; un cultivo del estudio orientado a la evangelización de la cultura actual; una forma de vida que sea testimonio de sobriedad y solidaridad. Con todas estas disposiciones los Hermanos pueden entregarse al servicio de la sociedad, conviviendo con ella y proponiéndole un estilo de vida en que sobresale la fraternidad” (Const. n. 9)

13. Con ocasión del 750 aniversario de los dos documentos papales que confirmaban la Pequeña unión de los ermitaños de Toscana en 1244, el P. Orcasitas invitaba a la Orden a ser conscientes de nuestra tradición mendicante, para encontrar ahí una mayor eficacia en nuestra vida y en nuestro trabajo actual. Escribió acerca de nuestra identidad como comunidad universal,

*“Recordemos en este aniversario aquellos otros aspectos que nos han dado vida como Orden en la Iglesia y que pueden ser también hoy clave de nuestra vitalidad. La fuerza de la primera unión es una invitación a crecer en nuestra conciencia colectiva como Orden, ya que de nuestra capacidad para hacerla operante depende en buena parte nuestro futuro y nuestra capacidad de servicio en la Iglesia. **La fidelidad a nuestra inspiración originaria nos interpela en la actualidad sobre el sentido de universalidad, que durante tantos siglos ha cultivado la Orden, haciéndola capaz de superar las barreras provinciales para emprender tareas comunes**”*. (el subrayado es nuestro) (Carta a todos los hermanos de la Orden al cumplirse 750 años de la fundación jurídica de la Orden, 16 de diciembre de 1993).

14. Ya en el antes citado Capítulo General intermedio de 1974, nuestros hermanos reconocieron la importancia del carácter internacional de la Orden al hablar a la comunidad humana de las alternativas válidas a algunas de las amenazas a la dignidad humana en nuestro mundo. El documento del Capítulo, conocido como *Documento de Dublín*, nos presenta un recuerdo y un desafío a ser testimonio efectivo de unidad, precisamente en virtud de esta “naturaleza universal” nuestra.

“Pero así como la comunidad local tiene un valor en sí misma en cuanto es el ejemplar ideal de la fraternidad según la vida y las enseñanzas de san Agustín, así también la comunidad

internacional tiene el mismo valor en sí misma. Y así como la comunidad local se esfuerza por establecer el reino de Dios en este mundo y fortalecer, mediante el testimonio de su fraternidad, la fraternidad humana a nivel local, así también nuestra Orden, viviendo su vida tradicional, inspirada en las enseñanzas de san Agustín, debe prestar su servicio a la promoción del espíritu de fraternidad en la humanidad entera. La llamada a la fraternidad en Cristo es una llamada a la liberación de los grandes males del mundo moderno: la injusticia social, la discriminación racial, el antagonismo nacionalista, la desigualdad de oportunidades que nacen de la existencia de grupos privilegiados y de la falta de participación en los bienes materiales, la cual nace del exceso de riquezas por parte de unos y extrema pobreza por parte de otros” (Capítulo general Intermedio 1974, Dublín, n. 81)

15. Dirigiéndose a los miembros del Capítulo General de 1971, sólo unos pocos años después de la nueva redacción de las Constituciones de la Orden en el Capítulo General Especial de 1968, el Papa Pablo VI destacó la dimensión universal de nuestro carisma de unidad cuando dijo: “De hecho, para vosotros la vida común no es una entre otras cuestiones de la vida conventual, sino más bien el objetivo hacia el cual debéis empeñaros cada día... Por consiguiente, está plenamente justificado que al comienzo de vuestra Regla se encuentren estas palabras: *‘En primer término, vivid en la casa unánimes y tened un alma sola y un solo corazón hacia Dios’*. Esto no sólo se refiere a una casa, sino a toda la estructura de la Orden. En consecuencia, cada hermano, las comunidades y las Provincias tienen que tener la convicción de que vuestro Instituto no progresará con separaciones, sino uniendo sus fuerzas” (Roma, 20 de septiembre de 1971).

16. Otra vez vemos, sin embargo, que este centro de atención, que para nosotros agustinos es un rasgo característico, encuentra resonancias también en la Iglesia, que ha reclamado para sí, a este respecto, un aspecto importante de la eclesiología agustiniana.

17. *“El deseo de unidad y de participación que se sienten en el mundo es, sin embargo, una de esas llamadas del Espíritu que nos llegan desde el corazón de la vida. Esta nueva sensibilidad tiene también su reflejo en la Iglesia. El Concilio Vaticano II recuperó la eclesiología de comunión, la imagen de Cuerpo de Cristo, Pueblo de Dios, Cristo total. Una eclesiología de inconfundible sello agustiniano. Para los agustinos, vivir esta teología significa ocupar el doble frente de la unidad y del pluralismo legítimo. En la práctica, hablar de comunión, de cuerpo o de pueblo, es afirmar la unidad y la diversidad y, al mismo tiempo, reconocer la participación, la corresponsabilidad, el diálogo, la descentralización, la subsidiariedad.”* (Agustinos en la Iglesia para el mundo de hoy, Capítulo General Intermedio 1990, Villanova, n. 28)

III. LA LLAMADA A SER SIGNO PROFÉTICO

“Para que el mundo crea” Jn 17, 21

18. La Iglesia no sólo llama las Órdenes y Congregaciones religiosas a ser fieles a su identidad y a compartir sus carismas particulares para la edificación del Cuerpo de Cristo, sino que también les invita a valorar su específica vocación como signos y mensajeros, promotores y constructores de esa comunión de vida que debe ser una señal de la Iglesia, según la voluntad del mismo Jesús: *“No ruego sólo por ellos, sino por todos los creerán en mí por su palabra, para que todos sean uno, como tú, Padre, estás en mí, y yo en ti, que ellos puedan estar en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado”* (Jn 17, 20-21).

19. Si creyéramos que nuestra elección de vida religiosa fuera simplemente una opción personal para encontrar un marco apropiado para satisfacer nuestras necesidades humanas, o un contexto conveniente desde el cual ejercer nuestro ministerio pastoral, el imperativo

evangélico, e igualmente la larga tradición de la Iglesia, por no decir nada de nuestra herencia agustiniana, nos apartaría rápidamente de tal noción.

“La comunidad religiosa, en su estructura, en sus motivaciones y en sus valores calificadores, hace públicamente visible y continuamente perceptible el don de fraternidad concedido por Dios a toda la Iglesia. Por ello tiene como tarea irrenunciable, y como misión, ser y aparecer una célula de intensa comunión fraterna que sea signo y estímulo para todos los bautizados ... El sentido del apostolado es llevar a los hombres a la unión con Dios y a la unidad entre sí mediante la caridad divina. La vida fraterna en común, como expresión de la unión realizada por el amor de Dios, además de constituir un testimonio esencial para la evangelización, tiene una gran importancia para la actividad apostólica y para su finalidad última. De ahí la fuerza de signo e instrumento de la comunión fraterna de la comunidad religiosa. La comunión fraterna está, en efecto, en el principio y en el fin del apostolado”. (Vida fraterna en comunidad, 1994, Introd. 2b, 2d)

20. Esta es la invitación, más aún el mandato, que la Iglesia presenta decididamente a los religiosos, no como algo complementario, sino más bien como algo propio y necesario a la auténtica naturaleza de la vocación religiosa. La Iglesia insiste enérgicamente en la dimensión profética de la vida religiosa que sostiene citando una vez más el pensamiento expresado en el documento anterior de la Congregación para los Institutos consagrados y las Sociedades de vida apostólica:

“Sin embargo, en la variedad de sus formas, la vida fraterna en común se ha manifestado siempre como una radicalización del común espíritu fraterno que une a todos los cristianos. La comunidad religiosa es manifestación palpable de la comunión que funda la Iglesia, y, al mismo tiempo, profecía de la unidad a la que tiende como a su meta última. Ante todo, con la profesión de los consejos evangélicos, que libera de todo impedimento el fervor de la caridad, se convierten comunitariamente en signo profético de la íntima unión con Dios amado por encima de todo. Además, por la experiencia cotidiana de una comunión de vida, oración y apostolado, que es componente esencial y distintivo de su forma de vida consagrada, se convierten en “signo de comunión fraterna”. En efecto, en medio de un mundo, con frecuencia profundamente dividido, y ante todos sus hermanos en la fe, dan testimonio de la posibilidad real de poner en común los bienes, de amarse fraternalmente, de seguir un proyecto de vida y actividad fundado en la invitación a seguir con mayor libertad y más cerca a Cristo Señor, enviado por el Padre para que -como primogénito entre muchos hermanos- instituyese una nueva comunión fraterna en el don de su Espíritu”. (Vida fraterna en comunidad, 10).

21. El Papa Juan Pablo II se hizo eco de este tema del testimonio profético explícitamente en su Exhortación Apostólica *Vita Consecrata* de 1996. *“En nuestro mundo, en el que parece haberse perdido el rastro de Dios, es urgente un audaz testimonio profético por parte de las personas consagradas. ... La misma vida fraterna es un acto profético, en una sociedad en la que se esconde, a veces sin darse cuenta, un profundo anhelo de fraternidad sin fronteras”* (*Vita Consecrata*, 85)

EL LLAMADO A LA CONVERSIÓN

Fortalecer, a todos los niveles, la UNIDAD y la COLABORACIÓN son dos llamados concretos a la conversión señalados en el mismo Documento del Capítulo General Intermedio 2010. Son incluso, llega a afirmar, los desafíos fundamentales para hoy y mañana, de los que puede depender nuestra supervivencia...

V. DESAFÍOS PARA HOY Y PARA MAÑANA

“Derramaré mi espíritu en aquellos días, y profetizarán” Hech 2, 18

28. Las Constituciones de la Orden hablan clara y directamente del lugar central que unidad y comunión tienen en nuestra espiritualidad. leemos, por ejemplo:

*“**La comunidad es el eje en torno al cual gira la vida religiosa agustiniana:** comunidad de Hermanos que viven unánimes en la casa, teniendo una sola alma y un solo corazón, buscando juntos a Dios y dispuestos al servicio de la Iglesia. (n. 26) La comunidad no es sólo la Casa donde uno habita, o la Circunscripción en la que se inscribió, sino que **nuestra familia es la Orden** misma, y por ello tanto la Institución como cada uno de los Hermanos han de saber que están llamados al servicio de la Iglesia universal (n. 8) ... **La comunidad agustiniana está llamada a ser un signo profético en este mundo**, de modo que su vida fraterna sea fuente de comunión y motivo de esperanza (n. 33) ... Una comunicación sincera es condición esencial para que se fortalezca la vida fraterna en la comunidad. Además de las relaciones dentro de la comunidad, promuévanse también éstas en el seno de la Circunscripción y de la Orden. Por tanto, las reuniones regulares y las sugerencias, las hojas informativas y las revistas, las cartas y las visitas ayudan a crear relaciones más estrechas y nutren el espíritu de nuestra familia, al hacernos **partícipes de las preocupaciones de la Orden** (n. 110). (Los subrayados son nuestros).*

29. Los puntos acentuados en estas cuatro citas de las Constituciones de la Orden, pueden ser leídos como una propuesta concreta para nuestra vida y para nuestro ministerio, así como un examen de conciencia que nos mueva hacia un mayor crecimiento. Es de gran importancia recordar que declaraciones como éstas, referidas a la necesidad de una mayor unidad y colaboración no están aisladas ni son infrecuentes expresiones de preocupación o esperanza, sino que han sido repetidas por las más altas autoridades de la Orden, como nuestros Capítulos Generales (Const. 10), como reales oportunidades y desafíos a los que se enfrenta la Orden hoy, y de los que puede depender nuestra sobrevivencia en algunos lugares. Por ejemplo, leemos en los tres últimos Capítulos Generales Ordinarios:

1. *“**Algunas circunscripciones y campos importantes de misión escasean en personal. Según el espíritu de la Regla que profesamos, esta preocupación debe ser de todos según las propias posibilidades. Quien tiene muchos formadores y pocos formandos tendrá que ir en ayuda de quien, por la gracia de Dios, tiene más vocaciones**”.* (CGO, 1995, III, 22). Ver también CGO 1995, 27 y 50 y Programa, n. 13.

2. *“**Los Superiores de las circunscripciones fomenten la creación y funcionamiento de Federaciones, Uniones y Conferencias agustinianas, tal como ya existen en distintos lugares, para divulgar nuestra espiritualidad y promover iniciativas pastorales y culturales comunes.** ...”.* (CGO 2001, C-10). Ver también CGO, 2001, C-9a y C-8.

3. *“**Algunos pasos importantes para esta renovación en la misión son: ... c) Reconsiderar nuestras estructuras** (subrayado en el original) de gobierno y organización en la Orden, para asegurar que respondan a las exigencias actuales y que ayuden a superar las tendencias al “provincialismo” para mirar más allá de las fronteras de nuestra propia circunscripción. Esto implica la promoción de casas inter-circunscripcionales de formación, la animación de procesos de unificación de circunscripciones basada en el principio del bien común, la potenciación del intercambio de personal entre circunscripciones como testimonio de la universalidad y unidad de la Orden. “Avanzamos hacia la superación de las barreras geográficas y no podemos permanecer anclados a esquemas del pasado.”(CGO 1995, 27) (CGO 2007, 3.4c).*

30. Directas, claras y audaces fueron las palabras de Juan Pablo II dirigidas a los miembros del Capítulo General de 1995, indicando, como se ha notado antes, uno de los obstáculos

que se pueden encontrar a veces en el camino de una mayor colaboración e iniciativas más fructíferas..

“Un problema común a vuestra Orden y a otras que tienen tras de sí muchos siglos de historia, es el de la colaboración dentro del instituto entre los diversos organismos que lo componen. La estructura jurídica, antigua y venerable, no siempre se adapta a la movilidad y a otras características de los tiempos nuevos. Ello no deja de tener consecuencias negativas sobre la eficacia apostólica y también sobre la vitalidad misma del compromiso religioso. Estoy convencido que el bien de la Iglesia y de la Orden será siempre para vosotros el principal criterio de discernimiento, en el caso que sea necesario algún sacrificio o la renuncia a algún derecho adquirido, para que la acción apostólica sea más incisiva, o para adoptar estructuras o actividades hasta ahora no previstas por la praxis ordinaria”. (Juan Pablo II, 23 de septiembre de 1995, n. 4).

31. Afortunadamente el Capítulo de 1995 no pasó en silencio la cuestión presentada por el Santo Padre, como se ve en la primera de las citas anteriores. Pero el resultado en estructuras jurídicas hubo de esperar hasta el Capítulo de 2007, para ser actuado más directamente.

32. El Capítulo General Ordinario de 2007, de hecho, ha prestado especial atención a los temas de la unidad y de la creciente colaboración entre las circunscripciones y con la Curia General, como se ve en los pasajes citados anteriormente, y también en los siguientes:

“Leer juntos los signos de los tiempos nos hace encontrar a la vez oportunidades y desafíos para la misión de la Iglesia. Son luces o signos de vida los que promueven una mayor participación y comunión entre las personas y los pueblos. En cambio, son sombras o signos de muerte aquellos que dividen y crean fragmentación y violencia en la sociedad....” (CGO 2007, 1.3).

“A veces profundas y debidas a diversos motivos: estructuras que separan y enfrentan a circunscripciones, incluso dentro del mismo país; influencias culturales, como el espíritu tribal o los nacionalismos, que resultan más fuertes que el ideal de apertura personal y fraternidad comunitaria que debería caracterizarnos en la práctica y que bloquean las relaciones humanas, el funcionamiento del capítulo local y la colaboración mutua”. (CGO 2007, 2.1.3)

“Con frecuencia, el desafío que supone la elaboración seria de programas y los recursos necesarios para plasmarlos en estructuras adecuadas superan con mucho las posibilidades concretas de las Circunscripciones. Pensar en programas conjuntos y Casas inter-circunscripcionales e internacionales (de lo que ya existen experiencias positivas en la Orden) parece el mínimo exigible ante este desafío...” (CGO 2007, 2.2.1).

33. Para tomar efectivamente en consideración estos y otros muchos retos que nos ponen frente a nuestros esfuerzos por una mayor colaboración, este Capítulo General Intermedio de 2010 desea poner el énfasis en la siempre presente necesidad de sinceridad, confianza mutua y apertura entre las diversas circunscripciones, y particularmente entre aquellas empeñadas en la responsabilidad directa de formular y llevar adelante las iniciativas y programas comunes.

Para la reflexión y el diálogo:

1. Releer los documentos citados y aplicarlos a la realidad de nuestra COMUNIDAD Y CIRCUNSCRIPCIÓN
2. Hacer lo mismo con este conocido texto de Juan Pablo II (*Novo millennio ineunte*, 2001) sobre la ESPIRITUALIDAD DE COMUNIÓN:

43. Hacer de la Iglesia *la casa y la escuela de la comunión*: éste es el gran desafío que tenemos ante nosotros en el milenio que comienza, si queremos ser fieles al designio de Dios y responder también a las profundas esperanzas del mundo.

¿Qué significa todo esto en concreto? También aquí la reflexión podría hacerse enseguida operativa, pero sería equivocado dejarse llevar por este primer impulso. Antes de programar iniciativas concretas, hace falta *promover una espiritualidad de la comunión*, proponiéndola como principio educativo en todos los lugares donde se forma el hombre y el cristiano, donde se educan los ministros del altar, las personas consagradas y los agentes pastorales, donde se construyen las familias y las comunidades. Espiritualidad de la comunión significa ante todo una mirada del corazón sobre todo hacia el misterio de la Trinidad que habita en nosotros, y cuya luz ha de ser reconocida también en el rostro de los hermanos que están a nuestro lado. Espiritualidad de la comunión significa, además, capacidad de sentir al hermano de fe en la unidad profunda del Cuerpo místico y, por tanto, como « uno que me pertenece », para saber compartir sus alegrías y sus sufrimientos, para intuir sus deseos y atender a sus necesidades, para ofrecerle una verdadera y profunda amistad. Espiritualidad de la comunión es también capacidad de ver ante todo lo que hay de positivo en el otro, para acogerlo y valorarlo como regalo de Dios: un « don para mí », además de ser un don para el hermano que lo ha recibido directamente. En fin, espiritualidad de la comunión es saber « dar espacio » al hermano, llevando mutuamente la carga de los otros (cf. Ga 6,2) y rechazando las tentaciones egoístas que continuamente nos asechan y engendran competitividad, ganas de hacer carrera, desconfianza y envidias. No nos hagamos ilusiones: sin este camino espiritual, de poco servirían los instrumentos externos de la comunión. Se convertirían en medios sin alma, máscaras de comunión más que sus modos de expresión y crecimiento

TEMA VI. DEL DOGMATISMO AL DIÁLOGO

En una época de "propaganda", de "anuncios comerciales", en la que todo se convierte en "espectáculo", en la que se aprende el arte de "convencer", en la que las comunicaciones responden a intereses de parte, la Iglesia, y nosotros en ella, llamamos a todos los cristianos y gente de buena voluntad a amar, proclamar y adherirse a la verdad.

Pero en la Iglesia misma, por mucho tiempo, se ha entendido y aún hoy muchos entienden la verdad como un "concepto" o un conjunto de conceptos sistematizados en doctrinas, olvidándose que la primera y más profunda verdad cristiana es Cristo mismo, una persona, el Dios-Hombre. De aquí, la revolución espiritual para las personas y para las relaciones interpersonales y sociales de toda comunidad humana y cristiana: aceptar la verdad es edificarse en Cristo.

Por otra parte, es muy importante que los cristianos nos presentemos hoy como BUSCADORES apasionados y comprometidos de la verdad más que como DUEÑOS cerrados e intransigentes de la verdad. Lo primero, nos une a todos los hombres y mujeres de buena voluntad; lo segundo nos separa de ellos. La Iglesia –se dijo en tiempos del Vaticano II- tiene que aprender a pasar “del anatema al diálogo”, porque como dijo S. Agustín “la verdad no es tuya ni mía para que pueda ser tuya y mía”...

El Espíritu de la verdad

"Si me aman, guardarán mis mandamientos; y yo pediré al Padre y les dará otro

Paráclito, para que esté con ustedes para siempre, el Espíritu de la verdad, a quien el mundo no puede recibir, porque no le ve ni le conoce. Pero ustedes lo conocen porque mora en ustedes" (Jn 14, 15-17).

Esta permanencia del Espíritu, en cada uno y en todos los creyentes en Cristo, es la raíz misma de la comunión eclesial y de la misma humanidad. El Espíritu, la comunión del Padre y del Hijo comunicada a nosotros, nos hace comunión, aunque en medidas y modos diversos, con toda la Iglesia, con las confesiones cristianas y, en la medida de la verdad reconocida, con todas las religiones, con toda la humanidad. Allí donde hay una verdad, allí está el Espíritu. Como Espíritu de la verdad es la realidad interior a la conciencia personal y comunitaria que empuja hacia la verdad total: "El Paráclito, el Espíritu Santo, les enseñará todo y les recordará todo lo que yo les he dicho" (v. 26)

Pero la plenitud de la verdad es el mismo Cristo Jesús: "Yo soy el camino, la verdad y la vida" (Jn 14, 5; 18, 37; 2 Cor. 10, 5). Querer conocerlo, aceptarlo, amarlo, contemplarlo, imitarlo hasta la identificación con El, es caminar hacia la plenitud de la Verdad. Ver la humanidad, las diversas religiones y confesiones cristianas y la misma Iglesia desde esta óptica de la Verdad, es caminar hacia ese misterio que Pablo llama el "Cristo Total", el Cristo, síntesis y expresión de la Verdad del mundo, de la naturaleza cósmica, de la humanidad

Por ello, los que confesamos a Cristo tenemos una responsabilidad histórica que sobrepasa toda comprensión humana: dar testimonio de la Verdad que es Cristo. También como clarificación intelectual - conceptual pero sobre todo y principalmente como reconocimiento y adhesión a Cristo presente en cada porción de verdad. Se trata de penetrar en toda cultura humana y, en ella, toda expresión religiosa, para descubrirla como don, interpretarla a la luz del Evangelio, aceptarla en su verdad - autenticidad e incorporarla a una visión más amplia, en síntesis cada vez más renovadas, que nos permiten una comprensión de Cristo cada vez más profunda y universal, cada vez más cerca de la visión del Cristo total.

Amor por la verdad

Es la exigencia fundamental. Amor que es búsqueda, investigación, estudio, análisis con la conciencia de que nadie posee toda la verdad, ni siquiera la Iglesia, ya que ella si tiene a Cristo puede decir que tiene la Verdad, pero no puede decir que la conoce y comprende en su totalidad: siempre queda el misterio que sobrepasa toda comprensión humana, el de Dios hecho hombre, que día a día debe tratar de desentrañar en la novedad de los tiempos y en la diversidad de las culturas. Esta búsqueda insaciable de la verdad, de una comprensión cada vez más completa y universal, es una condición de peregrinación constante que no permite descansar sobre nada de lo logrado, conocido, adquirido, sino que exige apertura del corazón y de la mente a la novedad que está por venir.

Más aún, hay que ir constantemente en búsqueda de la verdad como "desarmados" ante ella, dispuestos a renunciar a las propias opiniones, convicciones, posiciones, intereses con tal de encontrarse con una porción de verdad que aún no se había reconocido. Entonces, el amor a la verdad lleva a adherirse a ella, a gozar con ella, a sentirse enriquecidos, en camino hacia una plenitud que estando siempre adelante, se puede y debe perseguir día a día.

Quien ama la verdad la reconoce con gozo, se adhiere a ella con prontitud, la acepta con generosidad, venga de quien venga. Nadie es tan pobre que no tenga algo de verdad para ofrecer ni nadie es tan rico que no tenga nada que aprender. Dejarse vencer por la verdad, querer sólo su triunfo es el secreto de la vida. Ella es Cristo. Aceptarla es crecer en El, es conformarse a El, es "Hacer la voluntad del Padre mío que está en los cielos", es dejarse invadir por el anuncio gozoso: "Bienaventurados... " .

Edificar la comunidad en la verdad

"Desechando la mentira, hablen con verdad cada cual con su prójimo. Pues somos miembros los unos de los otros" (Ef 4, 25). Toda relación en el Espíritu es auténtica en la medida en que todos viven el "culto" por la verdad, están abiertos los unos a los otros

para escuchar y aceptar la parte de verdad que cada uno posee y para comunicarla con sencillez. Es la verdad que circula entre aquellos que se aman. La verdad de nosotros mismos, la de las cosas, la de las ciencias, la de los hechos o circunstancias históricas, la de la fe teologal. La verdad que es el Verbo del Padre, por el que fuimos creados, en el que estaba la vida, que se hizo uno de nosotros para que toda persona humana pueda ser "hijo de Dios" (Jn 1, 1-14).

Pero la verdad no se alcanza y no se comunica sin la humildad personal y comunitaria. Sin ella no es posible tener una justa consideración de sí y de los demás; sin ella no es posible reconocer a los otros en sus cualidades y capacidades; sin ella falta la actitud previa necesaria para escuchar y para hablar con propiedad y medida; sólo con ella es posible reconocer y dar espacio a la verdad y dejar que ella triunfe sobre toda opinión previa, ya formada, y estar siempre abiertos a la novedad de una verdad más amplia y más acabada. Sin humildad no hay ni búsqueda ni amor por la verdad.

La verdad, por tanto, en la medida en que humildemente es buscada, aceptada e interiorizada por la comunidad, la unifica en una misma comprensión y dirección de vida y de acción hasta identificar las personas en un mismo sentir. Es el Espíritu que la reúne y la edifica en Cristo: camino, verdad y vida. Así, 'la verdad nos hará libres', de nosotros mismos, de los demás y de las miles circunstancias que nos condicionan para ser cada día más veraces, más auténticos, en una palabra, para ser evangélicamente más libres.

Qué entendemos por DIÁLOGO

El diálogo es entendido como la intercomunicación de las conciencias, como relación auténtica entre las diversas partes -personas, grupos e instituciones- y, por tanto, entre los diversos dones, carismas y ministerios. Diálogo que se establece en la intercomunicación de la fe, de la experiencia de Dios propia y original de cada uno. En cuanto que es compartida, esta experiencia hace de todos un "nosotros" sujeto de una única y común experiencia de Dios. Así Dios es compartido no sólo a nivel del espíritu en la intimidad de las conciencias, gracias al don de la fe, sino a nivel visible de comunidad fraterna, de Iglesia. Este es el primado de la comunión con Dios, vivido en la relación fraterna. Entonces la experiencia que cada uno tiene de Dios se universaliza. En primer lugar cuando se hace experiencia de otros y en segundo lugar cuando acoge cada uno la experiencia de los otros. En el diálogo nos hacemos uno y diversos a semejanza de Dios Uno y Trino.

El diálogo está hecho de silencio y de palabra. Silencio exterior e interior, silencio de las propias pasiones y de las propias facultades, en una palabra, silencio de sí. En la escucha y en la acogida, que el silencio permite, penetra en nosotros la palabra del otro, mejor aun, la Palabra de Dios, a través del otro. Silencio místico del anonadamiento de sí mismo, por el que madura, en la intimidad, la palabra que se ofrecerá a los demás, la que Dios quiere comunicarles. Es el silencio-soledad interior que genera la comunión y la palabra que la construye. El silencio-soledad, por tanto, se hace palabra que edifica, interpreta y educa al "otro", a todo otro. Una palabra que emerge de la profundidad del ser humano pacificado, no como fruto de reacciones, ni expresión de las tendencias naturales, sino como expresión del señorío del espíritu sobre el ser humano. Palabra que expresa la originalidad del espíritu para edificar la comunidad. Silencio y palabra que son fruto del señorío de Dios en una medida que sólo él conoce. Silencio y palabra, expresión de la libertad oblativa de los hijos de Dios, fuente de comunión y amistad.ⁱ

¿Qué es el diálogo?

Es la intercomunicación personal de la Verdad y del Bien.

Condiciones para intercambiar la **VERDAD**:

- **RECIBIRLA.** Para ello se necesita el SILENCIO físico y mental (dejar prejuicios,

ideologías, antipatías).

- **DARLA** con confianza, claridad, amabilidad y prudencia.

Condiciones para intercambiar el **BIEN**

- **DARLO.** Para ello se requiere disponibilidad, generosidad
- **RECIBIRLO:** Exige actitud de pobreza

Dinamismo del diálogo

Es el amor. Se desarrolla en un proceso dialéctico de:

a) Plenitud e indigencia

Las conciencias son recíprocas. Se reclaman entre sí porque son indigentes. Dios, las personas, el mundo, son "vividos" por todos y cada uno los "vive" a su manera, según su originalidad. Mi experiencia es pobre. Cuando nos abrimos para recibir las experiencias de los otros, la nuestra se universaliza, y de alguna manera, la experiencia de la humanidad, se condensa en nosotros.

Por otra parte cada cual tiene su vivencia original, que los demás no tienen. Tenemos una cierta plenitud, hemos aprehendido una parte de la realidad, que poseemos, está dentro de nosotros y pugna por salir. La vivencia es comunicable. Se hace palabra en el silencio, en la soledad.

El diálogo, en el que entregamos nuestra "plenitud", se hace en gran parte en el desierto. No es posible el diálogo sin una gran interioridad. Necesitamos "vivir", encontrarnos, poseernos y poseer las realidades en nuestro interior.

Comunicamos lo que vivimos. Y "vivimos" comunicándonos. Esta realidad "plenitud - indigencia" nos revela complementarios y nos lleva a mantenernos en una actitud constante de "dar y recibir", lo cual no siempre es gozoso. Cuesta recibir la verdad del otro, sobre todo cuando contradice nuestra visión. Cuesta reconocer la propia indigencia en aquello que creíamos poseer en plenitud.

También es penoso entregar la propia intimidad, rasgar el velo de nuestro misterio. Lo creemos un derecho de propiedad y olvidamos que "todo bien se nos ha dado para la común edificación".

Cristo llama amigos a sus discípulos, los hace amigos, porque todo lo que oyó de su Padre, se los dio a conocer. Les manifestó su misterio personal.

b) Identidad - diversidad

Todo diálogo se establece también sobre las diferencias. Tú y yo, cada uno/a irrepetible, original, con su propia raza, sexo, cultura, mentalidad, originalidad, hace posible el diálogo.

Pero al mismo tiempo el diálogo exige identidad. Un punto común de encuentro. Buscar esa base común es la gran tarea de los que se sienten separados por grandes diferencias.

c) Consentimiento y lucha

La realidad enriquecedora de todo encuentro, engendra una profunda tensión entre las partes.

Pasado el primer momento, gozoso, de la identidad, en que sentimos la afinidad de nuestras vidas, ideales e intereses, vamos poco a poco, descubriendo nuestras diferencias. Nos damos cuenta de que no somos tan "idénticos". La tentación que surge es la de anular las diferencias. Se presentan dos soluciones fatales:

- No aceptarnos diferentes. Querer ser como los demás. Dejarnos absorber

por otra persona. Es una actitud frecuente en las amistades falseadas y lleva a la destrucción del yo. Es una actitud mimética: pensar, sentir, querer siempre como el otro/a, no porque se lo experimente así, sino porque se renuncia a la propia identidad.

- No aceptar a los otros/as como diferentes. Pretender que sean como nosotros/as. Imponerse, anular a la otra persona, absorbiéndola.

Cualquier de estas dos actitudes destruye el diálogo. Todo encuentro personal tiene una base de consentimiento y lucha. Esforzarnos por ser "nosotros/as mismos/as, sin dejarse absorber, ni tampoco absorber a nadie. El intercambio enriquece. No temer al conflicto. Este mata al diálogo cuando no se lo supera, pero la falta de conflicto también mata al diálogo.

DIFICULTADES DEL DIALOGO

a) Marginación de personas y grupos:

Nadie debe ser excluido, pero tampoco excluirse. En una Iglesia dialogal todos son necesarios y tienen algo que aportar.

b) La Masificación: Si la Iglesia es Comunión, todos sus miembros deben ser tratados como personas dotadas de igual dignidad. Es necesario revisar nuestros métodos de Evangelización para que los cristianos no sean masa, sino Pueblo de Dios.

c) Radicalizarse en posturas antagónicas:

Dar tanta importancia a la forma de pensar y de concebir la pastoral, que se menosprecie a los otros y se rompa el diálogo con ellos.

d) La inflación de carismas:

Pretender que el propio grupo es el más importante en la Iglesia y el único que puede realizar su renovación. Este grupismo transforma al grupo en una secta y crea divisiones en la Parroquia y en la Diócesis

e) El activismo, pragmatismo, eficientismo. Desarrollar tal actividad que no quede tiempo para la oración, la reflexión serena, el diálogo con otros grupos. Apreciar a las personas por lo que hacen y no por lo que son. Buscar el éxito en la actividad pastoral

f) La autoridad cerrada:

Imponer el propio punto de vista con la excusa de que se es autoridad. Negar la capacidad de todos los cristianos para expresar su parte de verdad. Manipular a los otros en vez de servirlos.

En la carta encíclica **«Ecclesiam suam»** de Pablo VI sobre el "mandato" de la iglesia en el mundo contemporáneo, encontramos lo siguiente sobre la importancia del diálogo.

27. La Iglesia debe ir hacia el diálogo con el mundo en que le toca vivir. La Iglesia se hace palabra; la Iglesia se hace mensaje; la Iglesia se hace coloquio. Antes de convertirlo, más aún, para convertirlo, el mundo necesita que nos acerquemos a él y que le hablemos.

LA RELIGIÓN, DIÁLOGO ENTRE DIOS Y EL HOMBRE

He aquí, Venerables Hermanos, el origen trascendente del diálogo. Este origen está en la intención misma de Dios. La religión, por su naturaleza, es una relación entre Dios y el hombre. La oración expresa con diálogo esta relación. La revelación, es

decir, la relación sobrenatural instaurada con la humanidad por iniciativa de Dios mismo, puede ser representada en un diálogo en el cual el Verbo de Dios se expresa en la Encarnación y, por lo tanto, en el Evangelio. El coloquio paterno y santo, interrumpido entre Dios y el hombre a causa del pecado original, ha sido maravillosamente reanudado en el curso de la historia. La historia de la salvación narra precisamente este largo y variado diálogo que nace de Dios y teje con el hombre una admirable y múltiple conversación. Es en esta conversación de Cristo entre los hombres(46) donde Dios da a entender algo de Sí mismo, el misterio de su vida, unicísima en la esencia, trinitaria en las Personas, donde dice, en definitiva, cómo quiere ser conocido: El es Amor; y cómo quiere ser honrado y servido por nosotros: amor es nuestro mandamiento supremo. El diálogo se hace pleno y confiado; el niño es invitado a él y de él se sacia el místico.

SUPREMAS CARACTERÍSTICAS DEL "COLOQUIO" DE LA SALVACIÓN

29. Hace falta que tengamos siempre presente esta inefable y dialogal relación, ofrecida e instaurada con nosotros por Dios Padre, mediante Cristo en el Espíritu Santo, para comprender qué relación debemos nosotros, esto es, la Iglesia, tratar de establecer y promover con la humanidad.

El diálogo de la salvación fue abierto espontáneamente por iniciativa divina: El nos amó el primero; nos corresponderá a nosotros tomar la iniciativa para extender a los hombres el mismo diálogo, sin esperar a ser llamados.

El diálogo de la salvación nació de la caridad, de la bondad divina: De tal manera amó Dios al mundo que le dio su Hijo unigénito; no otra cosa que un ferviente y desinteresado amor deberá impulsar el nuestro.

El diálogo de la salvación no se ajustó a los méritos de aquellos a quienes fue dirigido, como tampoco por los resultados que conseguiría o que echaría de menos: No necesitan médico los que están sanos; también el nuestro ha de ser sin límites y sin cálculos.

El diálogo de la salvación no obligó físicamente a nadie a acogerlo; fue un formidable requerimiento de amor, el cual si bien constituía una tremenda responsabilidad en aquellos a quienes se dirigió, les dejó, sin embargo, libres para acogerlo o rechazarlo, adaptando inclusive la cantidad y la fuerza probativa de los milagros a las exigencias y disposiciones espirituales de sus oyentes, para que les fuese fácil un asentimiento libre a la divina revelación sin perder, por otro lado, el mérito de tal asentimiento. Así nuestra misión, aunque es anuncio de verdad indiscutible y de salvación indispensable, no se presentará armada por coacción externa, sino tan sólo por los legítimos caminos de la educación humana, de la persuasión interior y de la conversación ordinaria, ofrecerá su don de salvación, quedando siempre respetada la libertad personal y civil.

El diálogo de la salvación se hizo posible a todos; a todos se destina sin discriminación alguna; de igual modo el nuestro debe ser potencialmente universal, es decir, católico, y capaz de entablarse con cada uno, a no ser que alguien lo rechace o insinceramente finja acogerlo.

El diálogo de la salvación ha procedido normalmente por grados de desarrollo sucesivo, ha conocido los humildes comienzos antes del pleno éxito; también el nuestro habrá de tener en cuenta la lentitud de la madurez psicológica e histórica y la espera de la hora en que Dios lo haga eficaz. No por ello nuestro diálogo diferirá para mañana lo que se pueda hacer hoy; debe tener el ansia de la hora oportuna y el sentido del valor del tiempo. Hoy, es decir, cada día, debe volver a empezar, y por parte nuestra antes que por parte de aquellos a quienes se dirige.

CLARIDAD, MANSEDUMBRE, CONFIANZA, PRUDENCIA

31. El coloquio es, por lo tanto, un modo de ejercitar la misión apostólica; es un arte de comunicación espiritual. Sus caracteres son los siguientes:

1) La claridad ante todo: el diálogo supone y exige la inteligibilidad: es un intercambio de pensamiento, es una invitación al ejercicio de las facultades superiores del hombre; bastaría este solo título para clasificarlo entre los mejores fenómenos de la actividad y cultura humana, y basta esta su exigencia inicial para estimular nuestra diligencia apostólica a que se revisen todas las formas de nuestro lenguaje, viendo si es comprensible, si es popular, si es selecto.

2) Otro carácter es, además, la afabilidad, la que Cristo nos exhortó a aprender de El mismo: Aprended de Mí que soy manso y humilde de corazón; el diálogo no es orgulloso, no es hiriente, no es ofensivo. Su autoridad es intrínseca por la verdad que expone, por la caridad que difunde, por el ejemplo que propone; no es una mandato ni una imposición. Es pacífico, evita los modos violentos, es paciente, es generoso.

3) La confianza, tanto en el valor de la propia palabra como en la disposición para acogerla por parte del interlocutor; promueve la familiaridad y la amistad; entrelaza los espíritus por una mutua adhesión a un Bien, que excluye todo fin egoístico.

4) Finalmente, la prudencia pedagógica, que tiene muy en cuenta las condiciones psicológicas y morales del que oye: si es un niño, si es una persona ruda, si no está preparada, si es desconfiada, hostil; y si se esfuerza por conocer su sensibilidad y por adaptarse razonablemente y modificar las formas de la propia presentación para no serle molesto e incomprensible.

Con el diálogo así realizado se cumple la unión de la verdad con la caridad y de la inteligencia con el amor.

DIALÉCTICA DE AUTÉNTICA SABIDURÍA

32. En el diálogo se descubre cuán diversos son los caminos que conducen a la luz de la fe y cómo es posible hacer que converjan a un mismo fin. Aun siendo divergentes, pueden llegar a ser complementarios, empujando nuestro razonamiento fuera de los senderos comunes y obligándolo a profundizar en sus investigaciones y a renovar sus expresiones. La dialéctica de este ejercicio de pensamiento y de paciencia nos hará descubrir elementos de verdad aun en las opiniones ajenas, nos obligará a expresar con gran lealtad nuestra enseñanza y nos dará mérito por el trabajo de haberlo

expuesto a las objeciones y a la lenta asimilación de los demás. Nos hará sabios, nos hará maestros.

¿CÓMO ATRAER A LOS HERMANOS, SALVA LA INTEGRIDAD DE LA VERDAD?

33. ¿Hasta qué punto debe la Iglesia acomodarse a las circunstancias históricas y locales en que desarrolla su misión? ¿Cómo debe precaverse del peligro de un relativismo que llegue a afectar su fidelidad dogmática y moral? Pero ¿cómo hacerse al mismo tiempo capaz de acercarse a todos para salvarlos a todos, según el ejemplo del Apóstol: Me hago todo para todos, a fin de salvar a todos?.

Desde fuera no se salva al mundo. Como el Verbo de Dios que se ha hecho hombre, hace falta hasta cierto punto hacerse una misma cosa con las formas de vida de aquellos a quienes se quiere llevar el mensaje de Cristo; hace falta compartir —sin que medie distancia de privilegios o diafragma de lenguaje incomprensible— las costumbres comunes, con tal que sean humanas y honestas, sobre todo las de los más pequeños, si queremos ser escuchados y comprendidos. Hace falta, aun antes de hablar, escuchar la voz, más aún, el corazón del hombre, comprenderlo y respetarlo en la medida de lo posible y, donde lo merezca, secundarlo. Hace falta hacerse hermanos de los hombres en el mismo hecho con el que queremos ser sus pastores, padres y maestros. El clima del diálogo es la amistad. Más todavía, el servicio. Hemos de recordar todo esto y esforzarnos por practicarlo según el ejemplo y el precepto que Cristo nos dejó.

Pero subsiste el peligro. El arte del apostolado es arriesgado. La solicitud por acercarse a los hermanos no debe traducirse en una atenuación o en una disminución de la verdad. Nuestro diálogo no puede ser una debilidad frente al deber con nuestra fe. El apostolado no puede transigir con una especie de compromiso ambiguo respecto a los principios de pensamiento y de acción que han de señalar nuestra cristiana profesión. El irenismo y el sincretismo son en el fondo formas de escepticismo respecto a la fuerza y al contenido de la palabra de Dios que queremos predicar. Sólo el que es totalmente fiel a la doctrina de Cristo puede ser eficazmente apóstol. Y sólo el que vive con plenitud la vocación cristiana puede estar inmunizado contra el contagio de los errores con los que se pone en contacto.

PRIMER CÍRCULO: TODO LO QUE ES HUMANO

36. Hay un primer círculo, inmenso, cuyos límites no alcanzamos a ver; se confunden con el horizonte: son los límites que circunscriben la humanidad en cuanto tal, el mundo. Medimos la distancia que lo tiene alejado de nosotros, pero no lo sentimos extraño. Todo lo que es humano tiene que ver con nosotros. Tenemos en común con toda la humanidad la naturaleza, es decir, la vida con todos sus dones, con todos sus problemas: estamos dispuestos a compartir con los demás esta primera universalidad; a aceptar las profundas exigencias de sus necesidades fundamentales, a aplaudir todas las afirmaciones nuevas y a veces sublimes de su genio. Y tenemos verdades morales, vitales, que debemos poner en evidencia y corroborar en la conciencia humana, pues tan benéficas son para todos. Dondequiera que hay un hombre que busca comprenderse a sí mismo y al mundo, podemos estar en comunicación con él; dondequiera que se reúnen los pueblos para establecer los derechos y deberes del

hombre, nos sentimos honrados cuando nos permiten sentarnos junto a ellos. Si existe en el hombre un alma naturaliter christiana, queremos honrarla con nuestra estima y con nuestro diálogo. Podríamos recordar a nosotros mismos y a todos cómo nuestro actitud es, por un lado, totalmente desinteresada —no tenemos ninguna mira política o temporal— y cómo, por otro, está dispuesta a aceptar, es decir, a elevar al nivel sobrenatural y cristiano, todo honesto valor humano y terrenal; no somos la civilización, pero sí promotores de ella.

Conclusión

A la luz de la imagen principal que la Iglesia tiene de si misma, el nuevo paradigma que emplea para expresarse en y al mundo de hoy, Iglesia Comunión, resulta evidente la necesidad de una conversión pastoral consecuente: del dogmatismo a diálogo. Si nadie posee toda la Verdad entonces por medio del diálogo sincero y duradero podemos enriquecernos con lo que percibe la otra persona o institución, desde su perspectiva y con su identidad o carisma, dice y piensa. Así, con un diálogo que busca más comprender al otro que convencer al otro, podremos gozar de un mayor conocimiento de la Verdad.

Para la reflexión y el diálogo:

1. ¿Qué ideas principales del texto citado de la “Ecclesiam suam” te parece que hay que poner en práctica hoy?
2. ¿Qué estructuras de diálogo hay en tu comunidad? ¿Cómo funciona el Capítulo local?
3. ¿Cuáles son en tu opinión las principales dificultades para dialogar abierta y fraternalmente?

TEMA VII. DE PERFECTOS” A HOMBRES FRÁGILES

DEL PERFECCIONISMO AL HUMANISMO COMPRENSIVO

⇒ Perfección y santidad son, en realidad, dos cosas diferentes. La santidad está ya en el camino: en la decisión de caminar; la perfección es una meta, un faro final que orienta nuestro caminar, pero que nunca podemos afirmar que ya la hemos logrado. Los santos no han sido «perfectos», comenzando por San Agustín: tan solo fieles y honestos buscadores de la perfección. El perfeccionista se torna fácilmente incomprensivo e inhumano. Los santos, como Jesús el Santo de Dios, han sido los más comprensivos y humanos con el pecador. San Juan sentó el principio básico de la humildad: “El que diga que no tiene pecado miente, y la verdad de Dios no está en él”(1Jn. 1,10).

1.- INTRODUCCIÓN

Inspirándose seguramente en la famosa obra de Santa Teresa de Jesús (*Camino de Perfección*), son numerosos los escritos que dentro de la literatura espiritual tratan sobre la “perfección cristiana”, que sería así un sinónimo de “santidad”.

Tal equiparación tiene incluso una base bíblica (la invitación a ser “perfectos” como el Padre celestial en Mt 5, 48), pero es preciso interpretarla correctamente. Porque todo el contexto de la frase de Mt deja claro que tal perfección es la perfección del amor, que consiste en amar a todos, buenos y malos e incluso a los enemigos, y perdonar siempre,

como hace el Padre. Por eso el texto paralelo de Lc dice simplemente “sean compasivos o misericordiosos”, aclarando así el sentido de la palabra. No se trata pues de una perfección “quasi-ontológica”, imposible de alcanzar por el ser humano que nunca llegará a ser en sentido estricto como Dios, ni de convertirnos en una especie de superhombres o seres superiores, una especie de *casta santa y sagrada*. Ni el mismo Jesús de Nazareth aceptó tal elevación o equiparación con la santidad y perfección divina: “Por qué me llamas bueno? Bueno solamente hay uno: Dios” (Lc 18,19).

El Concilio Vaticano II insiste en la misma interpretación de Mt 5,48 al hablar en la “Lumen gentium” de la vocación universal a la santidad (LG 39-42), afirmando específicamente:

- a) Que todos los cristianos están llamados en la Iglesia a una única SANTIDAD o perfección, sin importar su estado de vida o condición concreta
- b) Que tal santidad, participación de la santidad del mismo Cristo y fruto del Espíritu (desde el bautismo) consiste en EL AMOR A DIOS Y AL PRÓJIMO, signo distintivo del verdadero discípulo de Cristo
- c) Que la santidad cristiana auténtica es por eso la PERFECCIÓN DE LA CARIDAD, en la que consiste la PLENITUD DE LA VIDA CRISTIANA
- d) Que TODOS somos pecadores y TODOS estamos llamados al seguimiento de Cristo para participar de su gloria, cada uno por su propio camino
- e) Que si la Iglesia estima especialmente a los *mártires* y a quienes practican los *consejos evangélicos* es en cuanto el martirio es la SUPREMA PRUEBA DE AMOR y en cuanto dichos consejos son SEÑAL, ESTÍMULO Y TESTIMONIO DE CARIDAD.

Este es pues la interpretación correcta de la PERFECCIÓN CRISTIANA como sinónimo de santidad. Pero habrá que tener siempre presente el peligro de una interpretación *parcial y elitista* del término “perfección” (perfecto como ser superior o sin imperfecciones , y como opuesto a imperfecto). Tal interpretación no es desde luego sólo una cuestión semántica o de vocabulario, y tal peligro ha sido por desgracia una tentación y una causa clara de actitudes antievangélicas dentro de la Iglesia.

Baste recordar en este sentido la no tan lejana ni completamente superada (al menos en la práctica) teología preconiliar de los “estados de perfección” ... En la Iglesia, por decirlo con términos deportivos, habría según esta equivocada interpretación de la perfección cristiana algo así como “primera”, “segunda” y “tercera” división o categoría : la jerarquía, la vida religiosa y el pueblo (concepción piramidal). La tercera o última categoría, los “simples” (?) cristianos o “seglares” (enredados en las cosas del siglo/mundo) quedaban sistemáticamente excluidos de la perfección cristiana. Porque sólo las dos primeras categorías constituían los llamados “estados de perfección”. Más aún, los teólogos rizaban el rizo para distinguir todavía entre quienes estaban en “estado de perfección ya adquirida” (¡los obispos!) y “en estado de perfección por adquirir” (los demás, especialmente los religiosos)...

No sólo a la luz de los escándalos de obispos, presbíteros y religiosos, sino desde el simple sentido común, es fácil darse cuenta de la arbitrariedad y falsedad de tal doctrina eclesiológica y de tal concepción de la “perfección” cristiana... Es fácil sobre todo darse cuenta de falta de sentido evangélico y de su parecido con la actitud de los *fariseos* que Jesús siempre condenó, como vamos a recordar a continuación.

2.- LA PALABRA DE DIOS

Son muchos, en efecto, los enfrentamientos de Jesús con los fariseos y durísimas las condenas referidas a ellos en los evangelios. No, desde luego, porque todos los *fariseos* (=

piadosos) fueran malos, sino porque con frecuencia actuaban con una serie de actitudes que repugnaban al profeta de Nazareth : el orgullo, la hipocresía, la inhumanidad. Estos son, de hecho, los tres reproches principales de Jesús a los fariseos, de acuerdo a los evangelios (ver Mt 23,1-36; Mc 12,38-40, Lc 11,37-54 y 20, 45-47):

- son ORGULLOSOS Y SOBERBIOS: se consideran más que los demás, buscan los primeros puestos en la sinagoga y los banquetes, todo lo hacen para que la gente lo vea, exigen honores especiales...
- son HIPÓCRITAS: sepulcros blanqueados que dicen una cosa y hacen otra, aparentan externamente bondad mientras su corazón está lleno de maldades...
- son INHUMANOS: insensibles a la justicia y la misericordia, capaces de quitar sus bienes a las viudas, no mueven ni un dedo para ayudar a los demás...

La *parábola del fariseo y el publicano o cobrador de impuestos (Lc 18,9-14)* resume magistralmente el pensamiento de Jesús en este sentido: dirigida a quienes “seguros de sí mismos por considerarse justos, despreciaban a los demás”, concluye que el soberbio será humillado y el humilde exaltado. Retrata exactamente al fariseo, que con toda seguridad era piadoso y guardaba realmente al pie de la letra los preceptos de la ley, pero estaba lleno de soberbia incluso frente a Dios y juzgaba y despreciaba a los demás. Y razona por qué salió del templo como había entrado, incapaz de conversión y sin ser perdonado, al contrario del humilde publicano. El fariseo, podemos decir, se consideraba perfecto y era perfeccionista, pero no era santo; el publicano se reconocía humilde y honestamente pecador, confiaba en la misericordia de Dios y no despreciaba a nadie, poniéndose así en el camino de la conversión y de la búsqueda sincera de la auténtica santidad.

Otra parábola de Jesús, la del *buen samaritano (Lc 10,25-39)*, dirigida también a un maestro de la ley , nos ofrece una enseñanza semejante, esta vez personificada no en los que se consideraban mejores a sí mismos (fariseos) sino en quienes eran considerados piadosos y perfectos por el pueblo debido a su dedicación al servicio del templo (sacerdotes y levitas). El personaje del *samaritano* (tan odioso y despreciable como el publicano para los judíos piadosos) y su actitud de verdadero amor compasivo y misericordioso se convierte sorprendentemente según la enseñanza de Jesús en el MODELO DE LA AUTÉNTICA SANTIDAD, a la vez que proclama el sentido y la profundidad del amor cristiano desenmascarando la falsa “perfección” de quienes se dedicaban a servir a Dios en el templo (el sacerdote y el levita) pero fueron incapaces de servir al hermano necesitado en el camino de la vida...

3.- LA EXPERIENCIA Y LA DOCTRINA DE AGUSTÍN

Muy distinta fue la actitud de San Agustín: un santo que siempre se consideró pecador y que nunca entendió su condición de obispo como un título de superioridad sino como una exigencia de servicio. Por eso vivió en actitud de CONTÍNUA CONVERSIÓN, e insistió siempre en los peligros de la soberbia y el papel fundamental de la HUMILDAD en la perfección cristiana. Lo recordaremos brevemente siguiendo su experiencia y su enseñanza:

A) El libro X de las Confesiones es el último autobiográfico, ya que los tres restantes (del XI al XIII) están dedicados a un comentario, profundo y alegórico, sobre los primeros versículos del libro del Génesis, con reflexiones tan conocidas como la que se refiere al *tiempo* (ver Conf XI,17,14).

Quien habla en el libro X es ya pues el obispo Agustín, que se refiere a su situación personal unos diez años después de su conversión: habla –dice- de “lo que ahora soy”, después de haber recordado y confesado “lo que he sido” (X,3,4). Y sus palabras no dejan de causar en el lector una verdadera sorpresa. Porque a esas alturas de su vida, uno esperaría encontrarse con un Agustín sereno y tranquilo, dedicado al servicio de su pueblo, feliz por haber alcanzado su ideal, y gozando de su comunión con Dios. Pero la imagen que Agustín da de sí mismo no es esa, precisamente, sino la de alguien todavía en pleno proceso de conversión, tentado y probado duramente, necesitado todavía de la gracia de Dios para perseverar en su propósito. Es decir, alguien que vive y experimenta la necesidad de una *conversión continua*.

Inmediatamente después de escribir la hermosa oración “Tarde te amé...” (Conf X,27,38), Agustín prosigue así su diálogo con el Señor: “Cuando me haya unido a Ti con todo mi ser, se acabarán mis dolores y mis trabajos...Pero en mi situación actual, ...al no estar yo lleno de Ti por el momento, soy un peso para mí mismo. Mis alegrías, que deberían ser objeto de mis lágrimas, mantienen un abierto desafío con las tristezas de las que debería alegrarme. No sé quién ganará el combate. Mis penas malas andan riñendo con mis gozos buenos, y tampoco sé quién ganará el combate. ¡Ay de mí, Señor, ten piedad de mí! Mira que no te oculto mis llagas. Tú eres el médico y yo el enfermo; Tú eres misericordioso, yo miserable. Y la vida humana sobre la tierra, ¿no es una prueba ?” (Conf X,28,39).

Y para que nadie interprete como pura retórica sus palabras, Agustín describe a continuación largamente y con todo lujo de detalles las tentaciones que debe afrontar cada día: la tentación de la sensualidad de la carne, con los recuerdos de su antigua actividad sexual; la tentación de la gula, que procura combatir con ayunos; los placeres de los sentidos del olfato, el oído y la vista; la tentación de la curiosidad; la tentación del orgullo y de las alabanzas humanas, de la vanagloria y de la autocomplacencia, que juzga especialmente peligrosas...(ver Conf X,28,39 – X,39,64).

Al leer estas páginas, sin embargo, se advierte que la actitud de Agustín es muy diferente de la de años atrás. Sigue en proceso de conversión, lucha y a veces teme no vencer, incluso confiesa que ha pensado en retirarse de nuevo a la contemplación en soledad (ver Conf X,43,70). Pero ahora ha descubierto ya dónde encontrar la fortaleza para seguir adelante, y sabe que es la gracia de Dios, que nos hace hijos suyos en Jesucristo, la que le mantiene en proceso de conversión continua y la que asegura su victoria. Su oración, repetida significativamente por cuatro veces en esta parte de las Confesiones, es por eso : “*Dame lo que mandas y manda lo que quieras*” (Conf X,29,40; X,31,45; X,37,60).

Una oración enmarcada siempre en un contexto de confianza y esperanza: “Toda mi esperanza está depositada en tu misericordia que es infinitamente grande...Todo lo puedo en aquel que me conforta: reconfórtame para que sea capaz de ello...La única esperanza, la única confianza, la única promesa firme es tu misericordia...Veo, Señor, que Tú curas mis heridas con mucha mayor rapidez que la que yo empleo en producírmelas...Tengo mis razones para abrigar una sólida esperanza de que sanarás todas mis dolencias (Salm 103,3) por medio de Él –Jesucristo- que está sentado a tu derecha e intercede por todos nosotros cerca de Ti (Rom 8,34). Si no fuera así, no me quedaría otro recurso que la desesperación. Mis debilidades son muchas y grandes, pero tu medicina es mucho más poderosa y efectiva ...” (ib., y también Conf X,31,45; X,32,48; X,39,64).

Así vivía cada día el obispo Agustín, el cristiano Agustín, su proceso de *conversión continua*, con sincera humildad y confianza en el Señor.

B) HUMILDAD: “El primer paso en la búsqueda de la verdad es la humildad. El segundo, la humildad. El tercero, la humildad. Y el último, la humildad. Naturalmente, esto no significa que la humildad sea la única virtud necesaria para el encuentro y disfrute de la verdad; pero si las demás virtudes no van precedidas, acompañadas y seguidas de la humildad, la soberbia se abrirá paso y destruirá sus buenas intenciones...” (Ep. 118, 3, 22). “Si eres un cabezota, ten cuidado. Una cabeza hinchada desequilibra todo el cuerpo y puede hacerlo caer al precipicio” (S. 266,8). “La humildad del Señor es la medicina de la soberbia del hombre, que es el principio de todo pecado” (S.123, 1).

Estas conocidas y expresivas afirmaciones de Agustín sobre la humildad son, desde luego, fruto directo de su experiencia de conversión, en la que tuvo que reconocer tanto su equivocación al despreciar la sencillez de la Sagrada Escritura, como su incapacidad para conseguir por sí solo el cambio de actitud que anhelaba.

La humildad marcará así para siempre la relación de Agustín tanto con Dios como con los demás. En la Regla insistirá precisamente en la dimensión comunitaria de la humildad, sin la cual es imposible vivir en comunidad. Algo que es cierto tanto dentro como fuera del monasterio: la soberbia destruye la comunidad, pues el soberbio no puede carecer de envidia: “Cuando en un siervo de Dios se insinúa la soberbia, al instante está allí también la envidia. El soberbio no puede carecer de envidia, que es hija de la soberbia. Esta madre no conoce la esterilidad; allí donde se halla, pare inmediatamente... Si pensarais en esto, no os tendríais por grandes. Debéis pensar más en lo que aún os falta que en cuanto ya tenéis. Cuídate de no perder lo que tienes; lo que aún no tienes pídeselo a Dios para tenerlo. Has de pensar en cuántas cosas eres menor, no en cuántas eres mayor. Si piensas en cuánto te falta todavía, gimes; y al gemir eres curado, te harás humilde, caminarás más seguro, no te despeñarás, no te inflarás” (S. 354, 5).

No puede haber conversión personal verdadera sin conversión comunitaria, y ésta es imposible sin humildad. Todos tenemos que recordar quizás este planteamiento básico de Agustín.

4.- CONCLUSIÓN

“Nosotros somos al mismo tiempo perfectos e imperfectos. Perfectos en nuestra condición de caminantes, imperfectos porque aún no hemos llegado a la meta...” (S. 169,15). Estas palabras de Agustín resumen perfectamente el contenido fundamental de este tema: la necesidad de pasar *del perfeccionismo al humanismo comprensivo* para que nuestra conversión sea auténtica, especialmente en su dimensión comunitaria.

Todos somos caminantes, es decir, todos somos pecadores, imperfectos. Ninguno de nosotros es perfecto (llegó ya a la meta de la completa santidad) ni tiene por tanto derecho a juzgar o despreciar a los demás como imperfectos o inferiores. “El que diga que no tiene pecado miente, y la verdad de Dios no está en él”(1Jn. 1,10). “No juzguen y no serán juzgados...” (Mt 7,1).

Nuestra vocación cristiana, religiosa y/o sacerdotal nos exige buscar la perfección del amor y vivir caminando hacia la auténtica santidad, no nos convierte en semidioses o casta superior. El “perfeccionismo” (búsqueda obsesiva de la perfección sin aceptar las propias limitaciones y motivada por el deseo de ser siempre el mejor) es una enfermedad psicológica y una falsa interpretación de la experiencia cristiana y de la identidad de la vida religiosa.

La experiencia nos dice que los pretendidos “religiosos observantes” terminan con frecuencia *observando* inhumanamente a los demás, con la actitud antievangélica de quien sólo ve los defectos ajenos y no los propios (Mt 7,3: la viga y la paja...). La madurez humana y cristiana hace crecer en cambio en el HUMANISMO COMPRENSIVO, que

- rechaza la división infantilista entre buenos y malos,

- acepta que la línea divisoria entre el bien y el mal no pasa entre unas personas y otras sino por la mitad del corazón de cada persona...
- y abre el corazón a sentimientos de caridad y humildad que hacen posible la vida en común, el perdón de las ofensas y la corrección fraterna.

Es sin duda la actitud que Agustín recomienda en la Regla (IV, 28) al mandarnos actuar “con amor a las personas y odio a los vicios” y en todos los demás puntos concretos de la vida en comunión. Un aspecto importante de nuestra conversión comunitaria que hoy estamos llamados a revisar.

Para la reflexión y el diálogo

1. Leer la Regla de N. P. S. Agustín, y señalar los aspectos más importantes de humanismo y comprensión que, de acuerdo a la Regla, deben caracterizar nuestras relaciones interpersonales y comunitarias.
2. ¿Qué actitudes farisaicas se dan en cada uno de nosotros y en nuestra comunidad? ¿Cómo podemos superarlas?
3. ¿En qué puntos concretos necesitamos una conversión comunitaria? (señalar dos o tres concretos). ¿Cómo podemos caminar hacia ella?

TERCERA PARTE: CONVERSIÓN PASTORAL

Aparecida 370. La conversión pastoral de nuestras comunidades **exige que se pase de una pastoral de mera conservación a una pastoral decididamente misionera.** Así será posible que “el único programa del Evangelio siga introduciéndose en la historia de cada comunidad eclesial” (NMI 12) con nuevo ardor misionero, haciendo que la Iglesia se manifieste como una madre que sale al encuentro, una casa acogedora, una escuela permanente de comunión misionera.

TEMA VIII: LA CONVERSION PASTORAL DESDE APARECIDA

Todo comienza con la comprensión de Dios como comunión, amor compartido, Trinidad, que crea el varón y la mujer a su imagen. En el principio no está la soledad sino la comunión de personas: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Esta comunión constituye la esencia de Diosⁱ y, a la vez, la dinámica concreta de cada ser humano (Gaudium et spes 12 y 24-26). El ser humano está hecho para vivir en comunión. La esencialidad constitutiva de la persona humana reside en “ser para los demás”, es decir, estar en comunión. El anhelo de comunión con la divinidad, la sed del infinito, es innato al ser humano. La búsqueda de la divinidad como elemento de la naturaleza humana es expresada así por san Agustín en una de sus frases más célebres: “Tu nos has hecho para ti, Señor, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti.”ⁱ

La espiritualidad de comunión, entendida como vida en la Trinidad, es el intento de vivir en comunión la plenitud de la vida que brota del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Exige una comunión de amor que se transforma en comunión con los demás.

La comunión presupone, por un lado, la propuesta y don de parte de Dios, de su amor, porque es siempre su iniciativa; y del otro lado, la respuesta, entendida como opción libre, de

parte del ser humano. La comunión es la coincidencia entre la voluntad de Dios y la opción y decisión libre del ser humano. Definitivamente, no se puede considerar la comunión como una simple afinidad imprecisa entre personas, o una compensación psicológica de la propia soledad o de carencias afectivas. Es por eso, justamente, que la Comisión Doctrinal del Concilio Vaticano II ha escrito una nota explicativa previa al capítulo 3 de *Lumen gentium*, clarificando: "La comunión es una noción que fue tenida en gran honor en la Iglesia antigua, como sucede hoy también sobre todo en el Oriente. Su sentido no es un vago afecto, sino una realidad orgánica que exige forma jurídica y al mismo tiempo está animada por la caridad"¹. Se ve, por tanto, que la comunión es un concepto que tiene que superar la esfera teórica, romántica y literaria para entenderse teológicamente a la luz de los datos de la revelación y desde su raíz trinitaria¹.

Por su parte, la persona humana está llamada a utilizar métodos concretos para conformarse a la voluntad de Dios. Estos métodos son la ascesis o las nuevas formas de disciplina que se emplean en respuesta al protagonismo de Dios. La espiritualidad de comunión es el itinerario espiritual y ascético hacia metas crecientes de unidad de vida y de comunión con Dios, en Cristo y por el Espíritu, junto con todos los que en Cristo han sido llamados a una misma vocación para la salvación universal.

El sujeto de la espiritualidad promovida por la Iglesia en el Concilio Vaticano II es la misma Iglesia, la comunidad creyente, y no cada uno de modo aislado. Después de casi cinco siglos en los que prevaleció la perspectiva individual de la espiritualidad, la Iglesia llama ahora a la perspectiva comunitaria, recuperando así una tradición antigua y primitiva en que el cristiano no sólo es un ser para los demás, sino un ser con los demás. Entendida así, la espiritualidad de comunión es la espiritualidad de las relaciones. Se descubre la clave de la renovación pastoral promovida por el Concilio Vaticano II en una renovada espiritualidad.

El Concilio Vaticano II¹ elige una óptica, la de la Iglesia como "misterio de comunión", para definir su modo de ser y de actuar en la historia y, al mismo tiempo, ser el núcleo catalizador en torno al cual vivir el conjunto de valores de la vida cristiana. La comunión radical que existe en la Trinidad es la fuente de toda comunión eclesial, y la Iglesia, en la perspectiva trinitaria, se convierte en la manifestación misteriosa de esa comunión radical¹. El Concilio contempla la comunión como una realidad espiritual interna que se expresa visiblemente.

Al presentar a la Iglesia como misterio de comunión es importante aclarar que se trata de la comunión con Dios, la comunión fraterna en Dios y la comunión con toda la realidad creada. La Iglesia nace del amor trinitario, de la iniciativa divina de llamar a toda la humanidad a la participación de su vida; es revelación y don de parte de Dios¹. Quienes lo acogen con fe son constituidos en Iglesia, que, por tanto, es santa y llamada a la santidad.

Otra dimensión de la Iglesia como misterio de comunión es la integración y armonía de toda la realidad – incluyendo la dimensión económica, social y política a igual que su relación con el cosmos en sí - en Dios, ya que no sólo el ser humano y la comunidad están llamados a la comunión con Dios, constituyendo así el nuevo pueblo, sino que también, junto con la humanidad y por medio de ella, toda la realidad creada está llamada a la comunión con Dios, poniendo así todo al servicio del fin último: la restauración definitiva de todas las cosas en Cristo. Así, la Iglesia está llamada a ser sacramento, es decir, signo e instrumento de la unificación del ser humano en sí y de toda la creación en él y en Cristo Jesús.

El concepto de comunión está “en el corazón del auto-conocimiento de la Iglesia”ⁱ. La comunión promueve una solidaridad espiritual y visible entre los miembros de la Iglesia a la vez que se alimenta de la unión íntima con Dios Padre en Jesucristo por medio del Espíritu Santo de modo invisibleⁱ. La Iglesia de nuestro tiempo, entendida como signo e instrumento de comunión, tiene algo que decir, una Buena Nueva, con su palabra y con su testimonio de vida, especialmente a la población empobrecida de América Latina.

APARECIDA Y LA CONVERSIÓN PASTORAL DE LA IGLESIA

Palabra clave, sin duda, para comprender e interpretar el documento de Aparecida es “comunión”ⁱⁱ. Y no por nada, dado que el tema de la comunión eclesial al servicio de la nueva evangelización es de gran importancia en el mundo cada vez más atomizado y afectado en su corazón por la creciente práctica económica neo-liberal basado en el individualismo. Los grandes intereses económicos han desnaturalizado las relaciones familiares, sociales, políticas y culturales y las han convertido en una relación funcional al servicio del lucro o del interés propio, a costa del bien común.

Aumenta la evidencia del individualismo a tal punto que se pone de referencia al individuo y su satisfacción, seleccionando los valores que buscan satisfacer el bien personalⁱ. El “otro” es reconocido en la medida en que puede rendir un beneficio o satisfacer una necesidad personal o colectiva. Gran parte de la población latinoamericana va perdiendo el sentido de las relaciones. Su horizonte parece ser el “tener” cada vez más, de manera cada vez más rápido y con menos sacrificio personal.

Frente a los mecanismos de exclusión y de marginación de personas y grupos, la comunión como comprensión de sí de la Iglesia y la manera de darse a conocer en el mundo cobra mayor significado. El documento de Aparecida desarrolla el concepto elaborado por Juan Pablo II en Tercer Milenio Adveniente (43), la espiritualidad de comunión, traduciendo en lenguaje pastoral (Comunidades Eclesiales de Base, parroquia como comunidad de comunidades).

La conversión de los pastores nos lleva también a vivir y promover una espiritualidad de comunión y participación, proponiéndola como principio educativo en todos los lugares donde se forma el hombre y el cristiano, donde se educan los ministros del altar, las personas consagradas y los agentes pastorales, donde se construyen las familias y las comunidades. La conversión pastoral requiere que las comunidades eclesiales sean comunidades de discípulos misioneros en torno a Jesucristo, Maestro y Pastor. De allí, nace la actitud de apertura, de diálogo y disponibilidad para promover la corresponsabilidad y participación efectiva de todos los fieles en la vida de las comunidades cristianas. Hoy, más que nunca, el testimonio de comunión eclesial y la santidad son una urgencia pastoral. La programación pastoral ha de inspirarse en el mandamiento nuevo del amor (cf. Jn 13, 35). (368)

A la eclesiología de comunión redescubierta y promovida por el Concilio Vaticano II como fundamento doctrinal de la espiritualidad de comunión revitalizada en y por medio de los documentos conciliares y pos-conciliares, se suma la actividad pastoral, es decir los medios correspondientes y coherentes con esta eclesiología y espiritualidad, una actividad pastoral que encarna y hace visible la comunión fundamental y esencial de la Iglesia y de los discípulos-misioneros de Cristo. La revitalización de la Iglesia exige la armonización de la

doctrina, la espiritualidad y la actividad pastoral, una coherencia interna, que contempla a las personas no como aisladas sino partícipes de un mismo sentido de vida, motivados por la fe, en torno a una conciencia común en un clima de profundidad en las relaciones interpersonales y en un contexto de interacción cada vez mayor.

CRITERIOS PASTORALES CONSECUENTES DE LA CONVICCIÓN DE LA COMUNIÓN COMO CLAVE PARA LA REVITALIZACIÓN DE LA IGLESIA Y DEL MUNDO

(de modo de examen de conciencia personal y comunitaria)

1. Con el concepto clave de la comunión, es evidente que la renovación de la Iglesia en general y específicamente la parroquia ha de **partir, desde el inicio, con todos los bautizados y gente de buena voluntad, convocando siempre de forma sistemática a todos**. Así la Iglesia manifiesta su comprensión de su misión de incluir a los que se sienten o que son realmente excluidos, no partícipes de la comunión. La Iglesia nace del amor trinitario, de la iniciativa divina de llamar a toda la humanidad a la participación de su vida. Partir siempre de todos los bautizados y personas de buena voluntad es ofrecer las condiciones mínimas para permitir o facilitar su participación. Estamos llamados a respetar la libertad de los que no responden; que sean ellos los que decidan, no nosotros al no invitarles o por invitarles de mala gana.

Aparecida traducía este criterio pastoral de esta forma: *“La conversión pastoral de nuestras comunidades exige que se pase de una pastoral de mera conservación a una pastoral decididamente misionera... con nuevo ardor misionero, haciendo que la Iglesia se manifieste como una madre que sale al encuentro...”* (370). El dinamismo que impulsa la gran Misión Continental es reflejo de este espíritu fundamental de comunión, que busca incorporar a todos los bautizados en el proceso de evangelización.

“No podemos quedarnos tranquilos en espera pasiva en nuestros templos...” decían los obispos en Aparecida (548). No es una opción no hacer nada o sencillamente seguir haciendo lo que venimos haciendo. No estamos llegando con la Buena Nueva a tantas familias católicas *“que viven y mueren sin asistencia de la Iglesia, a la que pertenecen por el bautismo.”* (100 e)

No podemos ser pastores y quedarnos ajenos a las ovejas, ni guiarlos desde lejos, ni virtualmente o por internet. El sacerdote y los agentes pastorales somos parte de la comunidad y encontramos nuestra razón de ser en acompañar y servirla. La parroquia no sólo extiende partida de bautismo para comprobar por motivos legales que uno pertenece a la Iglesia; más bien está llamada a crear condiciones para permitir que cada bautizado se sienta realmente incorporado al rebaño, oveja del redil, miembro del cuerpo de Cristo, y pueda vivir la experiencia de la comunidad cristiana caracterizada en la comunidad primitiva de Jerusalén como comunidad de fe, de caridad, de oración y misionera por naturaleza.

¿Cómo llegar a conocer a las ocho o diez mil – y más - familias dispersas en el territorio que comprende la parroquia? Es humanamente imposible para un párroco, por mucho que el Derecho Canónico lo identifica como una de sus tareas del párroco; imposible si no tomamos en cuenta las orientaciones que nos ofrecen los obispos en Aparecida: sectorizar el territorio con criterios pastorales coherentes con la comunión deseada.

Teniendo en cuenta las dimensiones de nuestras parroquias, es aconsejable la sectorización en unidades territoriales más pequeñas, con equipos propios de animación y coordinación que permitan una mayor proximidad a las personas y grupos que viven en el territorio (372)

En este sentido es importante tomar en cuenta la norma de sembrar lo que se espera cosechar. Si deseamos colaborar con Dios en edificar una Iglesia que vive y vibra la espiritualidad de comunión, será necesario ir creando estructuras de comunión y participación. Estas estructuras nuevas, como vasijas nuevas para el vino nuevo de la comunión, ordinariamente toman en cuenta los principios sociológicos y antropológicos que nos orientan a sectorizar o zonificar la parroquia en unidades de 50 a 150 familias. Ese número de familias (alrededor de mil personas) es recomendable dado que si es menor de 50 familias, difícilmente encontrarán el número suficiente para asumir los cargos (el equipo de coordinación o animación mencionado en Aparecida y que se explicará en el criterio cuarto más abajo) que corresponden a esta estructura parroquial. Si supera 150 familias, corre el riesgo de caer en el anonimato, desentenderse de la actividad que se realiza en el sector/zona.

Este ministerio de siempre invitar a todos corresponde a toda la comunidad cristiana por definición (siendo una comunidad cristiana, al estilo de la primitiva de Jerusalén, por esencia misionera – igualmente comunidad de fe, de culto y de caridad). Tal como con otros ministerios, se plasma este carisma en un responsable (de misioneros) que conjuntamente con su equipo (idealmente uno de entre diez a quince familias vecinas) hacen visible la preocupación de toda la comunidad por incluir, de modo sistemático y permanente, a todas las familias en el territorio parroquial.

En relación a los destinatarios a los que llegar, el criterio pastoral general que regula toda la acción es:

- * dirigirse y convocar siempre a todos
- * como comunidad humana y comunidad-Iglesia, una y diferenciada,
- * en forma global, sistemática y progresiva.

Las convicciones que están detrás de este criterio son varias. En primer lugar en un mundo que se ocupa principalmente del lucro y de lo útil, la Iglesia debe demostrar su capacidad de gratitud dirigiéndose a todas las personas no por la respuesta que dan sino por la dignidad-vocación que ellas tienen a la comunión con Dios, aunque parezca que se pierde tiempo y que la acción no da resultados. Además es un modo de decir la propia fe en la persona y de respetar su capacidad y voluntad de respuesta sin discriminarla o abandonarla al momento en que no responde a lo que se le proponía o en el modo que se esperaba. Es la fe en Dios que se hace fe en el hombre y en su vocación a la santidad, sea bautizado o no. Esto vale especialmente para los "pobres", los "últimos", los "pequeños" que no son el apéndice de la Iglesia sino el ámbito privilegiado de salvación.

En segundo lugar en un mundo que aísla, atomiza y hace del individualismo una bandera y contra la tendencia egoísta innata en todo ser humano, la acción pastoral debe llegar a todos pero no como a la suma de individualidades sino como "conjunto humano", comunidad humana y cristiana. Comunidad que continuamente se convoca para que dé una respuesta a Dios y a su Evangelio. Pero, convocar a todos como comunidad significa querer poner a todos

en un dinamismo de relación que, en el mutuo don de sí, permita a todos crecer como pueblo de Dios, como comunidad-Iglesia mientras cada uno crece como persona. Y esto porque:

- * la salvación no es un hecho individual sino al mismo tiempo personal y comunitario (cfr. LG 9 y Cap. 5);
- * la experiencia de salvación cristiana se vive en un grupo humano que vive las dimensiones de la caridad en comunidad;
- * el crecimiento espiritual de la persona no es independiente de la comunidad, ya que todos crecen en la mutua relación del don de sí y de la fe recíprocos;
- * la acción pastoral es válida en la medida que "produce" una comunidad eclesial madura.

Pero la comunidad no hay que entenderla como un pequeño grupo, cualquiera sea el don o carisma que lo reúne, sino como Iglesia y, concretamente, como Iglesia local. No se trata de sustituir el individualismo de las personas con el de los grupos sino de "crear" o edificar la Iglesia particular a partir de lo que es y en orden a su "deber ser". Dirigirse a la comunidad, entendida como conjunto de los bautizados reunidos en nombre de Cristo y con ella todos los hombres y mujeres de buena voluntad, es afirmar directa o indirectamente:

- * la comunidad que Cristo ha generado con su muerte y resurrección, mediante el Espíritu, no es otra que la misma Iglesia, fundada sobre los apóstoles y sus sucesores los obispos;
- * la salvación es comunitaria, pero en la comunidad "católica", es decir, que integra todas las diferencias, y el bautismo injerta realmente al cristiano en esa comunidad que lo acoge y le ayuda a madurar en su fe, junto con todos aquéllos que forman esa única Iglesia de Cristo;
- * la perfección cristiana y la santidad se participa, se vive y se desarrolla a partir de la comunión de todos en un único Espíritu, mediante la caridad y en orden al crecimiento del conjunto de esa comunidad que es la Iglesia misma;
- * la acción pastoral es válida en tanto y en cuanto edifica la comunidad-Iglesia y no sólo una comunidad parcial, peculiar o especial.

En fin, llegar al conjunto como comunidad, en forma global, sistemática y progresiva es una consecuencia inevitable. De hecho, la comunidad eclesial en su vida y misión constituye la globalidad, no sólo de las personas y de las estructuras sino también de las dimensiones en que la comunidad se realiza. Y la sistematicidad y progresividad con que dirigirse a los destinatarios son las condiciones para que el conjunto pueda realizar un itinerario de fe como comunidad. Sistematicidad en términos de estructuras de comunicación y diálogo, de participación y corresponsabilidad, y en términos de progresividad en cuanto al mensaje y a la conversión consecuente.

De todo ello surgen las exigencias de conversión:

- + pasar de una pastoral elitista y sectorial a otra de conjunto, en la que los últimos, los que no saben, no tienen y no pueden no sólo son tenidos en cuenta sino que determinan el lenguaje, el ritmo, el estilo de la comunidad;
- + pasar de una mentalidad de "mi" comunidad, "mi" grupo, "mi" instituto, "mi" parroquia, a otra de pueblo de Dios, de Iglesia local en comunión con la universal; de una particularista a otra universal, de unidad en la diversidad;
- + pasar de una mentalidad moralista, que mira al hombre bajo el punto de vista del pecado, a otra de fe que cree en la dignidad divina de cada persona, a pesar de sus infidelidades; pasar de una mentalidad que reduce la fe a los datos revelados a otra en que la fe se vive como identificación con Cristo; pasar de una mentalidad que hace de la

caridad un "deber moral" de obediencia a Dios a otra en la que la caridad es intercomunicación del amor de Dios, principio, germen y dinamismo de la santidad comunitaria;

+ pasar de una concepción de la santidad entendida como rectitud personal frente a Dios a otra en la que la santidad es ir a Dios junto con todos aquéllos con los cuáles Dios nos ama, es decir, con el mundo; de una concepción intimista de la santidad a otra en la que ser santos significa llevar consigo el mundo -el personal y el cósmico- hacia Dios; pasar de una pretendida simplicidad, entendida como ausencia de complejidad, cosa que es evasión y negación de la intrínseca complejidad del ser humano, a la única y posible simplicidad del evangelio la de reducir la complejidad a la unidad de vida y de acción.

2. Creer que Dios está presente en su pueblo. Dios nos invita a descubrir su presencia – Dios con nosotros - en lo que hay de verdad y de bien en cada persona y en el pueblo y sus costumbres, para luego apoyarlo, secundarlo, y purificarlo impulsándolo a crecer, viviéndolo a través de las ocasiones que ya reúnen al pueblo, experiencias de convivencia cristiana, de solidaridad y celebración, momentos significativos presente en la cultura, no traído de fuera ni desde arriba. Se parte de lo que hay que reúne a la gente y desde que se podrá aprovechar para secundar los valores evangélicos innatos. No se trata de mera repetición folclórica de eventos culturales sino más bien intentos de rescatar creativamente lo que hay de bueno y cristiano en estas celebraciones y eventos, purificándolas cada vez más de los elementos de exceso y ajenos a una celebración cristiana.

Urge pasar de una pastoral “para” los demás, particularmente para los alejados, a otra que parte “desde” los otros (verdaderos sujetos de la evangelización), que se hace “con” los otros y para que todos juntos alcancemos progresivamente la madurez de Cristo. Se trata de una pastoral del Pueblo de Dios: desde, con y para este pueblo concreto que es de Dios. Es hacerse compañero de camino de los destinatarios para caminar todos juntos como discípulos hacia la plenitud del único Buen Pastor. Como afirman los Obispos en Aparecida:

La pastoral de la Iglesia no puede prescindir del contexto histórico donde viven sus miembros... Su vida acontece en contextos socioculturales bien concretos. De allí nace la necesidad, en fidelidad al Espíritu Santo que la conduce, de una renovación eclesial que implica reformas espirituales, pastorales y también institucionales. Estas transformaciones representan nuevos desafíos para la Iglesia en su misión de construir el Reino de Dios... (367)

El proyecto de pastoral debe ser una respuesta para atender las exigencias del mundo de hoy... (371)

En relación al tipo de acción que realizar, el criterio pastoral general que regula toda la acción es :

- Privilegiar la evangelización misionera, entendida como un hecho permanente y sistemático, esto es, como itinerario de fe,
- en un proceso orgánico, único y diferenciado, al mismo tiempo.

La Iglesia no puede responder a las grandes mayorías de bautizados y a la gente de buena voluntad, sino con una acción que privilegie la evangelización, es decir, el anuncio del Evangelio y de la fe que ella tiene en el mismo. Se dice **"privilegiar" la evangelización en el sentido de que esta no excluye la administración de los sacramentos sino que éstos deben realizarse de modo que sirvan a la evangelización**. Hay que recordar el principio teológico de Sto. Tomás: los sacramentos son para el hombre y no viceversa. No es la práctica ni el cumplimiento del "deber" que por sí mismos son salvíficos. La salvación depende de la caridad. Evangelizar significa afirmar:

- + una visión de Iglesia que no es fin de sí misma sino para el mundo (cfr. GS, cap. 2; Pablo VI, inauguración de la 2a fase del Concilio);
- + una visión de la santidad y de la salvación que se centra en la caridad teologal, amor a Dios y a los hombres, y, por lo mismo, en una visión moral centrada en el amor, en el don de sí más que en el "deber"; una visión y actitud pastoral por la que los sacramentos, la Palabra y la misma organización de la fraternidad, en cuanto ritos y organización, son relativizados, como medios para la evangelización;
- + una actitud de apertura al "otro" y de diálogo en el respeto a la dignidad y libertad del "otro" -persona, grupo, institución;
- + una acción pastoral que no presupone que un cristiano lo es por ser bautizado, sino más bien, que el ser bautizado es un punto de partida para un itinerario de fe, como permanente discípulo de Cristo.

En un mundo en el que la gente está continuamente sometida a la presión de mensajes de todo tipo, y no precisamente cristianos, es impensable el que las iniciativas aisladas puedan tener efectos continuativos y estables. Incluso en relación a la religiosidad popular, las iniciativas aisladas - misiones, congresos, peregrinaciones, etc. - podrán alimentar esa religiosidad, pero no lograrán ni transformar el dinamismo secularizante que caracteriza al mundo de hoy ni pesar en la vida de la gente. La vida ordinaria, fuera del momento "significativo" quedará sumergida por un ambiente secularista-ateo.

Entender la evangelización como un itinerario de fe puede sugerir dos cosas. Entender ese itinerario como itinerarios diversificados y paralelos, a medida de cada persona o grupo, o entenderlo como un único itinerario al interior del cual vivir los itinerarios específicos. Este es el criterio que aquí se asume. Y esto por una razón muy simple: la coherencia tanto con la naturaleza de la Iglesia que, en cuanto tal, es peregrina, llamada a revelar y construir la unidad salvífica universal; cuanto con el ideal propuesto de Iglesia particular en comunión, orgánica y dinámica, hacia la unidad; y, en fin, porque vivimos en un mundo que camina hacia la unidad mundial.

La Iglesia por su misma naturaleza debe evangelizar, ésta es su razón de ser en la historia y debe hacerlo de acuerdo a las condiciones del tiempo.

De todo ello surgen las exigencias de conversión:

- + de energías -de personas, de tiempo, de medios- puestas prevalentemente en la sacramentalización pasar a colocarlas en la evangelización; de un estilo de vida eclesial cerrado en "su mundo" a otro de diálogo, de ir en busca de la oveja "perdida", que constituyen hoy las mayorías, incluso de bautizados;

-
- + de una pastoral parcial o sectorial a otra global y comunitaria; de una acción esporádica e inmedatista a otra planificada y a largo tiempo; de una estática-repetitiva a otra dinámica, creativa de procesos; de una conservadora a otra misionera;
 - + de una concepción pastoral de tipo sacral, cultural, del "templo" a otra de tipo servicial, fraternal, de promoción de lo humano en orden al Reino de Dios; de una actitud jerárquica de superioridad, de distancia entre ministros y pueblo, a otra de "hermanos entre hermanos";
 - + de una mentalidad cuantitativa, que todo lo mide por cantidades, a otra cualitativa que mira al crecimiento de las personas y sus relaciones; de una que juzga por lo exterior y episódico (practicista) a otra que interpreta en la fe, que busca el signo de Dios presente en cada persona y comunidad para servir a su crecimiento y desarrollo.

3. La señal de que una Iglesia es fiel a Jesús es que hace llegar la Buena Noticia a los pobres. Es nuestra opción por los pobres que significa **partir de la mayoría, de los que no tienen, los que no saben, no pueden, no practican**. Así los pobres llegan a ser los protagonistas de la evangelización, ya que el mensaje es anunciado, en forma dosificada, a los sobrantes y desechables identificados por Aparecida. Es realizar nuestras acciones en un horario y en un lugar donde todos puedan asistir y con los que normalmente no participan. Las celebraciones se realizan en el lugar más apropiado para acoger a los que se sienten excluidos: frente a la casa del anciano postrado en cama – e incluye el arreglo de su casa de antemano por los moradores; en una chacra para enfatizar nuestra gratitud por la obra de creación y nuestro compromiso a no talar indiscriminadamente a los árboles sino a cuidarlos; colocando el monumento del Jueves Santo en el hogar más humilde (como el establo de Belén) para acompañar a Cristo en su agonía por medio de la oración y la colecta de víveres y útiles para los en quienes Cristo vive su agonía actualmente. Implica adecuar el lenguaje (en discursos y publicaciones) para que pueda ser entendido por la gente sencilla. El lenguaje erudito llega a los eruditos, pero excluye a los no preparados; por el contrario, el lenguaje sencillo es al mismo tiempo inteligible a eruditos y sencillos. En Aparecida encontramos esta afirmación de nuestros Obispos:

Nos comprometemos a trabajar para que nuestra Iglesia ... siga siendo compañera de camino de los más pobres... Que sea preferencial implica que debe atravesar todas nuestras estructuras y prioridades pastorales. La Iglesia está llamada a ser sacramento de amor, solidaridad y justicia entre nuestros pueblos. (396)

Exige superar el racionalismo, el intelectualismo, el sentido de superioridad que remite a los que "saben" menos a planos inferiores. Es dejarse evangelizar desde los mismos pobres, ser condiscípulo - con el pobre - del único Maestro, Cristo. Como afirma Aparecida:

Esa misión evangelizadora abraza con el amor de Dios a todos y especialmente a los pobres y los que sufren. Por eso, no puede separarse de la solidaridad con los necesitados y de su promoción humana integral: Pero si las personas encontradas están en una situación de pobreza –nos dice aún el Papa–, es necesario ayudarlas, como hacían las primeras comunidades cristianas, practicando la solidaridad, para que se sientan amadas de verdad. El pueblo pobre de las periferias urbanas o del campo necesita sentir la proximidad de la Iglesia, sea en el socorro de sus

necesidades más urgentes, como también en la defensa de sus derechos y en la promoción común de una sociedad fundamentada en la justicia y en la paz. Los pobres son los destinatarios privilegiados del Evangelio.(550)

En relación al sujeto pastoral que realiza la acción, el criterio pastoral general que regula la acción es :

- . Todos los bautizados y personas de buena voluntad,
- . cada uno según su posibilidad,
- . según sus dones, carismas y ministerios,
- . son el sujeto de la evangelización.

Este criterio se basa sobre algunas convicciones, por otra parte bastante evidentes. En un mundo que reconoce los "derechos humanos" a cada persona y, por otra, los niega continuamente, la Iglesia debe reconocer esos derechos en su misma institución para poderlos proclamar a otros.

Más aún, la Iglesia tiene el deber de reconocer a todos los bautizados tanto el derecho a ser evangelizados cuanto el deber de anunciar el evangelio a todo el mundo. De lo contrario no debe dar el bautismo. Pero, de hecho, la Iglesia da el bautismo a todos los que lo piden, aún cuando sabe que es pedido sin la correspondiente conciencia de la fe en la mayoría de los casos. Entonces, para ser coherente con su doctrina, ella está moralmente obligada a crear todas las condiciones necesarias y favorables para dar a cada bautizado la posibilidad real de crecer en la fe y de desarrollar su virtualidad misionera. No reconocer a todo bautizado esta condición de sujeto de la misión, aunque sea en grados diversos y según los dones de cada uno, es una falta de fe en el Espíritu presente en su Iglesia y en la misma humanidad. Detrás de esta convicción está la doctrina del "sensus fidei" del pueblo cristiano (Cfr LG 12).

Y este derecho hay que reconocerlo a cada bautizado de acuerdo a sus posibilidades, sean éstas mayores o menores, importantes o no, permanentes o transitorias. Todos deben encontrar un lugar a su medida y también según sus dones, carismas y ministerios, es decir según lo que el Espíritu concede a cada uno.

De este modo la Iglesia puede reconocer:

- + la dignidad de los hijos de Dios;
- + que los ministerios están al servicio del ministerio común a todos los bautizados de evangelizar, de edificar la Iglesia; es decir, al servicio de una comunidad de servidores, en la que los unos sirven a los otros y todos, como comunidad-Iglesia, sirven a la sociedad;
- + que la Iglesia en cuanto tal - y no sólo algunos miembros privilegiados - tienen la misión de anunciar el evangelio y que a ésta unidad de misión está condicionada la credibilidad del evangelio.

¿Una parte de la Iglesia, los así llamados "comprometidos", pueden arrogarse el derecho de proclamar el evangelio en nombre de Cristo mientras de hecho discriminan su Cuerpo? Se dice que la gente "no quiere", que es materialista, etc. ¿Pero cómo puede querer, si ella de hecho no tiene canales ni de comunicación ni de participación para contribuir con su aporte y poderse enriquecer con el de los otros? En realidad los agentes caen en un sofisma farisaico. Por lo mismo, la primera y radical conversión que este criterio exige es la del reconocimiento en los hechos de que todos los bautizados son sujeto de la acción pastoral. Por tanto, los agentes de

pastoral deben ante todo crear los canales de comunicación y participación para que todos los bautizados tengan palabra, aunque sea la del niño balbuciente.

A esta primera conversión, que es un acto de fe en la presencia del Espíritu Santo, siguen otras:

- * pasar de una pastoral en manos de los "formados y comprometidos" a otra en manos de todos, cada uno según el don recibido; de una pastoral de élites para el pueblo a otra de pueblo con élites que lo revelan y lo ayudan a expresarse;
- * pasar de una relación de "maestros-discípulos" a otra en la que todos son maestros según el don, carisma y ministerio recibido y todos, al mismo tiempo, son discípulos del único Espíritu presente en todos y que conduce a todos a la plenitud de la verdad;
- * pasar de una relación de "poder" ante súbditos a otra de servicio a todos y entre todos para crecer juntos en la armonía y en la paz, propia de los humildes; pasar de la concepción de "dignidad", correlativa a la de poder, a otra de dignidad bautismal, la única por la que somos dignos ante Dios;
- * pasar del clericalismo, incluso del pueblo, que atribuye todo lo ministerial sólo al clero, a la visión de pueblo de Dios todo el ministerial, porque partícipe de la triple función de Cristo: profética, sacerdotal y real.

4. Hay muchas personas dispuestas a colaborar y **nadie es tan pobre que no tenga nada que ofrecer. No se trata de que pocos hagan mucho, sino de que muchos hagan poco.** Es trabajar en equipo siendo personas de diálogo que reconocen sus dones y talentos para ponerlos al servicio de la comunidad. Significa preparar a las personas para la acción.

La actividad que se realiza a nivel zonal/sectorial se relaciona justamente con la descentralización de los servicios pastorales que ordinariamente se desarrollan simplemente en el centro parroquial y que son constitutivos de ser Iglesia: comunidad de culto, de caridad, de fe y misionera.

El equipo de coordinación es presidido por un coordinador(a) que sirve como puente entre las familias de la zona y el equipo del centro parroquial; comunica necesidades e información, encabeza el equipo zonal y vela para la experiencia comunitaria en la fe de las familias. Para que la zona pueda ser una comunidad de fe, hace falta nombrar y capacitar catequistas para la catequesis pre-sacramental de bautismo, primera comunión, confirmación y matrimonio. Para ser comunidad de culto hace falta tener un equipo de liturgia para las celebraciones dominicales a igual que la liturgia especial de las Fiestas de Fraternidad que se realizan en la zona. De igual forma, para poder ser una comunidad de caridad o solidaridad hace falta nombrar una persona responsable de promover la atención por los más necesitados de la zona.

Así que el equipo de coordinación reúne coordinador, responsable de catequesis, responsable de liturgia, responsable de ayuda fraterna y responsable de misioneros, cada uno con su equipo de ayudantes. Se comienza con un equipo mínimo y se va aumentando, creando espacios de comunión y participación cada vez más amplios. Cada bautizado tiene algo para compartir; es necesario descubrirlo y capacitar la persona para la acción a realizarse. Aparecida asume este criterio fundamental para la Gran Misión Continental:

Todos estamos llamados a participar en la acción pastoral de la Iglesia, ... con el testimonio de vida y, ... con acciones en el campo de la evangelización, ... y otras formas de apostolado, según las necesidades... (211)

Así se crea y se deja espacio para que surjan nuevos agentes pastorales, formados en la acción. Intentar formarlos académicamente, previo a su servicio apostólico, corre el riesgo de alienarlos en su medio y cerrarlos en su estado de receptores. Salir del círculo vicioso – no hay laicos capacitados, los sacerdotes tienen que hacerlo todo, el clero no tiene tiempo para evangelizar o capacitar al laico ni a buscar a nuevos comprometidos – que ofrece cierto sentido de seguridad mientras abandona a los “alejados”, costará una conversión pastoral significativa.

La puesta en marcha del renovado modelo de la Iglesia promovida por el Concilio Vaticano II depende en gran medida de la superación al clericalismo. Aprender a trabajar en equipo y enseñar con el ejemplo a coordinar actividades es indispensable para vivir la comunión a nivel ministerial.

En relación a la pedagogía de la acción evangelizadora, el criterio fundamental y general es:

- . utilizar en todo el método de concientización o de confrontación entre vida y Evangelio y,
- . por lo mismo, hay que "formar en la acción".

Este criterio es el único coherente con lo dicho hasta aquí. En efecto una pedagogía exclusivamente magisterial, deductiva, demostrativa y racional no parece apta para transmitir valores en un mundo de imágenes, de anuncios, de comunicación, de corrientes de opinión, las más diversas, y de las que la Iglesia es una más. Sólo la confrontación sistemática, en términos de itinerario de fe, como ya se dijo, puede crear una estructura mental de confrontación de la vida con el evangelio que permita la objetivación cristiana y el comportamiento consecuente.

Sin querer entrar en la discusión sobre la formación teórica de los presbíteros y de otros agentes pastorales, no hay duda que todos los agentes de pastoral deben utilizar la pedagogía de concientización. Esto implica el que ellos mismos entren en una mentalidad y en un proceso de "formación en la acción". Sólo así no serán teóricos que pretenden en la práctica conseguir lo que dicen sin tener en cuenta la lógica de la transformación progresiva de realidad, la lógica de la vida, de la experiencia humana. Esto exige capacitar a los colaboradores para la acción inmediata, de modo que se sientan seguros del paso a dar sin pretender necesariamente un bagaje doctrinal y pastoral previo. Al mismo tiempo, ese bagaje se va dando en dosis pequeñas en forma de justificaciones doctrinales y como motivaciones espirituales.

Esto que los teóricos podrían considerar como una falta de seriedad se convierte, en vez, en una respuesta positiva y seria a muchísima gente dispuesta a colaborar y a asumir responsabilidades en la Iglesia pero que no está en condiciones objetivas para hacer cursos de diverso tipo. Además para los pobres que no saben mucho más que leer y escribir e incluso para los analfabetos es la única solución que les permite participar activamente y asumir responsabilidades en la Iglesia.

Hay que tener en cuenta que este tipo de formación en la acción está dentro de un proceso catecumenal y por el cual todas las motivaciones teológicas y espirituales que se ofrecen a los colaboradores responden a una lógica educativa de la fe que les permite vivir con mayor profundidad el camino común a todo el pueblo en general y el específico de cada campo de acción. El resultado, después de años, será que los nuevos ministros tendrán un bagaje cultural teórico-práctico que nace de la vida de la comunidad eclesial y a ella sirve. Además sólo con la aplicación de este criterio es posible hacer surgir los ministerios y sus ministros desde la interioridad misma de una comunidad.

Es en esta opción que:

- + la jerarquía sirve a la Palabra de la que no es dueña,
- + el ministerio episcopal y presbiteral se hace servicio para que todos se dejen transformar por la Palabra y sean cada vez más auténticos, empezando por ellos mismos;
- + se afirma la relatividad de las fórmulas doctrinales (que no hay que confundir con la verdad en ellas contenidas), en relación con la vida y misión, con los valores evangélicos, que todos están llamados a vivir;
- + se afirma que la primacía, en orden a la salvación, no está en la verdad-conocida, sino en la verdad-vivida. Esta exige aquélla y no viceversa;
- + se afirma realmente la primacía de la conversión y, por lo mismo, de la espiritualidad, sobre la cultura intelectual y muchas veces racionalista.

Esto es posible porque cualquier método de concientización comprende: alguna forma de observación de la realidad, de iluminación doctrinal, de confrontación y compromiso concreto. Sea el método de: ver, juzgar y actuar; el método de discernimiento: problema, evaluación, elección; el método de los signos de los tiempos ya dicho: situación, iluminación, confrontación-conversión y compromiso ideal y concreto. Todos están ordenados a la conversión a partir de la vida y para la vida.

Cuando se dice "utilizar en todo" este método se refiere a las homilías, a los encuentros de formación, de catequesis pre-sacramental, de reuniones de grupos o de pequeñas comunidades, etc. porque el mismo proyecto, como quedó claro en la primera parte, se basa sobre los signos de los tiempos o lectura en la fe de la situación histórica que nos toca vivir.

De aquí algunas exigencias de conversión consecuente:

- + pasar de una pastoral de adoctrinamiento a otra de discernimiento en el Espíritu; de una fe doctrinal a otra experiencial; de una lógica principista y deductiva a otra dialéctica y al mismo tiempo dialogal;
- + pasar de una Iglesia que cree poseer toda la verdad, definitivamente expresada en sus conceptos (verdad = ideología), a otra que tiene sí conciencia de poseer a Cristo-verdad pero que está en búsqueda constante de su significado "aquí y ahora" para su vida y misión;
- + pasar de una concepción de Iglesia santa que tiene pecadores a otra en que es la misma Iglesia en su visibilidad histórica que debe reformarse, convertirse siempre, para que en ella brille cada vez más el rostro de Cristo;
- + pasar de una Iglesia que parece recibir la iluminación directamente de Dios a otra que reconoce al Señor que habla en la historia y sólo en la historia, y por lo mismo abierta a escuchar las múltiples voces del Espíritu que le habla incluso por quienes aparecen como enemigos;

-
- + pasar de una formación más bien teórica en función de sí misma, con el peligro de convertirse en racionalista, a otra que es desde la vida de una comunidad y en función de la vida y crecimiento de esa misma comunidad.
 - + pasar de una concepción por la que la formación de los ministros debe producir "maestros" a otra en la que lo determinante es la de formación de "pastores".

El crecimiento de la comunidad parroquial es un recorrido lento y progresivo, igual que la maduración de las plantas y las personas. Pasar de una pastoral elitista, individualista y muchas veces inmediatista a otra, de conjunto, comunitaria y planificada toma su tiempo. Nada nace ni crece de golpe. Es necesario respetar el ritmo de crecimiento del pueblo. Es mejor que cien personas tomen un paso adelante que una sola persona adelantarse cien pasos. Caminar juntos exige coordinación y articulación; ambos requieren de tiempo y energía, a reconocer y apreciar el valor del otro, su aporte y participación.

Esta firme decisión misionera debe impregnar todas las estructuras eclesiales y todos los planes pastorales de diócesis, parroquias, comunidades religiosas, movimientos y de cualquier institución de la Iglesia. Ninguna comunidad debe excusarse de entrar decididamente, con todas sus fuerzas, en los procesos constantes de renovación misionera, y de abandonar las estructuras caducas que ya no favorezcan la transmisión de la fe. (365)

La Iglesia convoca y congrega a todos en su misterio de comunión, sin discriminación ni exclusión. (524)

La planificación es una herramienta de la renovación, ya que nace de la insatisfacción con lo que existe y pretende identificar el camino hacia un futuro mejor. La planificación desencadena un proceso de toma de decisiones y requiere de método. El método es un medio y no un fin en sí mismo, por tanto, tiene que ser flexible, maleable, para adecuarlo a las circunstancias particulares, pero un medio que lleva en sí, en forma de semilla al menos, el mismo dinamismo expresado en el objetivo último, en este caso en el de la comunión.

Para el proyecto de revitalización de la Iglesia se necesita utilizar un método participativo de planificación comunitaria ya que desde el inicio y durante todo el proceso se busca la participación máxima, todos llamados a crecer juntos en santidad, a buscar juntos la voluntad de Dios, a poner en común su percepción de esa voluntad y usar sus dones y talentos al servicio de su consecución. Se intenta involucrar el mayor número de personas posible en la elaboración de ideas y propuestas, en la toma de decisiones en forma de consenso, en la elaboración y ejecución de las acciones programadas y en la evaluación del proceso mismo. Al enfatizar este criterio de acción se combate efectivamente al activismo que se contrapone a la planificación.

La planificación comunitaria exige de los involucrados conocer la realidad, no desde fuera, sino desde el amor, para poder así secundar la acción de Dios en la historia. No se hace sin tener claro el ideal que se quiere alcanzar, adecuando los medios al fin.

Construir el plan pastoral no sobre el pasado, ni simplemente sobre los problemas del presente, sino sobre el futuro deseado y querido. Esto ha ayudado a muchísimas

personas e Iglesias particulares a no perder de vista el horizonte, el Reino inaugurado por Jesús y que crece día y noche sin que nos demos cuenta pero que siempre invita nuestra colaboración. Urge un plan pastoral global que se funde en la espiritualidad de comunión y está al servicio de esta misma espiritualidad; es decir, caracterizado por el diálogo, la participación y corresponsabilidad (el trabajo en equipo), la comunicación de bienes y el discernimiento comunitario. Es una pastoral de conjunto, orgánica y planificada.

No basta hacer planes de pastoral para responder a las urgencias del momento (inmediatismo) o para concentrar las energías en un solo campo de acción (la catequesis o la liturgia, por ejemplo) por un determinado tiempo. Son por definición planes parciales, no globales ni orgánicos. Exige pasar de ser meros repetidores del pasado o espectadores que nos impone la situación presente a ser forjadores, creadores de un futuro siempre mejor, siempre más cerca al ideal.

Aparecida nos recuerda:

Un auténtico camino cristiano llena de alegría y esperanza el corazón y mueve al creyente a anunciar a Cristo de manera constante en su vida y en su ambiente. Proyecta hacia la misión de formar discípulos misioneros al servicio del mundo. Habilita para proponer proyectos y estilos de vida cristiana atrayentes, con intervenciones orgánicas y de colaboración fraterna con todos los miembros de la comunidad. Contribuye a integrar evangelización y pedagogía, comunicando vida y ofreciendo itinerarios pastorales acordes con la madurez cristiana, la edad y otras condiciones propias de las personas o de los grupos. Incentiva la responsabilidad de los laicos en el mundo para construir el Reino de Dios. Despierta una inquietud constante por los alejados y por los que ignoran al Señor en sus vidas.(280 d)

CONCLUSION

Todo comienza con la comunión; su fundamento teológico se sitúa en el seno de la Trinidad, la comunión existente entre Padre, Hijo y el Espíritu Santo. La vocación humana, su misión, es vivir en comunión, con las hermanas y los hermanos, con la naturaleza y con Dios. La Trinidad es el origen de la comunión eclesial que camina históricamente hacia la comunión definitiva y plena. En el camino, la Iglesia busca servir de señal inteligible e instrumento a través del cual la humanidad hace presente en la historia su vocación fundamental, ofreciendo singular testimonio de la comunión fraterna en medio del mundo cada vez más fragmentado o atomizado, progresivamente desmembrado por la fuerza centrípeta de la búsqueda desordenada del bienestar personal.

La Trinidad, como comunión perfecta, no sólo es la fuente y el modelo para la Iglesia; es también la meta escatológica hacia la cual tiende, ofreciendo así una respuesta al clamor de la inmensa mayoría por una Buena Nueva, ofreciendo un testimonio visible y creíble de que la comunión es posible.

Forjar la comunión de manera concreta es construir Iglesia en América Latina. Vivir la comunión, ofrecer modelos comunitarios alternativos, ser testigos de la voluntad de vivir la comunión a pesar de las limitaciones inherentes a la debilidad humana, favorecer la creación y promoción de comunidades con espíritu comunitario, en círculos concéntricos cada vez

más amplios, es el papel de la Iglesia identificada en Aparecida, misionera, evangelizadora para la comunión.

TEMA IX. UNA EVANGELIZACIÓN PARA LA COMUNIÓN, UNA NUEVA EVANGELIZACIÓN, DESDE EL CARISMA AGUSTINIANO.

La inserción y la opción preferencial por los pobres, la toma de nuevas posturas proféticas como parte integral de vivir la nueva evangelización desde la santidad comunitaria en América Latina. Hablar de comunión como algo más concreto que una sensación vaga de tinte literario romántico exige pensar en la manera concreta de visibilizar la fraternidad, una meta urgente para la humanidad. Es comprometerse con el pobre, asumir su causa, trabajar para cambiar las estructuras injustas que no favorecen esa causa. Forjar la comunión de manera concreta es construir Iglesia en América Latina. Vivir la comunión, modelarla, ser testigos de ella, con todas sus limitaciones debido a la debilidad humana, favorecer la creación y promoción de comunidades con espíritu comunitario, en círculos concéntricos cada vez más amplios, es el papel del apostolado comunitario.

La utilización de los medios que dan corporeidad a la santidad comunitaria es de mayor significado que la naturaleza de uno u otro compromiso apostólico, sea una parroquia o un colegio, o cualquier otro servicio. La manera de asumir el trabajo, de llevarlo y evaluarlo, en diálogo constante, según criterios identificados por la comunidad agustina local, todo eso son los indicadores más seguros de haber asumido la santidad comunitaria como el dinamismo de renovación constante en el proyecto de revitalización de la Orden de San Agustín en América Latina.

Apostolado comunitario agustiniano

Para encarnar la espiritualidad conforme a la eclesiología de comunión, es oportuno vivir de manera más plena el carisma agustiniano que se plasma en el apostolado comunitario, entendido como la vida (apostolado en sí, por el testimonio de la vida fraterna en comunidad) y la actividad apostólica en, con y desde la comunidad, evangelizando con un claro sello comunitario, especialistas en crear y promover comunidades, impregnando de espíritu comunitario toda obra pastoral.

En el ámbito de una parroquia significa promover y sostener a las comunidades eclesiales de base y comunidades menores, creando y utilizando las estructuras mínimas de comunión como son el consejo pastoral parroquial y el consejo de asuntos económicos, trabajando como equipo, insertados en la pastoral de conjunto de la iglesia local, en comunión plena con el obispo.

En el centro educativo, de igual forma, promoviendo el espíritu comunitario, un sentido de corresponsabilidad en la actividad pastoral, promoviendo el protagonismo de los laicos, sin distancias ni rangos, llamados de igual forma a crecer en santidad, insertándose en la iglesia particular. Ofrece una educación sin discriminación, con igualdad de oportunidades para

todos, implicando a los estudiantes en un compromiso concreto con la sociedad y su entorno, especialmente con los analfabetos y excluidos.

Así como el grupo representativo de las tribus de Israel, escogidos para entrar adelante en la tierra prometida, la comunidad religiosa agustiniana en América Latina ha sido privilegiada, por medio de su proceso de revitalización, en la misión de ir adelante a probar los frutos de la vida comunitaria. Le corresponde, naturalmente, volver a demostrar los frutos a la asamblea, a la iglesia reunida, testimoniando así la vivencia de la comunión plena, la vida trinitaria, la compenetración, integración y comunión que respeta y que se basa en la identidad de cada uno de sus componentes.

Vivir la comunión, como luz, como semilla, no grandes revoluciones; así el aporte agustiniano es justamente vivir su carisma plenamente: el apostolado comunitario al servicio de la nueva evangelización. Se requiere vivir actualmente una espiritualidad de comunión en una iglesia de comunión. Esto se vive en la iglesia particular donde el carisma se inserta para estar al servicio del pueblo de Dios con mutuas relaciones de caridad y colaboración con el obispo. Juan Pablo II, al inicio del nuevo milenio, propuso la santidad como una urgencia y una gran prioridad pastoralⁱ para lograr la comunión desde Cristo en la iglesiaⁱ. Dar testimonio de la santidad comunitaria ha sido la fuerza dinámica del objetivo último del proyecto de revitalización de la Orden de San Agustín en América Latina, vivir la comunión, promover la comunión, en casa y en círculos cada vez más amplios, como aporte al apostolado.

La vida religiosa cumple una función profética, ejerciendo una actitud crítica frente al mundo, una cierta contracultura, por fidelidad a los valores compatibles con el reino. Si hoy se vive el individualismo con especial énfasis en un sentido de autonomía, exagerando le promoción y defensa de la dignidad y derechos personales de por encima de cualquier otro bien, entonces mayor necesidad existe para una sana correctiva del valor englobante desde el punto de vista eclesiológico, la comunión. La humanidad busca mayor sentido de comunión, está intrínsecamente con su ser, creada a imagen y semejanza de la Trinidad, en su AND. La fragmentación y la atomización que son tan característicos de la época post-moderna claman abren el espacio para vivir y promover el valor evangélico de la unidad en la diversidad, centrándose en la esencia trinitaria del ser humano.

Actualmente la vida religiosa agustiniana en Latinoamérica, a raíz de haber participado activamente en el proyecto de revitalización, tiene más claro lo que significa vivir su carisma en servicio al mundo. Ya está más evidente que la comunión a que está llamada a dar testimonio ubica a su comunidad en un cierto espacio, con el pobre del continente. Este aspecto del carisma renovado quizás todavía no viva tan ampliamente como otros aspectos, pero al menos está más claro que es desde la periferia donde está el marginado, el excluido que la vida religiosa en América Latina hoy puede denunciar, no sólo con palabras, sino principalmente con su testimonio de vida, dando la contracorriente al gran avasallamiento al comercio de por encima de la persona. Este testimonio se da cuenta que es necesario dar no como quien juzga desde fuera, ni como un tipo de oposición sistemática, sino sintiéndose implicado y involucrado. La comunidad agustiniana está hoy más consciente de que la comunión se vive a nivel amplio, general, universal, pero es parcializada, preferencial, desde el pobre, en la práctica y defensa de la justicia.

Agustín ha afirmado públicamente no ser un obispo para sí mismo, sino para los demás. De forma análoga, los agustinos no pueden ser cristianos para sí mismo, en beneficio de su propia comunidad. Todo lo que han recibido es para compartir con los demás, con el mundo; así se entiende el carisma al servicio de la nueva evangelización para un mundo mejor. El proyecto de revitalización de los agustinos en América Latina mide su éxito tanto en cuanto incide en su actividad pastoral la santidad comunitaria, como dinamismo de renovación y conversión permanente. Para la iglesia, para la sociedad, en camino hacia la plenitud en Cristo.

Un corazón nuevo, un espíritu nuevo, una vida nueva: todo un reto, todo un don. Pero un don recibido para compartir. Al compartirlo, se expande, se abre, produce mucho fruto. Mientras se guarda, se cuida, se recoge, queda infecundo y se seca. Un corazón quizás tímido, inseguro todavía, no del todo renovado, pero en camino hacia la plena comunión.

TEXTOS: Aparecida

CONVERSIÓN PASTORAL Y RENOVACIÓN MISIONERA DE LAS COMUNIDADES

365. Esta firme decisión misionera debe impregnar todas las estructuras eclesiales y todos los planes pastorales de diócesis, parroquias, comunidades religiosas, movimientos y de cualquier institución de la Iglesia. Ninguna comunidad debe excusarse de entrar decididamente, con todas sus fuerzas, en los procesos constantes de renovación misionera, y de abandonar las estructuras caducas que ya no favorezcan la transmisión de la fe.

366. La conversión personal despierta la capacidad de someterlo todo al servicio de la instauración del Reino de vida. Obispos, presbíteros, diáconos permanentes, consagrados y consagradas, laicos y laicas, estamos llamados a asumir una actitud de permanente conversión pastoral, que implica escuchar con atención y discernir “lo que el Espíritu está diciendo a las Iglesias” (Ap 2, 29) a través de los signos de los tiempos en los que Dios se manifiesta.

367. La pastoral de la Iglesia no puede prescindir del contexto histórico donde viven sus miembros. Su vida acontece en contextos socioculturales bien concretos. Estas transformaciones sociales y culturales representan naturalmente nuevos desafíos para la Iglesia en su misión de construir el Reino de Dios. De allí nace la necesidad, en fidelidad al Espíritu Santo que la conduce, de una renovación eclesial, que implica reformas espirituales, pastorales y también institucionales.

368. La conversión de los pastores nos lleva también a vivir y promover una espiritualidad de comunión y participación,

*proponiéndola como principio educativo en todos los lugares donde se forma el hombre y el cristiano, donde se educan los ministros del altar, las personas consagradas y los agentes pastorales, donde se construyen las familias y las comunidades*²⁰⁷.

La conversión pastoral requiere que las comunidades eclesiales sean comunidades de discípulos misioneros en torno a Jesucristo, Maestro y Pastor. De allí, nace la actitud de apertura, de diálogo y disponibilidad para promover la corresponsabilidad y participación efectiva de todos los fieles en la vida de las comunidades cristianas. Hoy, más que nunca, el testimonio de comunión eclesial y la santidad son una urgencia pastoral. La programación pastoral ha de inspirarse en el mandamiento nuevo del amor (cf. Jn 13, 35)²⁰⁸.

369. Encontramos el modelo paradigmático de esta renovación comunitaria en las primitivas comunidades cristianas (cf. Hch 2, 42-47), que supieron ir buscando nuevas formas para evangelizar de acuerdo con las culturas y las circunstancias. Asimismo, nos motiva la eclesiología de comunión del Concilio Vaticano II, el camino sinodal en el postconcilio y las anteriores Conferencias Generales del Episcopado Latinoamericano y de El Caribe. No olvidamos que, como nos asegura Jesús, “donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos” (Mt 18, 20).

370. La conversión pastoral de nuestras comunidades exige que se pase de una pastoral de mera conservación a una pastoral decididamente misionera. Así será posible que “el único programa del Evangelio siga introduciéndose en la historia de cada comunidad eclesial”²⁰⁹ (NMI 12) con nuevo ardor misionero, haciendo que la Iglesia se manifieste como una madre que sale al encuentro, una casa acogedora, una escuela permanente de comunión misionera.

371. El proyecto pastoral de la Diócesis, camino de pastoral orgánica, debe ser una respuesta consciente y eficaz para atender las exigencias del mundo de hoy, con *indicaciones programáticas concretas, objetivos y métodos de trabajo, de formación y valorización de los*

*agentes y la búsqueda de los medios necesarios, que permiten que el anuncio de Cristo llegue a las personas, modele las comunidades e incida profundamente mediante el testimonio de los valores evangélicos en la sociedad y en la cultura*²¹⁰.

Los laicos deben participar del discernimiento, la toma de decisiones, la planificación y la ejecución²¹¹. Este proyecto diocesano exige un seguimiento constante por parte del obispo, los sacerdotes y los agentes pastorales, con una actitud flexible que les permita mantenerse atentos a los reclamos de la realidad siempre cambiante.

372. Teniendo en cuenta las dimensiones de nuestras parroquias, es aconsejable la sectorización en unidades territoriales más pequeñas, con equipos propios de animación y coordinación que permitan una mayor proximidad a las personas y grupos que viven en el territorio. Es recomendable que los agentes misioneros promuevan la creación de comunidades de familias que fomenten la puesta en común de su fe cristiana y las respuestas a los problemas.

Reconocemos como un fenómeno importante de nuestro tiempo la aparición y difusión de diversas formas de voluntariado misionero que se ocupan de una pluralidad de servicios. La Iglesia apoya las redes y programas de voluntariado nacional e internacional –que en muchos países, en el ámbito de las organizaciones de la sociedad civil, han surgido para el bien de los más pobres de nuestro continente–, a la luz de los principios de dignidad, subsidiariedad y solidaridad, en conformidad con la Doctrina Social de la Iglesia. No se trata sólo de estrategias para procurar éxitos pastorales, sino de la fidelidad en la imitación del

Maestro, siempre cercano, accesible, disponible para todos, deseoso de comunicar vida en cada rincón de la tierra.

TEMA X. - DE LA CENTRALIDAD DEL «CULTO A DIOS», A LA CENTRALIDAD DE «LA CAUSA DE DIOS», que es la Causa del Hombre.

San Agustín desarrolla una amplia teología sobre el hecho de que Dios, en realidad, no necesita nada de los hombres «para sí mismo»; más aún que nada podemos ofrecerle, que acreciente lo que Ya ES. Jesús nos reveló un Dios con entrañas de Padre. Y el interés, satisfacción y gloria de un padre, no es que los hijos le hagan regalos, ofrendas o alabanzas. Sino que vivan unidos, se quieran y se ayuden entre sí. Es el gran tema de cómo lograr que nuestras celebraciones en el templo, se hagan realidad en la calle.

¿Fieles o infieles?

Surgen para comenzar algunas preguntas imposibles de eludir. La primera es si una nueva mirada a la crisis de la fe en un mundo que cambia podría suponer un esfuerzo más por tratar de recuperar los huidos o si, más bien, pretenderíamos superar esta crisis de modo creativo en función de la construcción del Reino. La respuesta a esta pregunta han sido a lo largo de la historia una serie de fundamentalismos proselitistas que enarbolan el lema tradicional: *“Extra Ecclesiam nulla salus”*.

En la teología de las religiones los autores defienden un tránsito más radical hacia el pluralismo. Para ellos hay que hacer una ruptura con el eje de Jesucristo en el orden de la salvación en términos normativos y no constitutivos, al modo como lo entendió Teilhard de Chardin (Chardin: 121 ss). En este caso la Salvación comienza con el hecho creador y no hay posibilidad de tener una adecuada comprensión de éste sin mirar al primero (*Jn 1, 1 ss*). La revolución copernicana consiste en reconocer para todas las religiones el mismo valor horizontal, y renunciar a toda pretensión de exclusividad y normatividad para el cristianismo o para Jesucristo.

Esta posición iría en la dirección de avanzar la doctrina del Concilio Vaticano II en torno a este tema (GS 1, 2, 3, ss). La fe en Jesucristo afirmaría su identidad en la mirada que se establece sobre el resto de las realidades del mundo, pero abierta y sin ninguna arrogancia frente a lo que defienden cada una de las distintas opciones religiosas. La verdad jamás puede ser única y definida en verdades exclusivas y excluyentes, sino que es múltiple, compleja, polícroma, rica en matices y acentos.

El magisterio posconciliar plantea sin embargo algunas variantes. Paulo VI en su encíclica *Ecclesiam Suam* (agosto de 1964) habla de un diálogo de la Iglesia con el mundo, con otras religiones, con los cristianos, consigo misma. A pesar de que afirma que la única religión verdadera es la Católica, acepta *“los valores espirituales y morales de las varias*

confesiones religiosas no cristianas” (AAS 56 (1964), pp. 654-655). Juan Pablo II en la declaración *Nostra Aetate* pone en el medio el común origen de Dios y el destino definitivo conforme al mismo plan de Dios. En su encíclica *Redemptor Hominis* (marzo del 79) Juan Pablo II hace intervenir al Espíritu de Dios más allá del universo cristiano, presente y operante en el mundo, en las tradiciones religiosas, en la unidad entre sus miembros. Sigue apareciendo la misma perspectiva en *Dominum et Vivificantem* (mayo de 1986), *Redemptoris Missio* (diciembre de 1984). A partir de la *Tertio Millennio Adveniente* (noviembre de 1994) vuelve a la teoría del cumplimiento de la promesa en Xto. Sucesivos documentos de la Iglesia han mostrado una actitud vacilante en torno a este tema, que hasta ahora no ha sido abordado más que por el Concilio Vaticano II. Precisamente a partir de aquí pretendemos diseñar una doctrina de la Creación en una perspectiva misionera.

Creador, mundo y ciencia

La verdad les hará libres (Jn 8, 32). Estar con la marcha de la Vida, acompañar los procesos del mundo, significa, sin duda, aproximarse al Creador, que, visto en su esencia trinitaria y en la acción salvífica de Jesús, significa un enriquecimiento del pensamiento y de la causa de la armonía y de la paz, con la que se comprometió Francisco de Asís. Nos preguntamos a este propósito qué sucederá cuando se vayan cayendo los viejos fundamentos de nuestras creencias: alma y cuerpo, cielo y tierra, dónde van nuestras cenizas, si habrá o no otros mundos como el nuestro, cuál es el alma de los animales, qué sucederá si se logra clonar el ser humano, cuáles serán las condiciones de la bioética para el siglo XXI, dónde nos llevará el descubrimiento de las llamadas células madres, cómo será la familia del futuro, etc., etc.

La fuerza creadora de Dios está desde mucho antes que apareciera en forma histórica encarnada el Verbo y se remonta a la Creación primera del universo, que fue el origen de la Vida, antes del cielo y la tierra. Es posible establecer una alianza entre saberes físicos y conocimientos teológicos (GS, 5, 15, 33, 34, 36).

Creación, Cristo cósmico y vida

Un caleidoscopio deslumbrante, un destello inefable, un esplendor de alborada, donde cada cosa tiene su color irrepetible y es, al mismo tiempo, un mosaico gigantesco que se asocia a la unidad de un conjunto cósmico de proporciones misteriosas. La ciencia va evidenciando con toda luminosidad la infinita cantidad de posibilidades que existen en la Creación. Hay que profundizar en el origen biofísico de la Vida y acompañar los procesos de cambio de paradigmas que se producen en el mundo (Duve: 1999).

El ser humano no es distinto al cosmos: es su plenitud y conciencia. Nuestro corazón, con sus desbordantes pasiones y miserias más profundas, es una consecuencia de estas sensibilidades desarrolladas, de la vida universal que todo lo invade.

El espacio, el paisaje, la inmensidad del cielo estrellado en el silencio de la noche, la esplendorosa diversidad de vida que nos circunda, el sol, el agua, las plantas y los animales, no son escenarios inertes y pasivos, neutrales ante el drama del hombre, ajenos a sus luchas y desvelos. Son parte solidaria del tiempo, de nuestro tiempo, de nuestros sueños y utopías. No cantamos al entorno porque sea solamente bello. Todo forma parte de nuestro ser desde

el principio unitario de la explosión primera. Desde la Creación de la Esencia Viviente. Es así como cobra sentido pleno aquella máxima evangélica del Sermón del Monte: *"Felices los mansos, porque recibirán la tierra en herencia"* (Mt 5,5).

En nombre de esta espiritualidad dualista ha emergido en el mundo el fundamentalismo de la verdad abstracta, origen de los autoritarismos, intolerancias y violencias a lo largo de la historia. La condensación de este espíritu en conceptos contrapuestos como civilización-barbarie, de raíz grecorromana, cristiana y hegeliana, impidió que percibiéramos el mundo americano y amazónico (es decir, sus civilizaciones, su espacio, su geografía, su cosmovisión) como diferencia. Eran simple y llanamente sociedades atrasadas, espacios salvajes, que era necesario domesticar.

Si miramos al otro y su mundo como inferior, terminaremos convirtiéndolo en objeto justificatorio de nuestra acción civilizadora o evangelizadora, reproducimos la actitud de cualquier colonizador (Mc 9,38-41). He aquí uno de los posibles sentidos de misión, sea religiosa, educativa o tecnológica. Cuando vemos el espacio viviente como objeto de ocupación o invasión; cuando pretendemos avasallar y manipularlo como objeto que satisface nuestras ansiedades espirituales, estamos destruyéndonos y nos hacemos víctimas de nuestro pecado. No se trataría de respetar al otro y a lo otro por sí mismo, sino de satisfacer nuestros instintos egoístas como un organismo viviente único que aspira a la plenitud aprovechándose con cálculo perverso de los demás.

¿Y Dios, nuestro Dios?

Tomamos como punto de partida algunos elementos para una espiritualidad sustentada en la Creación y el macroecumenismo:

A. Complejidad, identidad y complementariedad

¿Cómo tendremos que vivir desde una profunda actitud religiosa el cambio de nuestra visión universal? La ecología como tal es un corsé que nos ahoga, nos limita y nos cierra el horizonte si no la entendemos más allá del conservacionismo o de su dimensión social. Tiene que estar ensamblada en el ámbito de una espiritualidad macroecuménica que comprenda la totalidad del universo. Sus rasgos mayores podrían ser, a grandes trazos, los siguientes:

1. La madurez y la libertad en la afirmación de la identidad desde el género, la cultura, la fe religiosa y la condición social.
2. La escucha contemplativa del Dios de la Vida que sigue revelándose a través de una Creación efervescente y dinámica.
3. La apertura fraterno-sororal a todas las personas desde sus propias culturas y religiones, y el diálogo sincero, crítico y autocrítico, en pie de igualdad. Solamente se ama lo que se considera igual a uno mismo.

4. La sensibilidad misericordiosa y la solidaridad eficaz frente a toda situación de marginación y muerte.

5. La celebración, gratuita y esperanzada del Dios de la Vida, de la Vida de la Humanidad y de la Vida de la tierra y el cosmos, hoy dramáticamente amenazada.

B. Los gritos de las criaturas, evidencias de Dios.

"Dios calla, pero hablan sus obras" (San Agustín, Sermón 313). Nuestra experiencia interior nos lleva a mirar con asombro a las criaturas y a ver en ellas, como en nosotros, el reflejo y las huellas del paso de la Divinidad. La Creación es una explosiva teofanía en permanente crecimiento, un gigantesco espectáculo de luz y sonido, que nos deslumbra, que nos llama. Pero el espectáculo mayor, que nos lleva a sentirnos una parte insignificante del universo creado, tiene que desarrollarse y transformarse de lo exterior a lo interior, y desde el alma a Dios. *"No vayas fuera. En tu interior mora la verdad. Y, si te encuentras que eres mutable y pasajero, transciéndete también"* (San Agustín, De Vera Religione, 39, 72). No se trata de una admiración meramente estética de lo que está fuera de nosotros, sino de un camino que nos lleva a trascendernos desde fuera hacia el secreto del alma, incluyendo la infinita diversidad y complejidad en que estamos envueltos.

C. Nuestra respuesta, la libertad en el amor.

De esta mirada al mundo y a la Vida que lo inunda en estado de gracia fluye una actitud de profundo equilibrio interior, de una paz inagotable, cuyas características o rasgos podríamos resumir así:

1. El sentimiento de profunda libertad en un amor que incluye sin excepción a cada hombre, a cada ser creado, a cada mínima cosa que forma parte viviente del universo. La madurez va sucediendo en nuestras vidas en la medida que salimos de nosotros mismos y nos abrimos a los demás.
2. Una profunda y respetuosa sensibilidad, que no oculta su compasión y misericordia con la tierra que sufre, con el hombre pobre que padece o delinque, el que reniega de la vida y el que canta vibrante de esperanza a la luz y la energía que todo lo llena.
3. La confianza en todo y en todos, el optimismo ilimitado en el destino final de la tierra y de los hombres; la conciencia asertiva y confiada en que somos parte de un universo que crece, a veces muy a nuestro pesar, por la energía viviente implantada desde la creación. La tristeza del pesimista entristece al cosmos. Nuestra alegría lo rejuvenece, lo hace sonreír.
4. Capacidad de escucha paciente y contemplativa que provoque en nosotros un sentimiento de gratuidad, de desprendimiento, de hacer prevalecer en nosotros los valores del ser y de la vida sobre los del tener, del poseer y de la muerte. Vivir el apacible tiempo circular, donde todo vuelve, e ir desprendiéndonos de la angustia de la linealidad de la historia.

Pero hay algo más: la referencia permanente a la Creación, y la visión de la Redención en esta perspectiva, nos harán más inclusivos, más abiertos y acogedores ante las diferencias de pensamiento y de cultura que se han convertido en barreras infranqueables y en origen de la violencia, al contrario de lo que sucedió con Pablo de Tarso en el Areópago de Atenas (Act. 17, 16 ss). Está en descubrir cuál es el camino que se ha de seguir para que no nos distanciemos más de la historia y de la realidad y nos incluyamos en la marcha de la humanidad.

Un mundo que ha sido ya santificado cuando salió de las manos del Dios Creador desde el Misterio Trinitario (GS, 90).

Cómo hemos de hacer para que nuestra acción sea misionera en el paradigma de la Creación

Hasta ahora la Creación se había visto relegada a su sentido original y no había asumido el carácter de una Creación continua ni la nueva Creación escatológica perfeccionada de todas las cosas. Moltman, para reivindicar un concepto integral de la Creación habla de un proceso unitario donde entran la Creación original que continúa en la historia y se consuma en la nueva Creación de todas las cosas (Moltman: 1987, 199 ss). Se especifican más puntualmente en la Creación de Dios por el Espíritu y la Palabra; la consolidación y evolución de la Creación, como *creatio continua*; la renovación de la Creación donde Dios es el anticipo de la nueva Creación, donde “*renueva la faz de la tierra*” (Sal 104, 30; GS 39 ss).

A. Missio Dei in Creatione

Las formas de mantenimiento del sentido de una misión como implantación de la Iglesia tienen que ser replanteadas desde una apertura a la Creación donde los hombres son la inteligencia del universo, sobre todo los marginados y excluidos, criaturas gratuitas de sus manos y de su corazón. Volver a la Creación significa regresar a raíz del hecho creador que incluye la realidad unitaria completa en todas sus dimensiones y componentes, incluyendo la ecológica, racial, de género y otras. En esta clave debe leerse el texto de Mt 25, 31 ss. Lo cual lleva consigo:

- a. Participar activamente en los procesos de interculturalidad entre los pueblos de distinto origen, raza, religión y tradición, teniendo en cuenta las oleadas migratorias del Sur al Norte. No habrá en el mundo la tendencia hacia la construcción de un modelo de paz y de justicia, mientras no haya una actitud eclesial de conjunto que trate de modo dialogante las diferencias (AG 3,5 ss; GS 78).
- b. Comprender las relaciones Norte-Sur, desde el mundo de los empobrecidos y excluidos, por una transformación de las estructuras políticas, sociales y económicas para que su calidad de vida se transforme. (AG 3,5 ss; GS, 78...).
- c. Misión en transformación que quiere decir desempeñar una actividad transformadora de la realidad, pero que signifique una necesidad de que la

misión vaya siendo transformada. Los proyectos del Nuevo Testamento tenían el propósito de definir la Iglesia en su tiempo.

- d. Los procesos migratorios entre los distintos bloques y países contienen un clamor humano y, por lo tanto divino, y nos actualizan hoy el espíritu de los pasajes del AT donde se acoge al extranjero, al huérfano y a la viuda. Constituyen el punto de partida para la creación de un nuevo orden internacional entre bloques y pueblos.
- e. El sometimiento de los países del Sur a los pueblos del Norte requiere que se descubran dimensiones nuevas del Evangelio de Jesús que llamó a los desposeídos, a los marginados, a los oprimidos y a los leprosos, que estuvo siempre de parte de quienes no habían sido reconocidos por la sociedad (Mt 5, 3-12; 11, 3-5; Lc 4, 18-19). La opción preferencial por los pobres como lo plantea Puebla incluye otras dimensiones de la vida, como el racismo, la diferencia de género, la apertura al diálogo cultural. La teología negra viene a ser una aplicación contextualizada de la opción preferencial por los pobres.
- f. Unir a todos los hombres bajo una autoridad única e igual en el mundo que supere las contiendas y conflictos que las Naciones Unidas no han sido capaces de superar (GS 82, 83, 84, 88; PP, 39).

B. Dimensión contemplativa

- a. Si en todo está la mano de Dios, si El es la causa de todos, una primera actitud que se impone es la contemplación de lo que El está haciendo y del mensaje que a través de lo que hace llega para nuestra conversión y enriquecimiento.
- b. La misión como búsqueda de la justicia, superando los extremismos de una y otra parte, pero teniendo como objetivo principal el ecumenismo desde la Creación, desde el pluralismo donde cada quien asume su papel en modo dialogante, contemplativo y desprejuiciado.

Hay que superar la convicción de que el único Dios verdadero es el nuestro y los demás carecen de él. Niega la verdad de los demás, instalando en el mundo la discordia.

TEXTOS:

BOSCH, David J. 2000. *Misión en transformación: cambios de paradigma en la teología de la misión*. Grand Rapids (EE.UU.): Libros Desafío.

CONCILIO VATICANO II. Constituciones. Decretos. Declaraciones. Segunda Edición. (1966). Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos (BAC)

DUVE, Christian de. *Polvo vital: El origen y evolución de la vida en la tierra*. (1999). Santafé de Bogotá: Norma.

CHARDIN, Teilhard. *Le coeur de la matiere* (1976). París: Editions du Seuil.

Algunas preguntas para la reflexión personal o comunitaria:

-
1. ¿Cómo asumimos las realidades profanas del mundo en que vivimos? ¿Nuestra propuesta evangelizadora es contextualizada?
 2. Los avances de los grandes momentos de la historia moderna han mostrado que el mundo eclesiástico vive alejado de la realidad, mirando más al pasado que al futuro. ¿Por qué?
 3. ¿Hemos superado el eclesiocentrismo en las prácticas de nuestro proyecto de vida y nuestro proyecto pastoral?

TEMA XI. DEL FORMALISMO (LEGAL Y ESTRUCTURAL) AL AMOR

Necesitamos normas, leyes y estructuras, que regulen nuestro vivir colectivo. Pero nunca éstas deben ser el motor último de nuestro vivir, sino el amor. Que, para nosotros agustinos, se traduce en una relación comunitaria amistosa, cordial, estimuladora, valorativa de cada uno, sincera, solidaria y confiable. Significa que, por más que concretemos nuestras opciones en leyes y normas bien precisas, éstas no pasarán de ser un andamiaje sin alma, si falta el amor. Y significa que, en caso de conflicto, ha de privar el amor, no la ley: ¡fue uno de los escándalos de Jesús para los judíos! Nadie es bueno por el hecho de sujetarse a una ley; por el contrario, una ley es buena en la medida en que mejora la vida de los seres humanos (paráfrasis de la afirmación de Erich Fromm).

INTRODUCCIÓN.

El hombre ha vivido con reglas, y parece que sea justo. No tener reglas en una sociedad civil como la nuestra, provocaría el caos y la desestabilidad. Desde que el hombre entró en la etapa de civilización reconoció que, al vivir con otros, era necesario un orden social que garantizara la sobrevivencia y el desarrollo, por lo mismo, se idearon formas concretas de regulación social. Tal parece que Cristo estuvo de acuerdo en este tipo de relación socialⁱ, pero apunta que hay otra Ley que está por encima de cualquier ley social y que atañe a todos hombre de todas las épocas, una Leyⁱ que, contrariamente a la ley social, no cambia, no muta, porque está gravada en el corazón de todo ser humano: la ley del amor. Cristo reconoce que es necesaria la ley para que el hombre viva en paz, pero reafirma, constantemente, que es más importante la Ley del amor para que viva feliz.

San Agustín, por su parte, ve la importancia que tiene el sistematizar la vida religiosa que piensa instaurar en su patria, por lo mismo, regula el operar de sus monjes y de las vírgenes, a fin de que en la casa religiosa exista una armonía fácilmente alcanzable. Pero, al igual que el Maestro, está consciente que no hay ley o norma mayores que el Amor y que se manifestará claramente en la Unidadⁱ.

El presente trabajo consiste sólo en una serie de reflexiones que tiene por objeto motivar, en primer lugar personalmente, a la conversión continua del corazón, recordando que, aún

cuando los agustinos estemos bajo diferentes instancias, leyes, instituciones, una sola ley, una sola instancia, una sola institución ha de prevalecer sobre las otras sin anularlas, y esta Ley es la de la Caridad-Amor. No hay nada nuevo en este trabajo, sólo se trata de recordar y traer a la conciencia lo que siempre ha sido evidente.

Veamos, pues, un poco el camino que el Maestro y San Agustín nos muestran para llegar a nuestra conclusión: sólo el Amor basta.

DESARROLLO

HOMBRE.

Los agustinos reconocemos el gran don que Dios nos ha dado y que compartimos con todos nuestros congéneres: el don de la Vida, el llamado al ser auténticamente humanos

Con el fin de llegar a nuestra meta, resulta necesario el que iniciemos nuestra reflexión partiendo de la entidad más primordial en la cual podemos centrarnos: el hombre. En este primer apartado recordaremos lo que es el hombre para el Obispo de Hipona y para algunos pensadores humanistas de la época actual, esto con el fin, repito de centrarnos en lo que es importante: la persona humana.

Cuando realizamos un estudio en alguno de los escritores cristianos antiguos –y en general en todos los escritores-, debemos conocer antes las fuentes que los inspiraron. En el caso de la antropología agustiniana, tanto el estoicismo, el neoplatonismo, el maniqueísmo, las escrituras judías y cristianas y algunos escritores cristianos precedentes al obispo, son los que dieron forma a su pensamiento. Gracias a sus Confesiones sabemos que Agustín acepta, al inicio de su carrera como filósofo, solamente los datos que la racionalidad le puede otorgarⁱ, buscando siempre la certeza matemática. Después de la decepción racionalística, se refugió en el escepticismo pero pronto se alejó de élⁱ. Posteriormente, se da cuenta que solo no puede encontrar la verdad, que necesita la ayuda externa. Es así que llega al cristianismo que le propone buscar a Dios, pero confiando en que Él se dejará encontrarⁱ. Coherente con la cultura clásica de su tiempo, el joven profesor reconoce que todo lo creado está jerárquicamente acomodado, de tal forma que en la parte superior de la jerarquía se encuentra el Hacedor de las cosas y que de ahí hacia abajo los seres todos participan, pero en grado cada vez inferior, de la divinidad. Por lo mismo, no se puede hablar de la humanidad sin hablar de Dios. La filosofía, la psicología y la teología se hallan, pues, entrelazadas. No podemos separar un aspecto de la antropología agustiniana sin perjudicar a las otras dos partes: todo está unido. Por lo mismo, para el Santo, el hombre, creado a imagen y semejanza de Dios porta en sí la belleza de Diosⁱ.

Ya en su obra de “La cantidad del alma”, Agustín da el primer esbozo de lo que será su antropología, posteriormente sólo lo completará. El dice que el hombre es alma y cuerpo y que aquélla es el principio vital de éste. La tarea fundamental del alma es el establecimiento y la conservación de la armonía en el cuerpo y en todas las demás dimensiones del ser humano. El alma se preocupa por la distribución de los nutrientes para el crecimiento corporal y para la reproducción. El alma, por lo mismo, es considerada como superior al cuerpo. Sin embargo, ambos elementos son importantes en el hombre; no es que, como los platónicos, asegurara que el alma es la cárcel del cuerpo: nada más lejano de la realidad

agustiniana, y la razón es muy simple, la Encarnación de Cristoⁱ. Es en la Encarnación que el Hijo del Hombre justifica, redime, limpia, la carne para “prepararla” a la resurrección. El Obispo dice en su sermón 30: “(...) mi carne no será apartada de mí para siempre, como si fuera una cosa extraña a mí, sino que será sanada, ya que es una totalidad conmigo”. Pero uno de los puntos a recalcar en la antropología agustiniana es el reconocimiento que el hombre está hecho a “imagen y semejanza” (Gn 1, 26) de Dios.

El ideal no es, pues, escapar del cuerpoⁱ y del mundo, sino el restablecimiento del equilibrio interior por medio de la unificación de todos los niveles del ser del hombre, lo cual incluye la sumisión espontánea del cuerpo al alma. Es así que el hombre está llamado a una reunificación con su creador a fin de que pueda encontrar la paz y armonía necesarias para vivirⁱ.

Pero el hombre no está llamado al aislamiento sino, por el contrario, a vivir con sus hermanos en sociedad. Algunos son llamados a vivir en una sociedad que posibilite un camino que tienda a la perfección dentro de la vida religiosa. Pero, para que esta sociedad funcione adecuadamente, necesita de normas y leyes que favorezcan este proceso. Normas, leyes, institución, son instancias necesarias para el hombre en general y para el religioso en particular.

LEY

Los agustinos reconocemos que estamos llamados a vivir en la concordia entre nosotros y con todos los seres humanos. Por lo mismo queremos conocer y respetar las leyes, emanadas de la autoridad legítima, y sabemos que éstas nos ayudan a mantener el orden y la convivencia sana entre todos los hombres.

Una vez que Agustín se bautiza, crece en él la idea de vivir al estilo cenobítico, en compañía de sus amigos, para buscar a Dios. Es así que nacen las primeras comunidades de monjes. Unidos por la amistad, por la comunión de corazones y de bienes pretenden encontrar a Dios. Y surge la necesidad de sistematizar estas comunidades para que haya orden y pazⁱ. Es preciso normar la vida religiosa. Norma, ley, es algo de lo cual se sirve el Santo para lograr su propósito.

Pero la ley no ocupa solamente aquí su pensamiento; en otros apartados también medita sobre este tema, de manera primordial cuando habla de la ley naturalⁱ que nace de Dios y de su Providencia y que está gravada en el corazón de los hombres para hacer que éstos cumplan su voluntad y se beneficienⁱ.

La ley natural, ampliamente estudiada por el Santo, es la que nos posibilita el acercarnos a la concepción posteriormente utilizada por el mismo obispo, al organizar su vida monástica. El “santo propósito” tiene, entonces su fundamento, no en leyes arbitrarias, sino en la misma ley divina que está en el interior de cada hombre. Estamos reunidos en comunidad y queremos buscar en ella a Dios porque lo hacemos movidos por nuestro propio deseo de cumplir la voluntad de Dios y Él desea que su ley sea cumplida. Estamos unidos en comunidad porque es Dios mismo que nos trajo a ella y reconociendo esta verdad, esta “ley eterna”, podremos desmembrar de ella todas las demás leyes, mutables, temporales, que pueden adaptarse a los tiempos y situaciones concretas.

Pero Agustín no organizaba sus comunidades sin vivir en la estructura que había creado, él mismo se sometía a esta institución monástica con gustoⁱ, aceptando que estas leyes los ayudaban a vivir mejor, en paz, sin murmuracionesⁱ, con sencillez.

AMOR.

Los agustinos reconocemos que, por sobre todas las leyes, estamos invitados a practicar la Ley Suprema, la ley del Amor y sabemos que no hay ley mayor que esta, puesto que nuestro Dios, que es Amor, nos dejó únicamente este mandamiento: el mandamiento del amor a Él y a nuestro prójimo, como a nosotros mismos.

Los autores humanistas, que han caracterizado el pensamiento actual, están de acuerdo en que lo que mueve al hombre, tanto a su crecimiento personal como al crecimiento de su sociedad, es el Amorⁱ. El amor es una fuerza que mueve a todo el hombre, no sólo su intelecto o su vientre, sino TODO lo que el hombre es en sí.

Claro que para llegar a amar es necesario un camino de reconocimiento de uno mismo y del entorno, pues el amor tiene tal capacidad de unión que permite a los otros crecer con el que ama. Es así que Fromm llega a decir: “La propia capacidad de amar genera amor, de la misma manera que se es interesante mostrando interés”ⁱ. Todos reconocemos que el amor es la fuerza que nos hace salir de nosotros mismos para encontrarnos con el mundo que está fuera y, no sólo eso, sino que, al darnos cuenta del mundo, de la creación, al estar en él, tenemos la conciencia de ser capaces de hacerlo mejor.

Lo anterior no es un utopía, sino una certeza que nace de la confianza de mi ser yo, del “yo mismo” que transforma y me transforma, que ayuda a otros en su propio crecimiento como seres humanos, toda vez que me ayuda a mí mismo en mi propio camino hacia el desarrolloⁱ.

Esto, por otro lado, no es nuevo. Ya la Escritura nos recuerda, en boca del Maestro, qué es lo más importante: “Los fariseos se reunieron al saber que Jesús había hecho callar a los saduceos, y uno, que era maestro de la ley, para tenderle una trampa, le preguntó: Maestro, ¿cuál es el mandamiento más importante de la ley? Jesús le dijo: Ama al señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. Este es el más importante y el primero de los mandamientos. Pero hay un segundo, parecido a este; dice: A tu prójimo como a ti mismo. En estos dos mandamientos se basan toda la ley y los profetas”.(Mt 22, 34-40). Pero el mismo Jesús nos deja “su” mandamiento nuevo: “Les doy este mandamiento: Que se amen los unos a los otros. Así como los amo ya a ustedes, así deben amarse ustedes los unos a los otros. Si se aman los unos a los otros, todo el mundo se dará cuenta de que son mis discípulos” (Jn 13, 34-35).

¿A qué se refiere Cristo cuando califica de “nuevo” este mandamiento si ya estaba en la leyⁱ? La novedad está en el añadido de Jesús: “como yo los he amado a ustedes”. Aquí está la novedadⁱ.

El Obispo de Hipona no pierde de vista la importancia de este mandamiento del amor, sobre todo cuando se refiere a sus religiosos. Desde el inicio de su Regla prescribe: “Ante todas las cosas, hermanos, amemos a Dios y a nuestros semejantes, porque esos son los principales mandamientos que nos han sido dados” (Prólogo).

Para comprender el verdadero concepto de lo que es el amor en la vida religiosa para nuestro Santo, tenemos que abordarlo desde el doble punto de vista de la vida en común y de la inhabitación de la Santísima Trinidad en el hermano. Esta inhabitación de Dios en el hermano encierra en sí todo el fundamento sobrenatural de la fraternidad religiosaⁱ.

Ya la Escritura nos enseña esta verdad: “Si alguno me ama, guardará mi doctrina, y mi Padre lo amará; y vendremos a él y haremos nuestra morada en él” (Jn 14, 23). Además, Pablo afirma: “¿No saben que son templos de Dios y que el Espíritu Santoⁱ habita en ustedes? (1Cor 3, 16). Pero el Obispo nos recuerda que no en todas las cosas creadas está Dios, sino en sólo en aquellos seres humanos que se hacen acreedores a tal dignidad: “pues Dios no habita en todas las cosas, sino en las que hace dichosísimo templo suyo”ⁱ. De cualquier forma, recuerda que en el bautizado está Dios y que cada alma, consagrada a Él anhela la glorificación final. Pero no es solamente el alma la que anhela, es todo el cuerpo que desea ser consagrado al Señor, y desea participar en la deificación del Templo de Dios. En palabras del Santo: “...porque el Espíritu de Dios habita en el alma, y, por medio de ésta, también en el cuerpo, para que también nuestros cuerpos sean el templo del Espíritu que recibimos de Dios”ⁱ.

De esta “inhabitación” de la Trinidadⁱ en el hermano nace el amor que hacia él estamos llamados a manifestar. Por lo mismo, en la vida religiosa, será de vital importancia el que el amor fraterno, espiritual, surja y se profundice. Recordemos que el amor está en contra del egoísmo y que éste, al reducirse al sí mismo en su objeto, priva al otro de sus beneficios. El egoísmo es amor a lo privado y a lo propio, por lo mismo la raíz de todos los bienes será el amor auténticoⁱ.

Una vez que se reconoce como el mayor de los beneficios, el don del amor y la participación de éste a los hermanos, éste logra que la vida en comunidad se vaya transformando en lo que san Agustín pretendió al fundar sus monasterios: un lugar en el que reinara la unidad. Afirma: “En el corazón habita Dios y cuando hay unidad de corazones, ahí está Él”ⁱ. Cuando el amor destierra la discordia, la injusticia; cuando el amor ha logrado que la propia alma sea curada y la tristeza del pecado sea ahuyentada, entonces, y sólo entonces, la comunidad religiosa podrá reconocer que no hay sino una sola Ley a seguir, y esta es, precisamente, la Ley del Amor de unos con otrosⁱ.

CONCLUSIÓN.

Esta serie de reflexiones, basadas en la doctrina del Santo de Hipona, nos han llevado a concluir, necesariamente, que el aglutinante último en la vida comunitaria, no son las leyes dadas por el hombre o la institución –tan útiles por otro lado- sino la ley suprema del Amor que el Señor nos dejó. Vimos que sólo en el amor-caridad tiene sentido nuestra vida religiosa, que no importa cuántas leyes tengamos, de cuántas instancias nos valgamos para hacer cumplir la disciplina, si no hay caridad, la vida religiosa se vuelve vacía, alienante, creadora de dependencia, árida, legalista, etc. etc.

Vale la pena analizar nuevamente nuestra vida y reconocer esta fuerza primordial en todo ser humano, y una vez reconociendo su “poder”, ser capaces de vivir según sus requerimientos, sabiendo que éstos, son los requerimientos de Dios: Amarlo a Él, sobre todas las cosas y al

hermano religioso, como a mí mismo. Teniendo conciencia de esto podremos, auténticamente, afirmar: sólo el amor basta.

JORNADA DE DESIERTO

A – “LAS CONVERSIONES DE AGUSTÍN, RELACIONADAS CON EXPERIENCIAS DE HUERTOS Y JARDINES”

LA CONVERSION CONSTANTE

La renovación como un Proceso Continuo

A. "En el principio..." Génesis 2: 8-10,15 Paraíso, donde Dios caminó con la humanidad. Esta escena conduce a otro, de pecado y egoísmo, por lo tanto conduce a otro jardín.

B. Otro jardín...Jn. 18:1-2 Getsemaní donde Jesús acostumbraba encontrarse con sus discípulos, donde él encontró la traición. Pero la historia no termina allí...

C. Aún otro jardín, Jn. 19:41, una nueva tumba en este jardín donde María Magdalena luego se acerca (Jn. 20:11-15) y ve alguien que "ella pensaba que era un jardinero". En muchas maneras él era jardinero: él ha sembrado su palabra, que quiere que fructifique, y él nos ha animado a permanecer unido a la vid. Como un grano de trigo, él - y nosotros - debemos morir para nuevo crecimiento, nueva vida, para otros.

D. Agustín se sirvió de la misma imagen, para expresar crecimiento, renovación, conversión constante, nueva vida, el proceso de producir un mundo mejor.

ALGUNOS HITOS INDICADORES IMPORTANTES EN EL ITINERARIO ESPIRITUAL DE AGUSTIN

Los Jardines

1. Tagaste: un huerto de peras cerca de la finca de sus padres en Tagaste. Tres veces Agustín repite que solo no hubiera hecho este acto. Hasta en el pecado es comunitario Agustín! El primer jardín se asocia con la conciencia de pecado. Nos hace pensar en Romanos 5, 20: “donde abunda el pecado, sobreabundó la gracia...” ya que esta escena está íntimamente vinculada con la siguiente; la pera con el higo, el pecado con la gracia...

¿Qué beneficios me reportaron, infeliz de mí, aquellas acciones que ahora me da vergüenza recordar sobre todo aquel robo que amé como robo, siendo así que no era nada, mientras yo era más miserable que el robo mismo? Y, sin embargo, estando solo no lo habría hecho. Ya que mi placer no se encontraba en aquellas peras; el placer radicaba en la maldad misma y en la complicidad de mis compañeros en cuya compañía yo pecaba. ¿Por qué no me gustaba estar solo en las malas acciones? Yo solo no hubiera cometido aquel robo. (Conf. 2.8.16; 2.9.17)

2. Milán: El huerto de una casa alquilada en las afueras de Milán, donde Agustín, bajo una higuera, escucha la voz que le invita a tomar y leer el texto de Pablo (Romanos 13,13). Esta experiencia de conversión es realmente extraordinaria por muchos motivos, no menos entre ellos es la manera en que Agustín inmediatamente involucra a su amigo íntimo, Alipio, en el proceso y como los dos corren donde Mónica y así se logra una cierta conversión comunitaria. Podemos identificar esta conversión como la segunda de Agustín, ya que el mismo nos ha contado la conversión obrada en él al leer, a la edad de 19 años, el “Hortensio” de Cicerone. La conversión no es única ni instantánea, sino un proceso continuo.

Estaba aturdido. No sé como caí derrumbado a los pies de una higuera, y solté las riendas de mis lágrimas y se desbordaron dos ríos de mis ojos, sacrificio que te es aceptable. ¿Hasta cuándo voy a seguir diciendo mañana, mañana? ¿Por qué no ahora mismo? ¿Por qué no poner fin ahora mismo a mis torpezas? Decía estas cosas y lloraba con amarguísima contrición mi corazón. De repente oí una voz procedente de la casa vecina, una voz no sé si de un niño o de una niña, que decía cantando y repetía muchas veces: ¡Toma y lee! ¡Toma y lee! Así pues, me apresuré a acudir al sitio donde estaba sentado Alipio. Allí había dejado el código del Apóstol cuando me levanté. A continuación, registrando el libro con el dedo con ademán sereno le conté a Alipio todo lo sucedido. Por su parte, me contó lo que también a él le estaba pasando y que yo no desconocía. Sin turbación ni vacilación de ningún tipo se unió a mí. Acto seguido, nos dirigimos los dos hacia mi madre. Se lo contamos cómo sucedió: saltó de gozo y de júbilo. Me convertiste a Ti... (Conf 8.29-30)

3. Casiciaco. Cuando San Agustín se retiró a la villa de Verecundo en Casiciaco a unos cincuenta kilómetros de Milán, en el otoño de 386, tenía treinta y tres años y acababa de convertirse al cristianismo. Le acompañaba su madre, Mónica, su hermano Navigio, sus primos Lastidiano y Rústico, y su hijo Adeodato que «era apenas de quince años y por su ingenio aventajaba a muchos varones graves y doctos» (Conf. IX, 1). Con él estaban también dos jóvenes estudiantes, y Trigecio, un veterano del ejército, además de Licencio (el hijo de Romaniano, su benefactor) y Alipio, su amigo íntimo.

El lugar era hermoso, al pie de los Alpes Apeninos, o junto al lago Como, tenía una ladera de hierba sombreada por altos castaños. Agustín pasó allí de seis a siete meses, como responsable de la explotación agraria de Verecundo. Alternaba el trabajo de administrador rural con el estudio y la enseñanza; leía a Virgilio y los Salmos; madrugaba, rezaba y recorría los campos para supervisar las labores de los campesinos, atendía a la correspondencia y a la formación de su pequeño grupo de alumnos.

Allí nacieron los llamados *Diálogos de Casiciaco*, en ellos se plasman los coloquios tenidos entre Agustín y sus compañeros, entre el 10 y el 23 de noviembre, de aquel año. ¿De qué se hablaba allí? ¿De qué se trató en Casiciaco? De la naturaleza humana, de la felicidad, de la inmortalidad del alma, del conocimiento de la verdad, de la amistad, de la muerte y de Dios. Todos los asuntos de la vieja sabiduría greco-romana pasan ahora el examen de la razón y la fe. La importancia del continuo seguimiento de Cristo es la nota principal de este jardín, junto con la búsqueda comunitaria de la Verdad.

4. Ostia. Esta experiencia en la ventana que daba al jardín de la casa en Ostia es extraordinaria: una experiencia contemplativa comunitaria. Conversando (¿cuándo no?) con su madre, se elevan sus mentes y corazones juntos de tal forma, al conversar sobre la comunión de los santos, que tocan el borde del cielo. Sigue el itinerario extraordinario de conversión y crecimiento progresivo en la fe, relacionado con los jardines.

Andábamos buscando un sitio lo más adecuado posible para poder servirte mejor. Retornábamos juntos al África cuando en Ostia Tiberina murió mi madre. Ella y yo nos hallábamos asomados a una ventana que daba al jardín de la casa donde nos hospedábamos. Conversábamos, pues, solos los dos con gran dulzura, y olvidándonos de los pasado y proyectándonos hacia las realidades de más allá, profundizábamos juntos, en presencia de la verdad que eres Tú, en un solo punto: cuál sería la vida eterna de los santos. Conf 9.10.23-24

5. Tagaste. La propiedad heredada donde Agustín estableció su primer monasterio (Vita 3.1-2) siguiendo el modelo de la primera comunidad Cristiana de Jerusalén (Hechos de los Apóstoles 2 y 4). Si Casiciaco puede compararse con un noviciado, entonces Tagaste puede semejarse a un programa de formación de seminario. Esta experiencia duró cuatro años. Consistía de la oración en común, el estudio de las Sagradas Escrituras, así como también las tareas familiares ordinarias de una hacienda pequeña. Es aquí donde muere Adeodato. Esta experiencia de jardín hace evidente los límites del humanismo secular cuando se confronta con el Evangelio.

6. Hipona. El jardín del monasterio de Hipona que el Obispo Valerio dio a Agustín como un lugar para un monasterio para que él pudiera vivir en su manera acostumbrada. (*Valerio ... me dio el jardín en que el monasterio todavía se encuentra.* .18 Diciembre 425; El sermón 355.2). Tanto el monasterio como la casa del obispo en Hipona han servido de telón de fondo para los treinta - nueve años de vida y ministerio. Su dedicación a la vida común y a la contemplación, como él los entendió, demuestran su compromiso con la misión de la Iglesia. (Sermones 355, 356). En la misma arquitectura y estilo de vida de esta comunidad del jardín que encontramos el esfuerzo de Agustín por promover las relaciones humanas. Hay un énfasis en el diálogo cordial y caritativo cuando están a la mesa, la presencia de una "sala común" que sobresale o iguala en importancia a la capilla, así como también una biblioteca (el primero de un monasterio en el Occidente). Esta experiencia de jardín enfatiza para nosotros el nexo entre la contemplación y actividad, manifestando la dimensión social de la felicidad humana como un producto secundario del compromiso de ser discípulo en comunidad.

Hagan que mi ministerio sea fructífero. Ustedes son el jardín de Dios y, por tanto, deben acoger al trabajador que hace el trabajo visible de sembrar y regar la semilla, aunque el crecimiento viene del trabajador quien lo hace crecer invisiblemente dentro de ti (Sermón 340, 2).

El fruto de esta meditación, desde la perspectiva de San Agustín, es que todo es gracia, un don de Dios. La conversión es principalmente la obra de Dios en nosotros. Por tanto, Agustín recuerda a su rebaño: "Ustedes son las plantas de Dios que él determina regar abundantemente por medio de nuestro ministerio" (Carta 258,3).

Así podemos reflexionar sobre el lugar donde nos encontramos en nuestro propio itinerario de fe, nuestra conversión continua. ¿Con cuál jardín me relaciono más? ¿Cuál jardín presenta el reto mayor para mi crecimiento en la fe actualmente? “Lo más cerca estamos a Dios, lo más cercano el uno al otro”. Nuestra experiencia íntima de Dios nos vincula profundamente con nuestra comunidad.

Conclusión

Esta reflexión termina donde ha comenzado: en el jardín. Ap. 21;1-5 nos recuerda la promesa: “Haré todas las cosas nuevas” y “un río brotará de este jardín”.

Preguntas:

- ¿Dónde me ubico en este momento de mi proceso permanente de conversión, en cuál jardín?
- ¿Cuál es el próximo paso posible que me está invitando a tomar el Señor en este momento?

TEXTOS AGUSTINIANOS SUGERIDOS PARA LA MEDITACIÓN, REFLEXIÓN PERSONAL O EN GRUPO, O PARA MOMENTOS DE ORACIÓN

Conversión Personal

En in Ps 57,4

4 [v.3]. Pero ahora, ¿qué hacéis? ¿Por qué os digo estas cosas? Porque obráis en la tierra iniquidades en el corazón. Oye lo que sigue: Al corazón siguen las manos; las manos sirven a su corazón; se piensa y se hace. Si no se obra, no es porque no queramos, sino porque no podemos. Todo lo que quieres y no puedes hacerlo, Dios te lo imputa por ejecutado. *Obráis sobre la tierra iniquidades en el corazón.* ¿Qué dice a continuación? *Vuestras manos urden injusticias.* ¿Qué quieren decir *urden* o *eslabonan*? Que el pecado procede del pecado, y el pecado encamina al pecado por el pecado. ¿Qué significa esto? Cometió (cierto individuo) un hurto; es pecado; fue visto; entonces intenta matar a aquel que le vio. Se enlazó un pecado a otro pecado. Le permitió Dios, por un oculto juicio, matar a quien quería; advierte que otro se dio cuenta, intenta también matarle: perpetró un tercer pecado. Mientras maquina estos pecados, quizá para no ser descubierto o para no ser acusado, puesto que ya los cometió, consulta al matemático o al astrólogo; añadió un cuarto pecado. El astrólogo quizá le da una respuesta adversa y mala; corre al agorero para que apacigüe a los hados. El agorero les responde que no puede calmarlos; busca al hechicero. ¿Quién podrá enumerar toda la concatenación de los pecados? *Vuestras manos urden injusticias.* Cuando urdes, acumulas pecados a pecados. Librate de los pecados. No puedo, contestas. Dirígete a aquel a quien dijo el Apóstol: *Infeliz hombre yo, ¿quién me librará de este cuerpo de muerte?* Vendrá la gracia de Dios para que te deleite la justicia como te deleitaba la iniquidad, y, como hombre que has que quedado libre de ataduras, exclamarás a Dios: *Rompiste mis ataduras.* ¿Qué significa *rompiste mis ataduras*? Perdonaste mis pecados. Oye cómo son ataduras. La Escritura dice: *Cada uno está amarrado con las maromas de sus pecados.* No sólo son

ataduras sino también maromas. Las maromas se hacen retorciendo fibras. Se dice esto porque unías pecados a pecados. *¡Ay de aquellos – dice Isaías – que arrastran los pecados como largo vestido!* ¿Qué otra cosa significa *¡Ay de aquellos que arrastran los pecados como largo vestido!*, sino: *¡Ay de aquellos que entrelazan la iniquidad con sus manos!*? Y como cada uno se encadena con sus propios pecados, así como también se hiere con ellos, el Señor arroja a los que indecorosamente traficaban en el templo habiendo hecho un látigo con cuerdas. Ahora no quieres romper tus ataduras porque no las tienes por tales; es más, porque te deleitan y te agradan; las sentirás al fin, cuando se diga: *Amarradle los pies y las manos y arrojadle a las tinieblas exteriores; allí será el llanto y el rechinar de dientes*. Te horrorizas, temes, te das de golpes de pecho, confiesa que los pecados son males y que la justicia es buena. *Si verdaderamente habláis justicia, juzgad con rectitud, hijos de los hombres*. Vuestras palabras se manifiestan en vuestra vida; vuestros labios se den a conocer en vuestros hechos. No entretejáis iniquidad, porque todo lo que entretejáis se empleará para ataros. No oyen; sin embargo, algunos sí. Quienes no oyen son conocidos de antemano.

Conversión Personal

Enarrat in Ps 79,4

4 [v.4]. *¡Oh Dios!, conviértenos a ti*. Estamos alejados de ti; si tú no vuelves, no nos volveremos. *E ilumina tu rostro y seremos salvos*. ¿Por ventura tiene el rostro oscurecido? No hay tal cosa, sino que colocó delante de él la nube de la carne, como velo de flaqueza, y por eso no fue reconocido cuando pendía de la cruz, pero lo será sentado en el cielo. Así, pues, sucedió. Asaf no conoció a Cristo cuando estaba en la tierra y obraba milagros, sin embargo, una vez muerto, después de la resurrección y ascensión a los cielos, le conoció; y, arrepentido, prorrumpe es este testimonio que ahora reconocemos como suyo en este salmo: *Ilumina tu rostro y seremos salvos*.

Conversión Personal

Confesiones 7, 6, 15 – 18

Entonces Ponciano y su compañero, que paseaban por otras partes de los jardines, buscándoles, dieron también en la misma cabaña, y hallándoles les advirtieron que retornasen, que era ya el día vencido. Entonces ellos, refiriéndoles su determinación y propósito y el modo cómo había nacido y confirmándose en ellos tal deseo, les pidieron que, si no se les querían asociar, no les fueran molestos. Mas éstos, en nada mudados de lo que antes eran, lloráronse a sí mismos, según decía, y les felicitaron piadosamente y se encomendaron a sus oraciones; y poniendo su corazón en la tierra se volvieron a palacio; mas aquéllos, fijando el suyo en el cielo, se quedaron en la cabaña. Y los dos tenían prometidas; pero cuando oyeron éstas lo sucedido, te consagraron también su virginidad.

CAPÍTULO VII

16. Narraba estas cosas Ponticiano, y mientras él hablaba, tú, Señor, me trastocabas a mí mismo, quitándome de mi espalda, adonde yo me había puesto para no verme, y poniéndome delante de mi rostro para que viese cuán feo era, cuán deforme y sucio, manchado y ulceroso.

Veíame y llenábame de horror, pero no tenía adónde huir de mí mismo. Y si intentaba apartar la vista de mí, con la narración que me hacía Ponticiano, de nuevo me ponías frente a mí y me arrojabas contra mis ojos, para que descubriese mi iniquidad y la odiase. Bien la conocía, pero la disimilaba, y reprimía, y olvidaba.

17. Pero entonces, cuanto más ardientemente amaba a aquellos de quienes oía relatar tan saludables afectos por haberse dado totalmente a ti para que los sanases, tanto más execrablemente me odiaba a mí mismo al compararme con ellos. Porque muchos años míos habían pasado sobre mí – unos doce aproximadamente – desde que en el año diecinueve de mi edad, leído el Hortensio, me había sentido excitado al estudio de la sabiduría, pero difería yo entregarme a su investigación, despreciada la felicidad terrena, cuando no ya su invención, pero aun sola su investigación debería ser antepuesta a los mayores tesoros y reinos del mundo y a la mayor abundancia de placeres.

Mas yo, joven miserable, sumamente miserable, había llegado a pedirte en los comienzos de la misma adolescencia la castidad, diciéndote: “Dame la castidad y continencia, pero no ahora”, pues temía que me escucharas pronto y me sanaras presto de la enfermedad de mi concupiscencia, que entonces más quería yo saciar que extinguir. Y continué por las sendas perversas de la superstición sacrílega, no como seguro de ella, sino como dándole preferencia sobre las demás, que yo no buscaba piadosamente, sino que hostilmente combatía.

18. Y pensaba yo que diferir de día en día seguirte a ti solo, despreciada toda esperanza del siglo, era porque no se me descubría una cosa cierta adonde dirigir mis pasos. Pero había llegado el día en que debía parecer desnudo ante mí, y mi conciencia increparme así: “¿Dónde está lo que decías? ¡Ah! Tú decías que por la incertidumbre de la verdad no te decidías a arrojar la carga de tu vanidad. He aquí que ya te es cierta, y, no obstante, te oprime aún aquélla, en tanto que otros, que ni se han consumido tanto en su investigación ni han meditado sobre ella diez años y más, reciben en hombros más libres alas para volar”

Con esto me carcomía interiormente y me confundía vehementemente con un pudor horrible con Ponticiano refería tales cosas, el cual, terminada su plática y la causa por la que había venido, se fue. Mas yo, vuelto a mí, ¿qué cosas no dije contra mí? ¿Con qué azotes de sentencias no flagelé a mi alma para que me siguiese a mí, que me esforzaba por ir tras ti? Ella se resistía. Rehusaba aquello, pero no alegaba excusa alguna, estando ya agotados y rebatidos todos los argumentos. Sólo quedaba en ella un mudo temblor, y temía, a par de muerte, ser apartada de la corriente de la costumbre con la que se consumía normalmente.

Conversión Pastoral

Ep. 83, 3. 4

3. Cuando uno se convierte para ingresar en el monasterio con intención pura, no se preocupa por sus bienes, máxime si sabe lo mala que es tal preocupación. Pero si la intención es maligna y el convertido busca sus intereses y no los de Jesucristo, no tiene realmente caridad. ¿Y de qué le servirá todo, *aunque distribuya sus bienes a los pobres y entregue su cuerpo a las llamas*? Añádase a esto que el conflicto podrá solucionarse más tarde, como ya dejamos acordado; podremos tratarlo con el postulante si no puede ser admitido a la convivencia de los hermanos antes de desprenderse de todos los impedimentos ni disfrutar su ocio sagrado sino cuando los bienes hubieren dejado de ser suyos. Hemos de evitar la muerte de los débiles y un tan gran impedimento para la salvación de esos por quienes tanto hemos trabajado atrayéndolos a la paz católica. Para lo cual tenemos que hacerles entender claramente que nosotros no nos preocupamos del dinero en tales causas.

Y eso no lo entenderán si no les dejamos aquellos bienes que a su juicio siempre pertenecieron al presbítero. Porque, aunque no eran de él, ellos debían haber sabido desde un principio que no eran propiedad de ese presbítero.

4. Me parece, pues, que en tales casos hemos de adoptar la siguiente norma: cuando alguien es ordenado clérigo, todo lo que tenga, con los títulos jurídicos que dan la efectiva posesión, pertenecerá a la iglesia en que se ordena. Esos bienes de que ahora tratamos son del presbítero Homurato por título jurídico, hasta el punto de que sus herederos le sucederían en la posesión de tales bienes si no los hubiese vendido ni los hubiese cedido por manifiesta donación a otro. Seguirían siendo suyos aunque hubiese muerto después de estar ya ordenado en otra iglesia, con tal de que permaneciese todavía en el monasterio de Tagaste. En iguales circunstancias, el hermano Emiliano heredó al hermano Primaco. Estas cosas hay que precaverlas de antemano. Mas, si de antemano nada se estableció, hay que mantener a favor de los de Thiave los derechos que están establecidos en la sociedad civil para saber si se poseen o no se poseen tales bienes. Hemos de librarnos no sólo de toda realidad, sino de toda apariencia maliciosa, y guardar nuestra buena fama, que es muy necesaria para el ministerio. Ya puede advertir tu santa prudencia cuál es esa apariencia maligna. Dejado a un lado el pesar que los de esa iglesia me han manifestado, temi equivocarme como suelo hacerlo cuando me inclino hacia mi opinión. Entonces expuse el caso a nuestro hermano y colega Samsucio [63], sin decirle lo que me parecía a mí, sino mas bien lo que nos pareció a ambos cuando nos opusimos a las pretensiones de los de Thiave. Samsucio se quedó aterrado, extrañándose de que hubiésemos adoptado tal actitud. Lo que le impresionaba era la apariencia tan fea y tan indigna, no sólo de nosotros, sino de la vida y costumbres de cualquiera.

Conversión Pastoral

Ep. 208, 3 – 5

3. Hay pastores buenos y malos, como hay buenos y malos en la grey. A los buenos se les llama ovejas; a los malos, cabritos. Pero pacen juntos y mezclados hasta que llegue el Príncipe de los pastores, que se llama *el único Pastor*, y separe, como prometió, las ovejas de los cabritos. A nosotros nos impuso la unión, y El se reservó la separación, pues debe separar el que no sabe errar. Los ciervos orgullosos que antes del tiempo osaron separar lo que el Señor se reservó, quedaron ellos separados de la unidad católica. Si se mancillaron con el cisma, ¿ como pudieron tener un rebaño limpio?

4. Hemos de tener solidez en esa unidad, sin abandonar la era dominical, ofendidos por el escándalo de la paja, perseverando más bien como trigo hasta el fin de la bielta y tolerando con el sólido peso de la caridad la paja triturada. Para eso nos amonesta nuestro Pastor en el Evangelio acerca de los buenos pastores, para que ni aun por sus obras buenas pongamos en ellos nuestra confianza, sino que glorifiquemos al Padre, que está en los cielos y que los hizo tales, y le glorifiquemos también por los pastores malos, a quienes se dió el nombre de escribas y fariseos, porque enseñan el bien y hacen el mal.

5. De los buenos pastores habla así: *Vosotros sois la luz del mundo. No puede esconderse la ciudad edificada sobre el monte, ni se enciende la lámpara para ponerla debajo del celemín, sino sobre el candelero, para que alumbre a todos los que están en la casa. Así brille vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras obras buenas y glorifiquen a vuestro Padre, que está en los cielos.* Acerca de los malos pastores amonesta a las ovejas, diciendo: *Sobre la cátedra de Moisés están sentados. Haced lo que dicen, pero no hagáis lo que hacen, pues dicen y no hacen.* Oyendo esto las ovejas de Cristo, oyen la voz de Cristo aun a

través de los malos pastores, y no abandonan la unidad. Porque el bien que les oyen decir no es de ellos, sino de Cristo. Y pacen tranquilas porque se nutren de los pastos del Señor aun bajo de los malos pastores. Pero no imitan las malas obras de los pastores, porque esas obras no son de Cristo sino de ellos. A los que ven buenos, no sólo les oyen el bien que dicen, sino que les imitan en las buenas obras que hacen. Uno de ellos era el Apóstol, que decía: *Sed imitadores míos como yo lo soy de Cristo*. Esa lámpara que estaba encendida en la luz sempiterna, en el mismo Señor Jesucristo, y estaba puesta en el candelero, pues se gloriaba de la cruz de Cristo, diciendo: *Lejos de mí el gloriarme sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo*. No buscaba sus intereses, sino los de Cristo, y por eso, aunque exhorta a que le imiten aquellos a quienes había engendrado por el Evangelio, sin embargo, reprende gravemente a los que habían provocado cismas utilizando el nombre de los apóstoles. Reprende, pues, a los que decían: *Yo soy de Pablo, ¿Acaso Pablo ha sido crucificado por vosotros? ¿O habéis sido bautizados en el nombre de Pablo*.

Conversión comunitaria

Sermón 83, 14. 15

14. Yo sé, y conmigo lo sabe todo hombre que lo haya considerado con un poca más de atención, que, entre los que temen a Dios, sólo quien piensa que ha de vivir más todavía no se corrige bajo el peso de sus palabras. Eso es lo que mata a muchos; mientras dicen: “Mañana, mañana” su boca se cierra repentinamente. Permaneció fuera con voz de cuervo, porque no tuvo el gemido de la paloma. “Cras, cras” (mañana, mañana), es la voz del cuervo. Gime como una paloma y golpea tu pecho; herido con esos golpes, corrígete, para no dar la impresión de que no hieres tu conciencia, sino que con los puños pavimentas tu mala conciencia y la haces más sólida, no más correcta. Gime, pero no con un vano gemido. Quizá te dices a ti mismo: “Dios me ha prometido el perdón para cuando me corrija; estoy tranquilo; leo en la divina Escritura: *En el día en que se convierta de todas su maldades y obre con justicia, yo olvidaré todas las maldades del malvado*. Estoy tranquilo; cuando me corrija, Dios me perdonará todos mis males”. ¿Qué puedo decir yo? ¿He de reclamar contra Dios? ¿Voy a decirle: “No le concedas el perdón”? ¿Podré decir que no se halla escrito eso, que Dios no prometió el perdón? Si esto dijera, diría una falsedad. Dices bien, dices la verdad; Dios prometió el perdón a tu corrección; no lo puedo negar. Pero dime, te lo suplico; estoy de acuerdo contigo, te lo concedo; reconozco que Dios te prometió el perdón, pero ¿quién te ha prometido el di de mañana? En el texto en que lees que has de recibir el perdón si te corriges, léeme cuánto tiempo has de vivir. “No lo leo”, dices. Ignoras, por tanto, cuánto has de vivir. Corrígete y estate siempre preparado. No temas al último día como a un ladrón que, mientras tú duermes, abre un boquete en tu pared; al contrario, estate en vela y corrígete ya hoy. ¿Por qué lo difieres para mañana? Supón que la vida sea larga; sea buena, aunque larga. Nadie difiere una comida larga y buena, ¿y quieres tener tú una vida larga y mala? Ciertamente, si es larga, mejor que sea buena; si es breve, cosa buena ha sido el hacerla buena. Así pasa con los hombres; descuidan su vida y sólo a ella la quieren tener mala. Si compras una villa, la quieres buena; si quieres tomar esposa la eliges buena; si quieres que te nazcan hijos, los deseas buenos; si tomas prestadas una cáligas, no las quieres malas; ¡y amas una vida mala! ¿En qué te ha ofendido tu vida para que sólo a ella la quieras mala, de forma que entre todos tus bienes sólo tú seas malo?

15. Por tanto, hermanos míos, si quisiera corregir a alguno por separado, quizá me hiciese caso; a muchos de vosotros corrijo en público, todos me alaban; ¡que alguno me haga caso!

No amo al que me alaba con la boca y me desprecia con el corazón. Si me alabas y no te corriges, te conviertes en testigo contra ti mismo. Si eres malo y te agrada lo que digo, desagrádate a ti mismo, porque, si siendo malo estás a disgusto contigo, una vez corregido te agradarás a ti mismo, cosa que dije, si no me engaño, anteayer. En todas mis palabras presento un espejo. Y no son mías, sino que hablo por mandato del Señor, por cuyo temor no callo. Pues ¿quién no elegiría callar y no dar cuenta de vosotros? Pero ya aceptamos la carga que ni podemos ni debemos sacudir de nuestros hombros. Escuchasteis, hermanos, cuando se leía la carta a los Hebreos: *Obedeced a vuestros superiores y estadles sometidos, porque ellos vigilan por vuestras almas; como quienes han de dar cuenta de vosotros, para que lo hagan con gozo y no con tristeza, pues no os conviene a vosotros.* ¿Cuándo hacemos esto con gozo? Cuando vemos a los hombres progresar por el camino de la palabra de Dios. ¿Cuándo trabaja con alegría el labrador en su campo? Cuando mira al árbol y ve el fruto; cuando mira la cosecha y ve la abundancia de fruto en la era. No fue vano su trabajo, no dobló los riñones en vano, no fue inútil el que sus manos estén encalladas; no resultó inútil el frío y calor soportado. Esto es lo que dice: *Para que lo hagan con gozo y no con tristeza, pues no os conviene a vosotros.* ¿Dijo acaso: “No les conviene a ellos”? No, si no que dijo: *No os conviene a vosotros.* Pues a los superiores les conviene entristecerse a causa de vuestras maldades; la misma tristeza les resulta provechosa; pero no os conviene a vosotros. No queremos nada que nos convenga a nosotros si no os conviene también a vosotros. Por tanto, hermanos, hagamos el bien al mismo tiempo en el campo del Señor, para que disfrutemos juntos de la recompensa.